Universitat Autònoma de Barcelona

Sistemas familiares y transiciones a la unión y al primer hijo en América Latina

Elizabeth Flores-Paredes

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons: http://cat.creativecommons.org/?page_id=184

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons: http://es.creativecommons.org/blog/licencias/

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license: https://creativecommons.org/licenses/?lang=en

Universitat Autònoma de Barcelona

CED
Centre d'Estudis Demogràfics

Doctorado en Demografía

Tesis Doctoral

Sistemas familiares y transiciones a la unión y al primer hijo en América Latina

Elizabeth Flores-Paredes

Dirección:
Dr. Albert Esteve Palós
Dra. Montserrat Solsona

Universitat Autònoma de Barcelona

Departament de Geografia – Centre d'Estudis Demogràfics

Septiembre 2016

El desarrollo de esta tesis doctoral ha sido posible gracias a la financiación de la *Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (AGAUR)*, a través del programa de ayudas destinadas a universidades, centros de investigación y fundaciones hospitalarias para la contratación de personal investigador novel en el periodo 2013 – 2016.

Esta tesis forma parte del Proyecto Towards a Unified Analysis of World Population: Familiy Patterns in Multilevel Perspective (WORLDFAM), dirigido por el Dr. Albert Esteve del Centre d'Estudis Demogràfics y financiado por el European Research Council (ERC-2009-StG-240978).

Agradecimientos

Realizar una tesis de doctorado, nadie lo dice antes, representa una trayectoria que va más allá de lo académico y lo profesional. Es ante todo una transformación personal. Permanecer durante al menos tres años trabajando sobre un tema particular, *tu tema*, supone un intenso proceso reflexivo que permanentemente hace cuestionar el sentido y la pertinencia social del trabajo realizado. Como socióloga el tema de la pertinencia era vital para continuar en esta carrera de resistencia. Afortunadamente llegué al final.

Y esto no hubiera sido posible sin el ánimo y la motivación de personas e instituciones que durante este tiempo me han apoyado y creído en mis potencialidades. Por ello, aprovecho este espacio para hacer reconocimiento de mi gratitud hacia ellos.

En primer lugar, a la Dra. Anna Cabré por haber confiado y visto en mí una posible Doctora en Demografía. Gracias por haberme aconsejado seguir la carrera académica en el seno del Centre d'Estudis Demogràfics. Agradecida también con el Dr. Albert Esteve, tutor de esta tesis. A pesar de las distancias culturales y en las definiciones de lo pertinente, bajo su dirección aprendí a mirar con ojo clínico los datos, identificar tendencias no esperadas y posibles errores de cálculo, pero sobre todo (re)aprendí la importancia de la lectura minuciosa y de mirar siempre desde otros paradigmas. También agradezco la Dra. Montserrat Solsona por sus oportunas observaciones y reflexiones en los diferentes momentos de este trabajo.

Institucionalmente deseo agradecer la gestión de dos organismos que promueven y destinan recursos a la investigación académica. En primer lugar, a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) por su apoyo financiero para el Máster en Estudios Territoriales y de la Población. Tuve la oportunidad de entrar en la última oleada de ayudas para iberoamericanos en el año 2011. Al año siguiente, la crisis española motivó la reducción de financiamiento a este tipo de becas, que derivó en su cancelación hasta la fecha. Por otra parte, un par de años después comenzó la grave crisis política, social y económica que hoy vive mi país Venezuela. 'Las cosas pasan por algo' y no debo sino estar agradecida que desde el gobierno de España se me ofreció la oportunidad de formarme en otros espacios, lo que modificó radicalmente mis proyectos e itinerario de vida.

En segundo lugar, a la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (AGAUR) de la Generalitat de Catalunya por su apoyo financiero para la realización del Doctorado. No sólo me permitió acceder a este programa de estudios sino que abrió las puertas para mi inserción laboral, social y cultural en el continente europeo. De nuevo, agradecida enormemente con Anna Cabré por su consejo y ofrecimiento,

Albert por su disposición a guiar la tesis y muy especialmente a Montserrat Solsona, que aceptó incluirme en su proyecto.

Por otra parte, deseo agradecer al Centro Max Weber del Institute des Sciences de l'Homme – Université de Lyon 2, Francia y a sus directores los Dres. Milly Bruno y Jean J. Dechaux(ex), donde realicé mi estancia de investigación doctoral. Especialmente, al Dr. Maks Banens por su confianza al aceptarme y sobre todo por las interesantes conversaciones que mantuvimos y su motivación constante.

Al personal del CED por su apoyo logístico en todas las etapas del doctorado, a Soco Sancho por su atención y facilitación de papeles y demás trámites desde que estaba en Venezuela. También al personal de Administración de Personal de Investigación de la UAB, por su siempre amable disposición ante los trámites requeridos.

A los amigos que he encontrado en el CED, con quienes no solo compartí innumerables conversaciones sobre nuestras posturas profesionales sino grandes momentos de amistad que estarán conmigo siempre y en mis relatos sobre lo que fue la escritura de este trabajo doctoral. Muy especialmente a quienes me leyeron en las últimas etapas de este trabajo y me motivaron a valorar y confiar en mis propias ideas. Gracias miles.

Ya en otras fronteras, esta es una buena ocasión para agradecer a mi querida profesora Claudia Giménez Mercado. En el cuarto año de mi carrera de sociología ella impartía el curso de Análisis Demográfico y con su rigurosidad, dedicación y acertada manera de mostrarnos el mundo de la demografía, sus aplicaciones prácticas y pertinencia social, inspiró mi carrera profesional. Fue también tutora de mi tesis de grado y por su recomendación o en ocasiones con ella tuve mis primeras experiencias profesionales como socióloga, especializada en el análisis de datos estadísticos. Gracias a su mística docente sé la importancia de considerar a estudiantes y tesistas no como subordinados sino como colegas con grandes potencialidades. Gracias por todo profe. Aquellas clases fueron la semilla de este trabajo doctoral.

También agradezco infinitamente a mi familia por el apoyo en todos estos años y su cercana compañía aun con un mar de distancia. Mis padres sin saberlo influenciaron ampliamente las variadas reflexiones de esta tesis. Sus propias experiencias de vida, marcadas por la migración interna e internacional, la constitución de una unión consensual, los tránsitos por diversas estructuras de hogar, son eventos que los he tenido muy presente a lo largo de este trabajo.

Finalmente a mi Jose. Porque este camino lo hemos recorrido juntos. Por tu paciencia. Por nuestros aprendizajes. Por nuestro crecimiento.

Contenido

Agradecimientos i
Índice de Cuadros iv
Índice de Gráficos v
Índice de Mapas v

INTRODUCCIÓN 7

I. PERSPECTIVAS HISTÓRICAS DE LAS DINÁMICAS FAMILIARES DE AMÉRICA LATINA 13
1.1. Historia de los sistemas familiares de América Latina 13
1.1.1. Sistemas familiares precolombinos 15
1.1.2. Impactos de la conquista y colonización 16
1.1.3. La familia en la conformación de los Estados Nacionales 19
1.1.4. Siglo XX 20
1.1.5. La transición demográfica en América Latina 22
1.1.6. ¿Segunda transición demográfica en América Latina? 25
1.2. Conclusiones del capítulo. Dos regímenes demográficos de familia 27

II. SISTEMAS FAMILIARES EN AMÉRICA LATINA 29
2.1. Introducción 29
2.2. Los estudios de la familia en América Latina. ¿Qué sabemos de las familias Latinoamericanas? 31
2.2.1. Patrón nupcial latinoamericano. La tipología de la unión 32
2.2.2. Calendarios de unión y reproducción 36
2.2.3. Inestabilidad conyugal y formación de nuevas uniones 37
2.2.4. Estructura de los hogares 40
2.2.5. Jefatura femenina y monoparentalidad 44
2.2.6. Diversidad interna en los patrones familiares de América Latina 47
2.3. Datos 48
2.3.1. Categorización del Estado Civil o Situación de Pareja 49
2.3.2. Selección de los indicadores 51
2.4. Resultados 55
2.4.1. Las dimensiones demográficas de los sistemas familiares en América Latina, ronda censal 2000 55
2.4.2. Análisis espacial 59

2.4.3. Representación cartográfica 65

2.4.4. Antecedentes de los componentes del 2000. Sistemas familiares censos 1970 67

2.5. Discusión 68

III. EDAD A LA PRIMERA UNIÓN Y AL PRIMER HIJO EN AMÉRICA LATINA: ESTABILIDAD EN COHORTES MÁS EDUCADAS 75

3.1. Introducción 76

3.2. Datos 80

3.3. Resultados 83

3.3.1. Tendencias por cohortes de la edad a la primera relación sexual, primera unión y primer hijo 83

3.3.2. Expansión educativa 85

3.3.3. Primera relación sexual, primera unión y primer hijo por años de escolaridad 86

3.3.4. ¿Expansión educativa o cambio en el comportamiento dentro de los grupos educativos? 88

3.3.5. ¿Qué ocurre cuando se mide la educación en términos relativos dentro de cada cohorte? 90

3.3.6. ¿Se han producido cambios significativos en el tamaño ideal de la familia? 91

3.3.7. ¿Ha aumentado el uso de la anticoncepción entre las mujeres jóvenes? .. 93

3.4. Discusión 95

IV. COHABITACIÓN Y MATRIMONIOS EN VENEZUELA, 1971-2001: ¿CONTORNOS DILUIDOS? 99

4.1. Introducción 99

4.2. Consideraciones previas sobre los datos 101

4.3. Evolución de las uniones consensuales en Venezuela, 1971-2001. 103

4.3.1. Nivel educativo 105

4.3.2. Distribución en el territorio 106

4.4. Diferencias entre cohabitación y matrimonios, 1971-2001 112

4.4.1. Tipología de los hogares 112

4.4.2. Diferenciales de edad de la pareja 117

4.4.3. Actividad económica de las parejas 119

4.5. Discusión 123

CONCLUSIONES **125**
1. Sistema familiar multidimensional 126
2. La paradoja de la estabilidad en los calendarios de unión y reproducción 127
3. Los contornos de diferenciación entre cohabitación y matrimonio se diluyen 129
4. Mirar al pasado para entender el presente 130
5. Futuras líneas de investigación 131

SUMMARY **145**
1. INTRODUCTION 147
   1. Presentation and justification of the research topic 147
   2. Objectives and research questions 148
   3. Outline of the dissertation 149
2. CONCLUSIONS 151
   1. Multidimensional family system 152
   2. The stability paradox at ages of first union and motherhood 153
   3. Marriage and cohabitation: fuzzy boundaries 155
   4. Look at the past to understand the present 156
   5. Future research lines 157

Índice de Cuadros

Cuadro II-1. Países incluidos en el estudio, por año censal y número de regiones analizadas.48
Cuadro II-2. Indicadores seleccionados.....52
Cuadro II-3. Indicadores relacionados a los sistemas familiares en América Latina, por país. Censos de Población y Vivienda, Ronda 2000. 53
Cuadro II-4. Indicadores relacionados a los sistemas familiares en América Latina, por país. Censos de Población y Vivienda, Ronda 1970. 54
Cuadro II-5. Análisis de componentes principales (cargas factoriales). Ronda Censal 2000...56
Cuadro II-6. Análisis de componentes principales (cargas factoriales). Ronda Censal 1970...67

Cuadro III-1. Características de las Encuestas de Demografía y Salud utilizadas en este trabajo, 1985 – 2010. 81
Cuadro III-2. Mujeres mayores de 20 años que tuvieron su primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años, por cohorte de nacimiento y país, 1940-1980.....83
Cuadro III-3. Mujeres mayores de 20 años, según años de escolaridad, por cohortes de nacimiento, 1940-1980. (*En porcentajes y años)*.....85
Cuadro III-4. Mujeres mayores de 20 años, que tuvieron su primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años, por años de escolaridad, según país y cohorte de nacimiento, 1940-1980. *(En porcentajes)* 87
Cuadro III-5. Propensión (*odds ratio*) de tener la primera relación sexual, la primera unión o el primer hijo antes de los 18 años, por última cohorte observada y país. 88
Cuadro III-6. Hijos deseados de las mujeres, estandarizado por edad y número de hijos tenidos, según años de escolaridad, años de la entrevista y país. 92
Cuadro III-7. Mujeres mayores de 20 años, que tuvieron su primer hijo antes de los 18 años, según si utilizaban anticoncepción antes del primer hijo, por Años de Escolaridad y cohorte de nacimiento. (*En porcentajes)*.....93
Cuadro III-8. Propensión (*odds ratio*) de haber utilizado anticoncepción alguna vez, para mujeres de 18 años, según años de observación. 94

Cuadro IV-1. Propensión (*odd ratios)* de estar en un hogar nuclear..... 116
Cuadro IV-2. Diferenciales de edad entre los miembros de la pareja y porcentaje de homogamia etaria, por tipo de unión. Censos 1971-2001 118
Cuadro IV-3. Diferenciales de edad entre los miembros de las parejas, por tipo de unión y año censal, según región de residencia de acuerdo a los niveles de cohabitación en 1971..... 119
Cuadro IV-4. Distribución de las parejas con mujeres de 25 a 29 años, según la actividad económica de ambos cónyuges, por tipo de unión. Censos 1971-2001. 120
Cuadro IV-5. Probabilidad de constituir una pareja biactiva. Mujeres unidas de 25 a 29 años. *(Parámetros estimados de tres modelos de regresión logística).* 121

Apéndice AII-1. Matriz de Correlaciones Análisis de Componentes Principales 71
Apéndice AII-2. Matriz de Correlaciones Análisis de Componentes Principales 72

Apéndice AII-3. Autovalores de la matriz de correlación, Análisis de Componentes Principales Censos de Población y Vivienda, Ronda 2000. 73
Apéndice AII-4. Autovalores de la matriz de correlación, Análisis de Componentes Principales. Censos de Población y Vivienda, Ronda 1970. 74
Apéndice AIII-1. Edades medianas a la primera relación sexual, primera unión y primer hijo de las mujeres, según cohorte de nacimiento y país, 1940 – 1980. 97

Índice de Gráficos

Gráfico II-1. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 1 'Calendario de unión y reproducción', agrupadas por país. Ronda Censal 2000. 60
Gráfico II-2. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 2 'Complejidad del Hogar', agrupadas por país. Ronda Censal 2000. 61
Gráfico II-3. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 3 'Informalidad de la unión', agrupadas por país. Ronda Censal 2000. 62
Gráfico II-4. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 4 'Jefatura femenina sin cónyuge', agrupadas por país. Ronda Censal 2000. 64
Gráfico IV-1. Porcentaje de mujeres unidas respecto al total de mujeres de 15 a 49 años, por grupos de edad y año censal. Venezuela, 1971-2001. 103
Gráfico IV-2. Evolución de las uniones consensuales y matrimonios. 104
Gráfico IV-3. Porcentaje de mujeres en unión consensual, del total de unidas por grupos de edad. Censos 1971 – 2001. 104
Gráfico IV-4. Porcentaje de uniones consensuales, del total de mujeres unidas de 25 a 29 años por Años de Escolaridad. Censos 1971-2001. 106
Gráfico IV-5. Porcentaje de uniones consensuales, del total de mujeres unidas de 25 a 29 años por Entidad Federal de residencia. Censos 1971-2001. 107
Gráfico IV-6. Mujeres unidas de 25 a 29 años según hogar que conforman, por tipo de unión. Distribución porcentual. Censos 1971-2001. 112
Gráfico IV-7. Porcentaje de mujeres unidas de 25 a 29 años que forman un hogar nuclear, según años de escolaridad, por año censal y tipo de unión. 114
Gráfico IV-8. Proporciones estimadas de uniones consensuales y matrimonios que conforman un hogar nuclear. 1971-2001. 117
Gráfico IV-9. Proporciones estimadas de Uniones consensuales y Matrimonios en que las parejas son biactivas. 1971-2001. 122

Índice de Mapas

Mapas II-1. Componentes Principales Sistemas Familiares América Latina. 66

Mapas IV-1. Venezuela. Evolución del porcentaje de cohabitación, del total de mujeres unidas de 25 a 29 años por entidad federal. Censos 1971-2001. 108

INTRODUCCIÓN

1. Presentación y justificación del tema de investigación

La presente investigación explora aspectos relacionados con las transformaciones familiares acontecidas en América Latina en las últimas cuatro décadas. Unas transformaciones que han suscitado, desde principio de este siglo, cuantiosos debates sobre si las recientes tendencias demográficas registradas en la región han convergido hacia aquellas condensadas en los postulados de la segunda transición demográfica (Quilodrán, 2001; García & Rojas, 2003; Paredes, 2003; Arriagada, 2004; Chackiel, 2004; Alfonso, 2006; Di Cesare, 2007; Covre-Sussai et al., 2015; Verona et al., 2015). A grosso modo, esta perspectiva teórica propone que los cambios experimentados por las sociedades modernas responden a cambios en el ámbito de las ideas y los valores. La individualización, el rechazo a las instituciones tradicionales reguladoras del ámbito privado, así como la separación entre sexualidad y reproducción, entre otras, forman parte de las transformaciones valóricas que incentivan las transformaciones demográficas (Surkyn & Lestheaghe, 2004; Lesthaegue, 1998; Van de Kaa, 1987). Tales procesos fueron iniciados en las sociedades europeas y norteamericanas y se espera que ocurran en el resto de sociedades occidentales.

Los cambios familiares de las poblaciones latinoamericanas examinados a la luz de tales postulados evidencian una convergencia con los procesos demográficos de las sociedades más desarrolladas (Quilodrán, 2001). Como consecuencia del incremento de la esperanza de vida desde principios del siglo XX y de la posterior disminución de las tasas de fecundidad, se registra en Latinoamérica una importante reducción del tamaño de los hogares, acompañado de una diversificación de los arreglos de corresidencia, disminución de los matrimonios a favor de las uniones libres, mayor inestabilidad de las uniones conyugales, así como un creciente número de nacimientos fuera del matrimonio (Ariza & Oliveira, 2001). Sin embargo, al mismo tiempo no se observan los retrasos esperados en las edades de entrada a la unión y a la maternidad (Esteve, López-Ruiz, & Spijker, 2013), y se sabe que la cohabitación no constituye en la

región un fenómeno novedoso puesto que históricamente ha coexistido con las uniones matrimoniales (Castro T. , 2001; Rodríguez-Vignoli J. , 2005). Tales elementos hacen que se ponga en entredicho la adecuación total de este postulado teórico con la realidad familiar de América Latina. Este trabajo, por tanto, busca profundizar en aquellas características que hacen del patrón latinoamericano un caso particular y exclusivo de configuración familiar.

2. Objetivos y preguntas de investigación

El objetivo general de esta investigación doctoral es examinar las características de los sistemas familiares de América Latina y su evolución en el tiempo, con especial énfasis en las edades de entrada a la unión y la reproducción, así como en los cambios en la tipología de las uniones conyugales.

En función de este objetivo se plantearon tres preguntas centrales de investigación con sus correspondientes objetivos específicos. La primera de ellas recoge diversas inquietudes respecto a cómo las características que de forma recurrente se hallan en los estudios sobre las familias de la región se relacionan entre sí, se distribuyen en el territorio y constituyen elementos exclusivos –o no- del patrón familiar latinoamericano. En concreto se pregunta *¿Cuáles son las dimensiones claves que caracterizan a los sistemas familiares de América Latina y cómo se distribuyen en el territorio?* Los objetivos específicos asociados son: i) Identificar las dimensiones claves de los sistemas familiares de América Latina en las décadas de 2000 y 1970; ii) Examinar las relaciones entre estas dimensiones y; iii) Explorar la distribución de las mismas en el territorio.

La segunda pregunta por su parte, profundiza en una de estas dimensiones, la de los calendarios de unión y reproducción y su estabilidad en el contexto de expansión educativa registrado en América Latina en las últimas décadas. Al conocer que la educación es un elemento propulsor de cambios en las actitudes y valores que influyen en decisiones como las del momento en el cual tener hijos o iniciar una unión conyugal, el no registro de un retraso de estos eventos entre las mujeres jóvenes de América Latina llevó a plantear la idea de la paradoja de la estabilidad, que se sintetiza en esta pregunta de investigación: *¿Por qué las mujeres que pertenecen a cohortes más jóvenes y que son más educadas no forman pareja ni tienen hijos más tardíamente que aquellas cohortes más antiguas, con menos años de escolaridad acumulados?* A fin de responder tal pregunta y dilucidar cuáles elementos podrían estar incidiendo en esta estabilidad, se plantearon los siguientes objetivos específicos de investigación: i) Examinar la evolución de la

edad a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo entre cohortes de mujeres nacidas de 1940 a 1980 en América Latina; ii) Analizar la relación del logro educativo y la edad a la primera unión y al primer hijo; iii) Examinar el cambio en el tamaño ideal de la familia por cohortes y grupos educativos y; iv) Examinar el nivel de uso de la anticoncepción en las mujeres jóvenes.

Finalmente, la tercera pregunta aborda un tema central de la nupcialidad latinoamericana con creciente importancia en la investigación reciente, como lo es el de las modalidades de unión conyugal. Ante los hallazgos de un boom de la cohabitación en todos los grupos sociales de la región desde finales del siglo XX, se planteó un escenario para explorar qué características tenía esta cohabitación emergente. Así que se decidió indagar en qué medida tal expansión estaba acrecentando o disminuyendo sus diferencias con los matrimonios, específicamente en las dimensiones del contexto familiar y de los niveles de homogamia entre los miembros de las parejas. Todo esto con una perspectiva de evolución temporal y para el caso venezolano. En concreto se preguntó: *¿Cómo han evolucionado las diferencias entre cohabitación y matrimonios en Venezuela entre 1971 y 2001? ¿Las diferencias entre cohabitación y matrimonio eran el producto de diferencias educativas de sus miembros o era el tipo de unión en sí mismo lo que generaba esas discrepancias?* Al respecto, los objetivos específicos planteados fueron: i) Documentar el proceso de expansión de la cohabitación en Venezuela para el periodo 1971-2001; ii) Examinar la evolución de las diferencias entre matrimonios y cohabitación respecto a: los arreglos residenciales que se forman en el marco de cada tipo de unión, las diferencias de edad entre los cónyuges y la participación en la actividad económica de los mismos.

3. Estructura de la tesis

Esta tesis se compone de cuatro capítulos centrales, más esta introducción y el apartado de las conclusiones. Cada pregunta de investigación planteada, con sus correspondientes objetivos es abordada en un capítulo diferente de esta tesis. Al respecto, el trabajo se ha estructurado de tal forma que cada capítulo puede ser leído de manera independiente, por lo que en cada uno de ellos, además de su marco introductorio se incorpora una sección dedicada a las fuentes de información y la metodología empleada, una sección de resultados y otra de conclusiones.

El Capítulo I explora desde una perspectiva histórica las formas familiares latinoamericanas. Tal exploración sirve de base para reflexionar sobre las vinculaciones entre los procesos históricos de formación social de América Latina y las dinámicas familiares más contemporáneas documentadas por la investigación demográfica desde mediados del siglo XX. Asimismo, en este capítulo se presenta el concepto de Sistema Familiar desde un punto de vista cultural, tal como lo desarrolla Robichaux (2002; 2007; 2008), para luego hacer un recorrido histórico de las formas familiares en América Latina que va desde la época precolombina hasta el siglo XXI.

En este recorrido se analiza el impacto que tuvo la conquista y colonización ibérica en las estructuras familiares de la región; cómo fue el papel de la conformación de los Estados nacionales en las definiciones de familia socialmente aceptadas, así como en la instauración de una ideología nacional de corte unicultural para prácticamente todos los países del subcontinente. Posteriormente se hace referencia a la evolución de los indicadores demográficos a lo largo del siglo XX que dieron lugar a la transición demográfica en estos países. Para por último preguntar sobre la adecuación de la teoría de la segunda transición demográfica a unos contextos culturales duales, donde históricamente se ha registrado la coexistencia no sólo de dos patrones de nupcialidad, como lo ha expresado Castro (2001), sino que esta dualidad abarca a la totalidad del régimen demográfico en la región (Schkolnik & Chackiel, 1998).

Los tres capítulos siguientes forman la parte propiamente demográfica de este trabajo. Cada uno responde a las preguntas de investigación planteadas en el apartado anterior con sus propias estrategias metodológicas.

Así el Capítulo II ofrece un panorama macro sobre la composición de los sistemas familiares latinoamericanos. En la primera parte se presenta una importante revisión de la literatura demográfica sobre las familias de la región que, a modo de estado de la cuestión, permitió determinar los indicadores más utilizados para su estudio. En la segunda parte, se procede a la identificación empírica de los componentes demográficos de estos sistemas. Como fuente de información se utilizaron microdatos censales de las décadas de 1970 y 2000 para 15 países, y a partir de ellos se construyó una batería de indicadores relacionados con la constitución, consolidación y disolución de los hogares y las uniones conyugales. Tales indicadores fueron calculados para la primera unidad político-territorial de los países considerados, lo que genera una información detallada de la amplia geografía de la región. Posteriormente se sometieron a un Análisis de Componentes Principales, como técnica de simplificación de la data, que reveló la existencia de cuatro factores independientes que constituyen

las dimensiones claves de los sistemas familiares latinoamericanos. Posteriormente se realiza un análisis espacial de tales dimensiones.

El Capítulo III examina la paradoja de la estabilidad de los calendarios de unión y reproducción en el contexto de expansión educativa de América Latina. La información aportada por las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) permite explorar dimensiones vinculadas al ámbito ideacional y conductual de las mujeres, lo que se consideró apropiado para el logro de los objetivos planteados en este capítulo. Se trata de un estudio que analiza las tendencias de las edades a la primera relación sexual, primera unión y primer hijo de cohortes de mujeres nacidas entre 1940 y 1980 en 12 países latinoamericanos. El contenido de este capítulo se encuentra publicado bajo la referencia bibliográfica: Esteve A. y Florez-Paredes E. (2014). "Edad a la primera unión y al primer hijo en América Latina: estabilidad en cohortes más educadas". *Notas de Población,* 99: 33-65.

Por su parte, el Capítulo IV aborda la evolución de las diferencias entre cohabitación y matrimonio en Venezuela, en las dimensiones del contexto familiar y niveles de homogamia de los miembros de las parejas. En este caso se utilizaron microdatos censales de 1970, 1981, 1990 y 2001 para Venezuela. Si bien constituye un trabajo muy modesto respecto a su alcance territorial es muy revelador respecto a las potencialidades de los censos de población en la exploración de las características de las parejas. Este trabajo está publicado con la referencia bibliográfica: Florez E. y Esteve A. "Cohabitación y matrimonios en Venezuela, 1971-2001 ¿Contornos diluidos?". *Papeles de Población,* 80:217-247.

Por último, el Capítulo V de esta tesis presenta las principales conclusiones de los estudios presentados, las limitaciones de sus resultados, futuras líneas de investigación y un conjunto de reflexiones finales que buscan vincular los aspectos críticos e interpretativos desarrollados en el primer capítulo con los hallazgos empíricos obtenidos en los capítulos subsiguientes. En la sección de Anexos se recopilan las versiones en inglés de los apartados de introducción y conclusiones para dar cumplimiento a los requisitos de solicitud del título de Doctor Internacional.

I. PERSPECTIVAS HISTÓRICAS DE LAS DINÁMICAS FAMILIARES DE AMÉRICA LATINA

Para el análisis actual de la familia en América Latina y de cualquier otra región del mundo es necesario conocer y comprender los procesos históricos que marcaron su formación social. Esto, por un lado como estrategia de reivindicación de la propia historia, y por otro, como estrategia metodológica tanto para el momento del planteamiento del problema a investigar como para el análisis de los resultados a presentar. Un breve repaso sobre la historia de la familia en Latinoamérica desde un punto de vista demográfico y el énfasis en la coexistencia de al menos dos regímenes demográficos al interior de la región como producto de esta historia, es presentado en el capítulo a continuación.

1.1. Historia de los sistemas familiares de América Latina

La historiadora Gil Montero (2007) plantea que buena parte de la investigación sobre las familias latinoamericanas ha partido tradicionalmente desde un punto de vista en el que estas se asumían como un derivado del sistema europeo–occidental, sin detenerse mucho en las características que las hacían un sistema o conjunto de sistemas auténticos. David Robichaux (2002; 2005; 2007; 2008) por su parte, en sus variados trabajos y recopilaciones bibliográficas sobre los sistemas familiares de la región[1] hace una importante crítica a la tradición investigadora que de acuerdo a él, tendía al ocultamiento de la diversidad de dinámicas familiares existentes en el vasto territorio americano ya que solían dar énfasis a los estudios de las elites dejando como marginales los estudios de las culturas 'subalternas' cuya base está constituida en muchas regiones por la población de origen étnicamente no europeo. Tanto Gil (2007) como Robichaux (2008) concuerdan en que a partir de tales análisis se creó una imagen ideal del tipo de

[1] Este autor ha elaborado importantes estudios sobre los sistemas familiares de la región desde un punto de vista histórico-demográfico específicamente para el caso mexicano y el área más amplia de Mesoamérica.

familia predominante en el continente. Se trataba de la familia nuclear monógama, asignada como modelo particular del noroeste de Europa, y que en América resultaba en una variante de este modelo mediterráneo.

Así, los estudios sobre la familia precolombina mesoamericana enfatizaban que el origen del tipo de organización familiar observado en los grupos originarios se atribuía al proceso de aculturación resultante de la conquista española, por lo que el parentesco no era importante como principio organizativo en esta región. Esto subestimó el estudio de las prácticas concretas de la organización familiar al dar mayor relevancia a los valores y discursos existentes de la misma, lo cual Robichaux considera un error desde el concepto de cultura.

Este autor propone la identificación de dinámicas familiares –y demográficas- específicas de sectores concretos de la población, y para ello, insiste en que debe considerarse 'cultura' en el sentido planteado por D'Andrade (1995) como "soluciones socialmente heredadas [de generación en generación] a los problemas de la vida"; soluciones que conforman un conjunto de comportamientos que, para el caso del análisis de la familia, pueden plasmarse en "prácticas concretas que pautan los procesos de residencia post-marital y de transmisión intergeneracional de bienes y derechos". Tales lógicas producen "morfologías familiares concretas en las distintas etapas de determinados ciclos de desarrollo de los grupos domésticos" que tienen repercusiones específicas en la demografía (Robichaux, 2007, pág. 27).

Esta idea de los ciclos de desarrollo es subyacente al concepto de reproducción social planteado por autores como Chayanov (1966), Meyer Fortes (1970), Goody (1976), Augustins (1989) y Harrell (1997), que buscan dar cuenta de "la perpetuación en el tiempo de formas estructurales de los grupos domésticos y de parentesco" (Robichaux, 2007), intentando captar así la familia residencial como un proceso y no como una entidad estática: "el grupo familiar de residencia se equipara con la vida de un individuo desde su nacimiento, maduración y muerte, y el concepto destaca el tránsito de los individuos por las fases del ciclo y sus derechos de residencia y herencia de bienes" (Robichaux, 2008, pág. 29).

Al considerar el grupo doméstico como proceso de reproducción social, los estudios de las familias se enfocarían en mostrar cómo el orden de nacimiento y el sexo del individuo pueden constituir motivos para incluirlo o excluirlo de los derechos de herencia y pertenencia al grupo. El lugar de residencia de la pareja, sus relaciones con la familia de la mujer o del hombre, los bienes y derechos que se heredan, así como las líneas que sigue la trasmisión, son algunas de las preguntas que debe hacer el

investigador ante tradiciones culturales que siguen lógicas distintas de las hegemónicas (Robichaux, 2007, pág. 34).

Tomando como base estas ideas, este autor elabora un punto de partida para abordar la organización familiar en distintos ámbitos latinoamericanos y del Caribe. Propone un modelo de sistema familiar con su correspondiente régimen demográfico para el área designada por Kirchhoff (1943) como Mesoamérica. Se trata de un modelo "que sigue pautas y asigna papeles de género y edad, de manera diferente del modelo del noroeste europeo o del supuesto mediterráneo" (Robichaux, 2007, pág. 2).

1.1.1. Sistemas familiares precolombinos

Tal sistema mesoamericano corresponde a uno de los cinco tipos culturales existentes en la época precolombina de acuerdo a la clasificación elaborada por Steward y Faron (1959 en Robichaux 2007), y que sirven de referencia para establecer una geografía de los sistemas familiares en América Latina y el Caribe. Estos tipos culturales son: i) imperios de alta civilización o civilizaciones de riego en los Andes centrales y Mesoamérica, ii) los pastoralistas y cultivadores de los Andes meridionales; iii) las jefaturas teocráticas y militaristas del Caribe y el circuncaribe venezolano, colombiano y centroamericano; iv) los cultivadores aldeanos tropicales que ocupaban una gran parte de Brasil, el oriente de Paraguay y la cuenca amazónica; v) los cazadores recolectores nómadas presentes en una gran parte de Argentina (excepto el noroeste y zonas colindantes), así como en reductos dispersos en toda la región.

Las sociedades andinas y mesoamericanas se caracterizaban por la presencia de organizaciones estatales altamente estratificadas. Específicamente para Mesoamérica, el modelo familiar implicaba tanto fases nucleares como extensas. Los rasgos más comunes de este sistema son: la virilocalidad inicial al momento de formación de la pareja, que produce importantes proporciones de familias extensas; un privilegio masculino en la herencia de la tierra sin exclusión total de las mujeres; y la ultimogenitura patrilineal en la herencia de la casa, que incluye la responsabilidad de cuidar a los padres en sus últimos días (Robichaux, 2007). Este es un proceso de desarrollo que ha sido reportado etnográficamente en casi la totalidad de grupos lingüísticos indígenas del área mesoamericana de México, Guatemala y el sur de Nicaragua; y tiene como corolario un matrimonio temprano y universal, así como edades tempranas al primer nacimiento. Este modelo implicaría periodos de

fecundidad largos, generaciones cortas y de ahí, la potencialidad de crecimiento acelerado de la población en condiciones de baja mortalidad (íbidem).

En Los Andes de Bolivia, Perú y Ecuador (Lambert 1980) y el sur de Colombia (Gutiérrez de Pineda, 1975) se ha registrado también la ultimogenitura y la virilocalidad inicial. Sin embargo, hay evidencia de la práctica de la herencia paralela de la tierra, que consiste en que las mujeres dejan sus tierras a sus hijas y los hombres a sus hijos varones (Robichaux, 2008, pág. 34).

En el caso del área del Caribe y el circuncaribe, debido a que los datos son escasos y fragmentarios es difícil hablar de sistemas familiares homogéneos. Se destacan sin embargo las significativas diferencias entre los Andes y regiones de Los Llanos y Occidente en países como Venezuela. Algunos estudios sugieren una asociación de principios patrilineales con sistemas agrícolas intensivos, mientras que en áreas de sistemas agrícolas de menor intensidad se observan principios matrilineales en la organización familiar (Robichaux, 2007).

Por su parte, en la zona sur de América –cuenca del Amazonas y asentamientos guaraníes- "se dieron formas de organización familiar matricéntricas en viviendas colectivas y sin paredes, que eran habitadas por varias familias nucleares dedicadas al cultivo de tierras y, más adelante a la ganadería" (Cienfuegos, 2014, pág. 16). Este tipo de viviendas eran llamadas aldehuelas, las cuales como producto del sincretismo con el catolicismo, se fueron transformando en viviendas contiguas divididas internamente.

1.1.2. Impactos de la conquista y colonización

Ha habido un amplio debate sobre en qué medida estas culturas precolombinas y sus correspondientes sistemas de formación y perpetuación familiar sobrevivieron luego de la irrupción de los conquistadores en el territorio (Romero, 1999). Con la llegada de los inmigrantes de ultramar a territorio americano, la diversidad de culturas encontradas se conjugó en una combinación de tradiciones y cosmovisiones indígenas precolombinas, europeas y africanas.

Tal como dice Rodríguez (2004): "si para España y Portugal el proceso de conquista y colonización supuso la emigración de una población masculina importante, que tuvo efectos sobre sus estructuras demográficas y familiares, en América la devastación de la población indígena marcó un proceso de cambios y adaptaciones en sus estructuras

básicas" (pág. 16), lo que define la base de la complejidad de la formación familiar de la región.

En este periodo de conquista y colonización el modelo de familia cristiana jugó un papel determinante en el redimensionamiento y adaptación de las culturas precolombinas. Este patrón cristiano, moldeado por las normas impuestas por la Iglesia Católica, se caracteriza por la monogamia y la libre elección del compañero marital, además de una evaluación moral negativa de la sexualidad, en especial en su forma premarital (Cienfuegos, 2014). Es un sistema patriarcal donde la mujer se encuentra bajo la dominación masculina. Tales normas cristianas probablemente más incorporadas dentro de la sociedad conquistadora, fueron trasladadas a América y conformaron la estructura más visible del modelo de familia con el que se ha analizado frecuentemente una multiplicidad de pueblos indígenas (Gil, 2007, pág. 80). Este tipo de familia es lo que se ha dado a conocer con el título de familia occidental, mediterránea o hispanoamericana.

El surgimiento de la familia criolla, plantea Therborn (2004), se da en este contexto socioeconómico donde el control de los medios de producción estaba en manos de un patriarcado europeo cristiano que utilizaba como mano de obra a esclavos africanos o siervos indígenas. A fin de sostener el estatus del conquistador español, la Corona tomó dos medidas básicas en relación con la tierra y su explotación: por la primera, se concedieron a conquistadores, fundadores de pueblos y descubridores las mejores tierras de labor a título de recompensa. Por la otra, la Corona ordenó que para realizar el cumplimiento de tareas serviles que el estatus de blanco no podía satisfacer, dispusiera de la fuerza del aborigen, dotando así de mano de obra al súbdito español, a través de la obligación del indígena a trabajar para el hombre blanco. Con ello, se daba comienzo al establecimiento de una comunidad agraria colonial de corte dual; por un lado, de grandes propiedades en manos de la clase dirigente hispánica y por el otro, de una población servil que se ubicó en dichas propiedades pero que no poseía las tierras que laboraba. A su vez, éste último grupo iba acompañado de la generación de una tendencia minifundista entre algunas poblaciones nativas (Gutiérrez de Pineda, 1975, págs. 24-27).

En términos jurídicos la familia criolla se rigió por "normas napoleónicas de dominación masculina y obediencia de la mujer fortaleciendo, al menos en sus esquemas normativos, al patriarcado tradicional europeo" (Therborn, 2004, pág. 25). Sin embargo, este fue un esquema que se aplicó principalmente entre las mujeres de la elite dominante. Entre la población no europea la constitución de la pareja se siguió

realizando dentro de los términos precolombinos y con sus consecuentes adaptaciones, que a partir de entonces se denominaron como prácticas *informales*, con nacimientos *extramaritales*. En esta época se instauró también una práctica extendida y socialmente aceptada de depredación sexual masculina, que permitía a los hombres de las elites dominantes iniciar relaciones sexuales con las mujeres de las castas dominadas, esto es, negras e indias (íbidem).

Gutiérrez de Pineda (1975) analiza cómo estas prácticas familiares fueron influenciadas por las dinámicas de la tenencia de la tierra gestionadas desde la Corona. Las posesiones otorgadas por ésta podían constituirse en Mayorazgos que necesitaban para transmitirse a la generación siguiente la legitimidad de una unión matrimonial. Por tanto, dentro del estatus del descendiente hispánico esta norma era un incentivo que empujaba a la estructuración de una familia legal intraclase. A la par, la figura de la Encomienda que agregaba una población nativa subyugada como servidumbre a la comunidad blanca, estimulaba la continuidad endogámica de la familia india, pues su prolongación legítima representaba la prolongación del estatus superior blanco. Así se colaboró con la estructuración de la legalidad de la familia india a través del matrimonio. Por otro lado, en los regímenes tributarios y de acceso a la tierra, la población mestiza, a diferencia del indio, no estaba sometida al sistema ni de la Mita ni la Encomienda; por lo que escapaba al régimen tributario. Tal situación beneficiaba tanto al hijo mestizo como a la madre. Así, se formaban dos tendencias: legitimista y endoclase la una, bastarda y extraclase la otra, entre el hispano, el negro y los nativos.

Hasta la actualidad es evidente la persistencia de la dualidad entre códigos y normas familiares conservadoras, en un extremo, y prácticas populares de informalidad en el otro. De hecho, Gil (2007) aclara que la frecuencia de nacimientos fuera del matrimonio así como la alta incidencia de uniones consensuales constituyen uno de los principales aspectos familiares americanos que contrastan con los casos europeos de la época. Esto resalta otra característica particular de la región como lo es el hecho de que la familia no siempre se ha iniciado con el matrimonio (Morenos, 1997-1998 en Gil 2007).

La catástrofe demográfica del siglo XVI iniciada con la colonización dio como resultado la disminución brutal de las poblaciones indígenas y, en muchas regiones, su desaparición. La migración europea y africana a lo largo de prácticamente toda su historia post-colonial, la herencia precolombina, la alta movilidad espacial a lo interno del territorio como producto de un largo tiempo de frontera abierta (Gil 2007), y el mestizaje biológico y cultural como proceso asimétrico de relaciones de dominación y

subordinación, con su correspondiente sistemas de castas, así como el modelo de constitución de parejas informales y de nacimientos extramaritales, parecen constituir algunos de los rasgos históricos distintivos de las poblaciones latinoamericanas.

1.1.3. La familia en la conformación de los Estados Nacionales

Para el momento de la conformación de los estados nacionales durante el siglo XIX, el papel del Estado a través de la promulgación de leyes, normas y políticas públicas fue (y sigue siendo) clave en los procesos de conformación familiar, dando mayor apertura a determinados modelos de familia por encima de otros.

En este periodo la legislación se basó en el Derecho Romano, el código de Napoleón y el código alemán. Para la familia se heredó una concepción patriarcal-cristiana, donde el jefe *(paterfamiliae)* detenta el derecho a decidir sobre la vida de sus familiares. Las reglas católicas, derivadas de la religión de los conquistadores, se aplicaban ante la ley al vínculo matrimonial, visto como indisoluble, así como a la sexualidad y la virginidad. En términos de género el patriarcalismo establece como un imperativo de orden público el deber de obediencia de la mujer hacia su padre primero y su marido después. Los códigos civiles de Argentina 1896, Chile 1855, Colombia 1873 o Brasil 1916, incorporaron estos elementos (Jelin, 2005). Sin embargo, los sistemas jurídicos y legales de la región no controlaron exitosamente la implementación de la legislación emergente a lo interno de las prácticas familiares. Esto reforzó la situación de coexistencia de los dos modelos de familia ya mencionados:

> El modelo católico, como norma ideal en las ciudades y clases medias (especialmente entre las mujeres), y un patrón de uniones conyugales libres e hijos 'ilegítimos', con diferentes formas de convivencia y variables grados de estabilidad de las uniones o del reconocimiento paterno de sus hijos. En ambos modelos, sin embargo, las mujeres estaban subordinadas y eran dependientes de los hombres (Jelin, 2005, pág. 6).

En términos ideológicos, Robichaux (2002) señala para México la propagación de la idea de una cultura nacional homogénea a todo el país, como uno de los objetivos del gobierno en la creación de un Estado-nación basado en una población unicultural. El proceso del mestizaje biológico, cultural y social vivido en los siglos anteriores era el fundamento de tal unidad. Estos principios, que bien pueden extenderse al conjunto de los países de la región, tuvieron repercusiones en las imágenes ideales de familia socialmente aceptadas frente a aquellas que se consideraban como fuera de la norma.

Las prácticas de las elites operaban como punto de referencia de lo ideal. El orden jerárquico establecido desde la colonización, en el que los indígenas y africanos ocupaban los lugares más bajos de la pirámide social, resultó en la invisibilización jurídica y la estigmatización social de las prácticas culturales, y en específico, nupciales y reproductivas de estos grupos étnicos. Si bien el proyecto moderno de constitución y formación del Estado nación integra simbólicamente a estos grupos, en la práctica son excluidos, negando lo indígena y lo negro como parte de la pluralidad cultural existente en el seno de los países americanos:

> Aunque la negación no operaba como ley, en la práctica se anulaba toda posibilidad de que ejercieran sus derechos propios, desarrollaran y protegieran su identidad, su lengua y su forma de vida (…) El objetivo principal del estado estaba dirigido a la asimilación e incorporación de ellos a los patrones de la sociedad nacional (Bello & Rangel, 2000, págs. 12-13).

El régimen de conquista y colonización instauró entonces un sistema de exclusión y segregación por motivos étnicos y raciales, e incluso de género, que continuó luego de los procesos de independencia, forjó la base de la constitución de las naciones y persiste aun hasta nuestros días[2]. Bajo los estados nacionales diversos grupos sociales sufrieron una exclusión o no participación en el proyecto nacional, que derivó en pobreza y marginalidad. Si bien la negación de la heterogeneidad sociocultural en la génesis de los Estados nacionales latinoamericanos y caribeños no implicó la desaparición de las prácticas familiares tradicionales de estos grupos, instaló la discriminación y la desigualdad en las bases ideológicas de los sistemas de reproducción social y cultural de la región.

1.1.4. Siglo XX

Ya en el siglo XX la desigualdad social y económica entre diferentes grupos poblacionales se convirtió en un problema distintivo de América Latina en el mundo. La estructura social forjada en este periodo traía arraigada una serie de trayectorias y

[2]En cuanto al sistema de propiedad de la tierra, Gutiérrez de Pineda nuevamente nos aclara: "Llegado el siglo XIX con la revolución contra España se inició una nueva fase en la tierra (…) con la venta de las tierras confiscadas a la Iglesia, los bienes eclesiásticos puestos al mercado, reforzaron los grupos de mayor solvencia, puesto que eran los únicos que podían pagar las tarifas gubernamentales en el remate del suelo eclesiástico. Así nuevamente quedaron fuera de la posibilidad de adquirir la ansiada parcela que respaldara su profesión de agricultores, toda la masa creciente de desarraigados formada y acrecentada sucesivamente desde los primeros periodos coloniales. Por un lado, se agudizaba el minifundismo y el desarraigo y por otro, se daba nuevo impulso al latifundista en manos de mestizos y de blancos" (Gutiérrez de Pineda, 1975, págs. 28-29).

experiencias así como patrones de comportamientos heredados de los periodos anteriores. El sistema de valores de las relaciones de dominación/subordinación social siguió vigente, articulando en muchos casos las dimensiones de etnia, raza y género con clase social. Las exigencias del modelo de desarrollo capitalista con su proceso de industrialización y generación de nuevas formas de organización productiva, implicaba un cambio en las formas de vida y de trabajo de los distintos sectores sociales que no siempre contaban con los recursos económicos, políticos, legales y/o culturales para adaptarse a estas nuevas circunstancias.

Los cambios estructurales políticos, sociales y económicos experimentados por la región durante este siglo incidieron sustancialmente sobre la organización social y los patrones familiares:

> La urbanización acelerada, el aumento de la tasa de participación femenina en la fuerza de trabajo, el aumento en los niveles de educación son algunas de estas transformaciones (…) además de importantes cambios políticos, como los procesos de democratización que tuvieron lugar en los años 80s luego de una década de intensas dictaduras y violentos enfrentamientos políticos, dejaron huellas profundas en el funcionamiento familiar de muchos países de la región (Jelin, 2005, pág. 7).

La legislación de la familia aunque siguió ajustándose al modelo tradicional patriarcal ha ido teniendo avances significativos en materia de equidad de género, pero no definitivos. En este periodo fueron importantes las políticas de alfabetización así como de aumento de la cobertura en la atención médica de las que fueron objeto las poblaciones americanas.

Entre las transformaciones más relevantes de las formas familiares se encuentran: la preeminencia de las familias nucleares, la constante reducción del tamaño de las unidades domésticas, los altos porcentajes de uniones consensuales y el número significativo de hogares con jefatura femenina. Estas tendencias suelen ser consideradas como cambios asociados a la modernidad. Sin embargo, ya Cicerchia (1998) apunta que las mismas se han manifestado desde fines del siglo XVIII:

> Si tomamos el último fenómeno [jefatura femenina], para la primera mitad del siglo XIX, entre el 15 y el 25% del total de las unidades familiares latinoamericanas (con grandes variaciones regionales) tenían jefas de hogar. Un porcentaje que ciertamente dobla el promedio calculado para Europa durante el mismo período (pág. 254).

Respecto a los cambios en la constitución de parejas, Therborn (2004) comenta que no se trata tanto de una novedad como de un "retorno a la complejidad que existía antes

de la estandarización industrial de las relaciones familiares a mediados del siglo XX, especialmente en Europa occidental y en el continente americano (…). El reciente aumento de uniones informales y de nacimientos extramaritales en América Latina todavía no alcanza los niveles de Bahía a mediados del siglo XIX o de México en 1900" (Therborn, 2004, pág. 20). Sin ir muy lejos, ya para mediados del siglo XX entre 40% y 50% de los nacimientos en Paraguay tenían lugar fuera del matrimonio, cifra que alcanzaba el 70% para Jamaica.

Incluso la inserción de la mujer al mercado de trabajo tampoco es del todo novedosa; desde la época colonial las madres, especialmente de los sectores medios y populares, cuando se trasladaban a la ciudad realizaron y realizan oficios domésticos, artesanales y manufactureros. Rodríguez (2004) argumenta que en Iberoamérica "muy difícilmente puede estimarse que la vida de las madres ha estado encerrada en el mundo privado, doméstico" (pág. 18).

Sin embargo, esto no desestima los importantes cambios acontecidos durante el siglo XX. Es precisamente en este siglo donde las tendencias de las principales variables demográficas, mortalidad y natalidad, derivaron en el modelo de transición demográfica vivido en Europa al menos un siglo antes.

1.1.5. La transición demográfica en América Latina

De acuerdo a (Chesnais, 1986) el modelo de transición clásica se desarrolla en tres fases: una baja de la mortalidad, un retraso en el calendario de la nupcialidad y finalmente la baja de la fecundidad. En América Latina como se verá, la tercera fase ocurrió sin el paso intermedio de control de la nupcialidad[3].

La reducción de la mortalidad en la región comenzó en la década de 1930. La proliferación de epidemias y enfermedades infecciosas además de un contexto de inestabilidad política e intensas guerras hacían que la incidencia de la mortalidad fuera bastante alta. En esta fecha la esperanza de vida de la región era apenas de 30 años (Cosio-Zavala, 1992). Es a fines del siglo XIX cuando los gobiernos nacionales recién constituidos, impulsados a su vez por la Organización Mundial de la Salud, inician campañas de salud pública y de saneamiento de las grandes ciudades. En esta época aclara Cosío, gobernar en América Latina era también poblar, curar y educar. La implementación de campañas de vacunación, de higiene pública y de prevención y

[3] En este apartado los trabajos de María Cosío Zavala (1992; 1999; 2004; 2011; 2012) constituyen la fuente principal del discurso narrado.

erradicación de enfermedades infecciosas dio como resultado que la esperanza de vida se duplicara prácticamente en todos los países, alcanzando en 1960 los 60 años. Así, en sólo tres décadas se recorrió el camino que llevó doscientos años a los países europeos (Cosío-Zavala, 1992).

La caída de los niveles de mortalidad estimuló positivamente la fecundidad. Las mejoras en las condiciones sanitarias de los embarazos y partos, y el aumento de la duración de los matrimonios motivados por la reducción de la viudez, redundaron en el aumento natural de la fecundidad hasta mediados de los años 60s. Si bien en los países europeos el alza de la esperanza de vida implicó un control del crecimiento de la población a través del control de la nupcialidad, limitando el tamaño de las familias; en América Latina la caída de la mortalidad fue seguida por el alza de la fecundidad, la cual a su vez, vino acompañada de un crecimiento de la nupcialidad y una mayor precocidad de las uniones. Esos fueron los años de la explosión demográfica que coincidieron con una coyuntura económica favorable. Crecimiento demográfico y económico se estimulaban mutuamente. Cosío (1999) habla de un *marriage boom* latinoamericano entre los años 1950 y 1960 que coincidía con el europeo. Urbanización acelerada, crecimiento económico, oferta de empleo en los sectores secundario y terciario, movilidad social, éxodo rural, estimulaban la fundación de hogares en condiciones favorables.

Sin embargo esta alta fecundidad marital de tipo natural, es decir, sin control de nacimientos durante la vida fértil de la mujer, fue diferencial según grupos de países. Argentina, Uruguay, Chile y Cuba siempre tuvieron niveles de fecundidad menores al resto del continente, al igual que sus niveles de mortalidad. En estas poblaciones, sobre las cuales la inmigración europea tuvo un impacto decisivo, las parejas controlaban sus nacimientos desde fechas muy tempranas.

La reducción de la fecundidad en el resto del continente comienza a partir de la década de 1960. Los primeros pasos en esta reducción se dieron entre las mujeres que se encontraban en la parte final de su vida reproductiva, después de los 30 años, quienes comenzaban a acceder a los métodos anticonceptivos luego de haber tenido varios hijos y considerar haber alcanzado un tamaño de familia deseado. Sin embargo conservaban las pautas tradicionales de reproducción: nupcialidad alta y temprana, e intervalos intergenésicos cortos. Paulatinamente, las mujeres con mayores logros educativos y radicadas en las ciudades y sectores sociales favorecidos han llevado la batuta en el cambio de esta pauta reproductiva, retrasando la nupcialidad y disminuyendo su fecundidad.

Comparada con el patrón europeo, la fecundidad en Latinoamérica parte de niveles más elevados que en Europa, aumenta notablemente cuando se inicia el descenso en la mortalidad y se mantiene allí por cierto tiempo. La América Latina de la pretransición demográfica tenía, debido a esta fecundidad elevada, tasas de crecimiento entre 1% y 2% anual, ritmos de aumento poblacional que en Europa solo fueron típicos únicamente durante el periodo de transición. La transición latinoamericana, y como producto combinado del aumento en la fecundidad y la caída de la mortalidad, estuvo caracterizada por tasas de crecimiento mucho más elevadas, entre 2% y más del 3% anual (Pérez-Brignoli, 2010, pág. 13).

Ahora bien, a partir de la década de los 70s las evoluciones en la reducción de la mortalidad han sido más lentas y con marcadas diferencias entre grupos sociales. Grandes sectores poblacionales, en especial los rurales, no se beneficiaron igualmente de los progresos en el mejoramiento de la salud y las condiciones sanitarias, siendo que la construcción de infraestructuras sanitarias y las mejoras en las condiciones de salud estuvieron concentradas en un primer momento en las grandes ciudades. Países como Haití, Bolivia, Guatemala, Perú, El Salvador y Nicaragua conservaban esperanzas de vida entre los 55 y los 66 años para el periodo 1990-95, cuando el promedio regional era de 68 años (Banco Mundial, 2015).

En estos sectores donde la mortalidad siguió con niveles altos, la fecundidad tampoco reculó ni en los niveles ni en el ritmo que lo hicieron los sectores más favorecidos. El ritmo de descenso de la fecundidad y la mortalidad está correlacionado entonces con el nivel de desarrollo socioeconómico de los países y las categorías sociales. En los casos de desarrollo más precario, la disminución de la fecundidad se ha dado principalmente por una importante oferta de anticonceptivos al alcance de la población, como parte de los programas nacionales de planificación de nacimientos, más que por un cambio de actitud respecto a sus comportamientos reproductivos.

Se observan entonces dos regímenes de transición demográfica que transcurren paralelamente en las sociedades latinoamericanas. Las diferencias en la calidad de vida de uno y otro sector han marcado el distanciamiento en los patrones reproductivos. Cosío asume que para poder pasar nítidamente al estadio de la transición correspondiente a la baja fecundidad, se deben alcanzar antes las condiciones que reducen óptimamente la mortalidad. La sobrevivencia de niños y adultos en niveles estables, acompañado de progresos educativos y de nivel de vida, es lo que abre el camino para el descenso de la fecundidad.

1.1.6. ¿Segunda transición demográfica en América Latina?

La disminución de los niveles de mortalidad en la región implicó un incremento de la esperanza de vida tanto individual como en pareja con consecuencias notables en el aumento de las separaciones y divorcios. Especialmente en los países más avanzados en la transición demográfica como los del Cono Sur, se desencadenó un proceso de envejecimiento de la población. Los descensos en la fecundidad redujeron el tamaño medio de las familias, el uso de los métodos anticonceptivos incentivó la separación de las esferas de la reproducción y la sexualidad. El patrón de nupcialidad acentuó su carácter informal a través de la expansión de la cohabitación, al tiempo que se registra un modesto retraso de la edad de entrada a la unión y la maternidad (Ariza & Oliveira, 2007).

Todas estas tendencias se corresponden con los comportamientos vinculados a la segunda transición demográfica según como la han conceptualizado principalmente Van de Kaa (1987) y Lestheague (1995) para el contexto europeo, siendo este uno de los esquemas explicativos más influyentes en la demografía desde mediados de los 80s. Estos autores plantean que la primera transición estuvo basada en el fortalecimiento de la familia (aumento y estabilidad de las uniones matrimoniales, alta fecundidad), mientras que la segunda se trata de su debilitamiento.

Para el caso de América tales transformaciones no son generalizadas. Como se ha apuntado antes, algunos de estos rasgos distintivos de la segunda transición demográfica son ya de larga data en la región latinoamericana y su existencia no se vincula con la modernidad sino más bien con la desigualdad social, como ocurre con las uniones consensuales, los nacimientos extramatrimoniales y el abandono matrimonial (Arriagada, 2002, pág. 150). Como característica propia del modelo latinoamericano, la evolución de la fecundidad registra actualmente tendencias controversiales y lejos de lo observado en las poblaciones europeas y norteamericanas:

> Si bien se constata que la fecundidad ha bajado entre 1998 y 2008 [en la región], al mismo tiempo ha ocurrido un aumento en la proporción de mujeres de 15 a 19 años que ya son madres. Como consecuencia, los calendarios de fecundidad en América Latina son jóvenes, con una fecundidad concentrada antes de los 30 años y una fuerte caída después de esa edad (Cosío, 2012, pág. 9).

El significado que tiene cada tendencia de cambio en la organización de las familias adquiere un matiz distinto según el grupo socioeconómico, geográfico y étnico en que ocurren. En este sentido, la comprensión de la modernidad como experiencia social es

transversalizada por estas variables de estratificación. Arriagada (2001) habla de un proceso de modernización sin modernidad: "muchas de las transformaciones de la modernización se realizaron de manera segmentada, es decir, sin ir acompañadas por elementos de modernidad, que se refieren principalmente a las dimensiones culturales e identitarias de esos cambios" (pág.14).

Las direcciones que van tomando entonces las familias dependen fuertemente de su posición social, lo que evidencia asimetrías en la evolución de las dinámicas familiares. Las transformaciones en este campo ocurren asincrónicamente entre los distintos sectores sociales y los grupos étnicos, así como entre los países y las regiones dentro de éstos (Ariza y Oliveira, 2007; Cienfuegos, 2014). En consecuencia, los significados de los recientes cambios demográficos, especialmente en los patrones de nupcialidad, son polisémicos (Jelin, 2005). Y el origen de esta polisemia debe ser considerada abiertamente a la hora de evaluar y realizar ensayos teóricos sobre el cambio social en el contexto latinoamericano.

Cuando se aplica la segunda transición demográfica como modelo explicativo del cambio social y, específicamente familiar en América Latina, ciertamente se observan coincidencias con las tendencias experimentadas por los grupos sociales más aventajados social y/o económicamente, los protegidos por el Estado, los ajustados al ideal normativo, las elites. Sin embargo es insuficiente para explicar las dinámicas de reproducción de los grupos subordinados, cuyas prácticas culturales históricamente han tenido limitaciones en su reconocimiento moral, social y jurídico. Visto así, los postulados de la segunda transición demográfica se ajustan a los parámetros de una sociedad amparada por los Estados de Bienestar. Pero la sociedad latinoamericana no es homogénea.

Los esquemas de dominación establecidos desde la colonia, con su correspondiente sistema de valores, impregnaron todo el aparato institucional de los Estados modernos. El impacto de los sistemas de protección social como reflejo de esta institucionalidad con visión elitista, no ha sido análogo para todos los grupos sociales de la región, afianzando aún más la desigualdad. De hecho, al respecto se concuerda con el planteamiento de Quilodrán (2008) sobre que

> "la institucionalización del proceso de formación y disolución de las parejas nunca se universalizó, de modo que la situación actual no puede ser la de una desinstitucionalización al estilo de la que están experimentando las sociedades desarrolladas hoy. Se parte de realidades distintas [que evidencia] la coexistencia de los dos modelos: el derivado de la situación tradicional de semi-institucionalización, y el otro cercano al imperante en los países más

> avanzados. Hasta la fecha es poco lo que se ha hecho para distinguir ambas poblaciones (…)" (pág. 47).

Y aun no se tienen teorías que expliquen no sólo las dinámicas de prácticas culturales diferentes a las occidentales, sino tampoco las de aquellas cuyos sistemas de protección social son ineficientes. Por ello, si bien son válidos todos los esfuerzos que buscan la existencia de un patrón familiar en Latinoamérica que se corresponda a los postulados de la teoría de la segunda transición demográfica, es necesario señalar y dar cuenta que este modelo es insuficiente para el conjunto de la diversidad y desigualdad social de la región. Otros esfuerzos deben ser hechos para incluir a toda su población.

1.2. Conclusiones del capítulo. Dos regímenes demográficos de familia

El estudio de los procesos de la formación social de la región latinoamericana permite entender cómo se gestó en su interior la coexistencia de varios sistemas demográficos y de allí inferir algunas de sus consecuencias hasta nuestros días.

> El sistema de castas, con sus cuatro grandes grupos: españoles y criollos, mestizos, mulatos e indios, conformó una sociedad relativamente compartimentada, aunque con múltiples interrelaciones: la endogamia racial se respetaba en la mayoría de los casos, pero también coexistía con el mestizaje (Cosío, 1995, pág. 2).

Therborn (2004) explica que las sociedades criollas dieron origen a sistemas familiares duales y a veces triangulares (blancos, no blancos y mestizos), cada uno muy diferente de los otros, pero fundamentalmente moldeado por el otro o los otros sistemas.

La persistencia hasta la actualidad de los patrones familiares de esta sociedad dual puede tener alguna explicación en las características de los mercados matrimoniales derivados de la época colonial, dada su alta estratificación según el origen racial de la población (Gil, 2007). De hecho McCaa (1991) considera que el término adecuado a utilizar es el de 'ferias matrimoniales' dado que las elecciones no se hacían con entera libertad, sino que estaban condicionadas por la 'calidad' de los novios, es decir, por su etnia. Este concepto habla de sociedades segmentadas con patrones de comportamiento diferentes en cada renglón socio-racial. Sin embargo, la población mestiza así como los hombres de la elite blanca, transitaban esta feria nupcial con una mayor libertad (Gil, 2007), lo que favoreció "una cultura tolerante frente a irregularidades tales como las uniones extramaritales entre desiguales, los nacimientos

ilegítimos o las rupturas de parejas" (Gonzalvo, 1998 en Rodríguez-Vignoli J. , 2005, pág. 18).

Una gran distancia entre la norma y la práctica, con una significativa variación regional, frecuentes relaciones consensuales y una diferencia marcada de patrones de comportamiento entre los distintos grupos étnicos, conforman parte de los elementos estructurales de las formas familiares de la región (Gil, 2007). Por su parte, para Cosío (1995) origen étnico y catolicismo constituyen las variables claves que inducen variaciones en las estructuras familiares de la región.

Los estados modernos incorporaron en sus regulaciones sobre la familia la concepción del modelo europeo cristiano, sin dar reconocimiento a la diversidad de prácticas familiares existentes, de esta manera afianzó la estigmatización de las prácticas 'informales' de formación familiar. En términos económicos, estos estados fallaron en la repartición equitativa de la riqueza entre los diferentes sectores sociales preestablecidos desde la conquista, y agudizó las desigualdades en el acceso a los servicios públicos durante los procesos de poblamiento y asentamiento urbano. Por todo ello, no debe sorprender la permanente coexistencia de al menos dos regímenes demográficos en prácticamente la totalidad de los estados nacionales latinoamericanos. Las diferencias en el origen, sobre las cuales se fundaron las sociedades americanas desde la época de colonización, prácticamente aún no han sido borradas. La adscripción de clase, vinculada en aquel momento al origen étnico, y que hoy se multiplica y transversaliza con las categorías de género y nivel socioeconómico, sigue siendo el determinante sobre el cual las leyes y los ideales de las sociedades latinoamericanas se construyen en la actualidad.

II. SISTEMAS FAMILIARES EN AMÉRICA LATINA

2.1. Introducción

Las decisiones que giran en torno a con quién vivir, cuando iniciar una unión conyugal o tener un hijo, cuántos tener, la disolución de las uniones, los mecanismos de cuidado de las personas mayores, conforman un entramado de variables que definen los sistemas familiares de las poblaciones. Estas decisiones están motivadas por factores de índole cultural e ideológica así como por factores estructurales asociados con la disponibilidad de los recursos materiales que las hacen posibles o viables.

El estudio de los sistemas familiares en Europa goza de una larga tradición histórica. Gracias a la existencia de una rica documentación empírica, se conoce la organización familiar de diferentes localidades europeas desde épocas preindustriales, lo que ha permitido acumular conocimiento sobre su evolución en el tiempo, su relación con los regímenes económicos dominantes y la diversidad regional existente (Hajnal, 1965; Laslett & Wall, 1972; Hajnal, 1982; Reher D. , 1991). El estudio de los sistemas familiares en este continente obliga a conocer esta literatura y los desarrollos teóricos posteriores.

Comparado con Europa, la tradición de investigación demográfica en América Latina sobre los sistemas familiares es más joven. Aunque abundantes, los trabajos sobre las familias han sido más fragmentados, tanto desde el punto de vista de las dimensiones que componen los sistemas como desde el campo de estudio que los han abordado. Así, desde la Historia se han realizado estudios sobre las características de los sistemas familiares en la región. David Robichaux fue pionero en este esfuerzo con sus estudios sobre Mesoamérica en los que identificó la existencia de diversos modelos prehispánicos de formación familiar "que siguen pautas y asignan papeles de género y edad, de manera diferente del modelo del noroeste europeo o del supuesto mediterráneo" (Robichaux, 2002; 2007). Desde la demografía, los estudios sobre las familias tienen su auge a lo largo del siglo XX por la puesta a disposición de importantes fuentes de datos, tales como los censos de población y vivienda, las encuestas de hogares y las especializadas de demografía y salud.

Gracias a estos estudios se sabe que las familias en Latinoamérica destacan por tener una fuerte presencia de arreglos residenciales extensos, por la persistencia de un calendario nupcial y reproductivo más temprano, una alta prevalencia de uniones conyugales de tipo consensual y con alta inestabilidad, así como por la creciente proporción de hogares encabezados por mujeres. También es sabido que estos patrones varían sustancialmente a lo largo del continente y que históricamente se han registrado asimetrías en la evolución de las dinámicas familiares, tanto entre los países que conforman la región como a lo interno de ellos (Jelin, 1994; Ariza & de Oliveira, 2001; Arriagada, 2002; García & Rojas, 2002; Paredes, 2003; Rodríguez-Vignoli J. , 2005; Jelin, 2005; Quilodrán & Castro, 2009; Quilodrán, 2011; Esteve, Lesthaeghe, & López-Gay, 2012; Cienfuegos, 2014).

Sin embargo, esta información no está sistematizada de forma agregada y lo que se sabe respecto a la geografía de la familia en el continente es disperso. En este capítulo se analizan a partir de microdatos censales cuáles son, cómo se relacionan y cómo se distribuyen en el territorio las dimensiones clave que caracterizan a los sistemas familiares de América Latina.

El capítulo se estructura en una primera parte donde se hace una revisión bibliográfica de los estudios de familia en la región latinoamericana. Seguidamente se indica la fuente de información y la estrategia metodológica utilizada. En la tercera se comentan los principales resultados del estudio, para finalmente presentar las conclusiones y algunas consideraciones tendientes a contribuir en la discusión sobre los orígenes y factores explicativos de los modos de hacer familia en la región.

2.2. Los estudios de la familia en América Latina. ¿Qué sabemos de las familias Latinoamericanas?

El interés por el estudio de la familia desde las ciencias sociales en América Latina en tanto institución social alcanzó su auge en los primeros años de la década de 1970, cuando el análisis de la reproducción biológica y social de las poblaciones dejó de enfocarse a nivel del individuo y comenzó a conceptuarse en términos de grupo, por lo que la familia empezó a verse como objeto de estudio en sí mismo (Jusid, 1988; Acosta, 2003). Desde esta perspectiva salieron a la luz conceptos como el de 'estrategias de sobrevivencia' o 'estrategias familiares' (Torrado, 1980) que aluden a los mecanismos que utiliza la unidad familiar para asegurar su mantenimiento económico y su reproducción cotidiana (Jusid, 1988).

En el campo de la demografía, el libro *La familia como unidad de estudio demográfico* (Burch, Lira, & Lopes, 1976) publicado por CELADE constituye la primera compilación de trabajos en el que la familia latinoamericana está presente como foco de análisis, ya sea en su relación con la fecundidad o desde la perspectiva de las estructuras de los hogares (tamaño y composición), sus condicionantes y consecuencias. Producto de la influencia de las corrientes de investigación funcionalistas y del desarrollo de la demografía histórica en Europa, la preocupación fundamental de estos trabajos se centraba en validar la hipótesis de la nuclearización de las familias como respuesta a los procesos de urbanización, industrialización y modernización de las sociedades (Acosta, 2003). Por sus múltiples aportaciones estos trabajos representaron un gran avance en el conocimiento de diferentes aspectos de los hogares latinoamericanos, así como en el desarrollo conceptual y metodológico para su medición y análisis.

De entre los principales hallazgos de este conjunto de investigaciones, basados en su mayoría en el uso de fuentes censales o encuestas de hogares, resaltan los siguientes: 1) a pesar de la predominancia de los hogares nucleares, la importancia de los hogares extensos es bastante significativa y constituyen un fenómeno social de interés; 2) respecto a la relación entre la composición del hogar y su ciclo vital, se señala la posibilidad de que la mayoría de los hogares se constituyan en hogares extensos en alguna etapa de su desarrollo vital; 3) la jefatura femenina se da principalmente en las edades más avanzadas e implican una mayor prevalencia de hogares extensos así como un tamaño menor en relación con los hogares de jefatura masculina; 4) los hogares nucleares suelen estar encabezados por hombres casados, en tanto los extensos por personas divorciadas o separadas; 5) la participación femenina en la actividad económica es mayor entre los hogares extensos y los encabezados por mujeres (Acosta,

2003). A partir de estos resultados se cuestionó entonces la hipótesis sobre la nuclearización de la familia en América Latina, llamando la atención más bien de una continua diversificación de los tipos familiares. Especialmente resalta el papel de la forma extendida de los hogares, así como de la jefatura femenina en el espectro familiar de la región.

En la revisión de la bibliografía más reciente se ha encontrado una serie de ítems recurrentes que describen las principales características de las familias latinoamericanas, y que como se verá, no difieren mucho de aquellos resultados mostrados en la década de 1970 en el mencionado libro de la CEPAL. A continuación se reseñan brevemente tales características indicando no sólo su prevalencia y evolución, sino las interpretaciones que se les ha dado a lo largo del desarrollo de la investigación sobre la familia en la región.

2.2.1. Patrón nupcial latinoamericano. La tipología de la unión

El patrón nupcial de América Latina ha venido en continua transformación desde mediados del siglo XX. El incremento de la unión consensual como vía de entrada a la primera unión, o como constitución de segundas uniones, destaca como una de las mayores transformaciones. Por su parte, la postergación en las edades de entrada a la unión ha sido más bien leve y menos significativa que la observada en la preferencia del tipo de unión conyugal (Binstock, 2008).

Está altamente documentado que la cohabitación ha crecido de manera significativa, particularmente desde la segunda mitad del siglo XX, como modalidad de unión conyugal para iniciar una familia en Latinoamérica (Castro, 2002; Rodríguez-Vignoli, 2005; Binstock, 2008; Cerrutti & Binstock, 2009; López Ruiz, Spijker & Esteve, 2011; Esteve, Lesthaeghe & López-Gay, 2012). Las uniones consensuales han coexistido históricamente con los matrimonios representando "una manera alternativa y estable de vivir en pareja y formar una familia" (Quilodrán, 2011), lo que constituye un patrón característico de la formación familiar en América Latina (United Nations, 1990). En regiones como Asia y el Medio Oriente, donde existe una fuerte cultura matrimonial, la cohabitación y la maternidad extramarital se presentan en porcentajes mínimos. Lo contrario sucede en Latinoamérica. Esta región se encuentra a la cola en el índice de nupcialidad (bodas celebradas por cada mil habitantes) y a la cabeza en los niveles de convivencia y maternidad extramarital según el reporte Mapa Mundial de la Familia 2013, que recoge indicadores de 44 países (ChildTrends, 2013).

En las sociedades desarrolladas el auge de este fenómeno se concibe más como un resultado de los procesos de modernización (Castro, 2002). En estos países la cohabitación tiene mayor presencia entre los sectores urbanos y educados, mientras que en Latinoamérica ha sido más frecuente entre los grupos sociales menos favorecidos económicamente. En tales estratos la literatura coincide en definir estas uniones como una alternativa al matrimonio formal. La coexistencia de ambas formas de vida conyugal ha dado lugar a la caracterización del sistema matrimonial latinoamericano como un «modelo dual» (Castro, 2001).

Si bien el sistema dual de nupcialidad prevalece en la región entera, el peso relativo de cada tipo de unión varía significativamente de país a país (Castro T. , 2002; Quilodrán, 2011). Fussel y Palloni (2004) documentan que entre 1950 y 1970 la proporción de uniones consensuales entre las mujeres de 20 a 29 años de la región abarcaba desde apenas un 5,1% en Brasil (1960) a un 56,1% en Guatemala (1950). En 2000 esta proporción para el grupo de mujeres de 25 a 29 años, va desde 23% en México a 66% en Colombia o 70% en Perú (Esteve, Lesthaeghe, & López-Gay, 2012). La evolución reciente del fenómeno da cuenta de que en todos los países hubo aumentos en las proporciones de uniones consensuales, siendo que los incrementos más importantes ocurrieron en aquellos países que presentaban los menores niveles a mediados del siglo pasado. Hay consenso que este auge se inició en la década de 1970, acelerándose dramáticamente en los años 90s (Castro T. , 2002; Fussell & Palloni, 2004; Esteve, Lesthaeghe, & López-Gay, 2012).

La observación de los **patrones por edad** muestra que el aumento reciente ocurre en la totalidad de los grupos etarios. Sin embargo son los jóvenes los que presentan las mayores tasas de uniones consensuales, siendo que a mayor edad, menor es el nivel de cohabitación. Esto podría indicar cambios en los patrones de nupcialidad por cohortes, etapas del curso de vida o una tendencia a formalizar las uniones en el tiempo.

En **términos socioeconómicos**, la bibliografía enfatiza que la probabilidad de cohabitar es más elevada entre los sectores con menores niveles educativos, pero en su evolución reciente esta probabilidad ha aumentado en todos los grupos sociales, siendo que el ritmo de crecimiento ha sido más acelerado entre los más educados. Tal situación ha generado cuantiosos debates en cuanto a los significados de este nuevo patrón, llevando a hacer la distinción entre cohabitación 'tradicional' versus 'moderna' (Rodríguez-Vignoli, 2005; Covre-Sussai et al, 2015).

Entre las diversas **posturas teóricas** orientadas a explicar estos cambios resalta la de la segunda transición demográfica dada la ingente cantidad de trabajos generados en esa

línea (Quilodrán, 2001; García & Rojas, 2002; Paredes, 2003; Arriagada, 2004; Chackiel, 2004; Alfonso, 2009; Di Cesare, 2007; Covre-Sussai et al, 2015; Verona et al, 2015). Se trata de argumentar si el auge de la cohabitación obedece a una 'mayor presencia de uniones libres modernas' definidas no sólo por las características socioeconómicas de la población que participa en ella, sino por los significados de empoderamiento de la mujer y de rechazo a las instituciones de la Iglesia y el Estado.

Sin embargo, ya varios autores han llamado la atención de no caer en reduccionismos al asociar sistemáticamente el significado del reciente aumento de la unión libre a la pertenencia social de las personas. Binstock & Cabella (2011) muestran para el caso del Cono Sur que si bien la cohabitación en los sectores pobres ha sido más frecuente que en los altos, aun dentro de estos la cohabitación constituía una porción minoritaria de las parejas. El auge reciente del fenómeno en estos países involucra también a jóvenes y adultos de bajos niveles educativos. Ellas cuestionan si este crecimiento debe interpretarse como el mero aumento de las parejas jóvenes que responden al modelo de unión libre tradicional, o si más bien responde a motivaciones diferentes de las que dieron origen a esta noción tradicional: "la dicotomía moderno-tradicional resulta insuficiente para describir la creciente complejidad de estilos de vida conyugales que gana espacios en los países del Cono Sur" (Binstock & Cabella, 2011, pág. 54).

Respecto a los matrimonios la cohabitación se ha caracterizado por ser más inestable. Los altos niveles de disolución de este tipo de uniones, conjugado con su alta prevalencia ha ejercido gran influencia sobre los arreglos familiares de la región, especialmente en lo que respecta a la estimulación de hogares encabezados por mujeres, así como en el bienestar de mujeres y niños, ya que a menudo conllevan una menor responsabilidad masculina para con su familia conyugal (Castro T. , 2002). También se revela que las mujeres en una unión consensual han estado previamente en otra unión, mientras que las casadas suelen estar en su primera unión (Quilodrán, 2011).

El calendario nupcial por tipo de unión muestra que el matrimonio se celebra más tarde que la unión libre, o lo que es lo mismo, la edad a la cual las mujeres inician uniones consensuales es reiterativamente más temprana que a la que inician un matrimonio. En promedio esta diferencia de edades es alrededor de 1 a 2 años entre un tipo de unión y otro. Para el caso argentino, Binstock (2008) señala que entre las mujeres, no sólo las más jóvenes sino también las más educadas son las que muestran cierto retraso en su calendario nupcial y esto lo hacen es a través del matrimonio. Cuando se contempla la vía matrimonial para la entrada a la unión, las edades se

postergan significativamente, pero al considerar la unión consensual esta postergación se aplaca. Así el cambio más destacable no es el *tempo* sino la modalidad de la unión (Binstock, 2008).

Al igual que el calendario nupcial, el calendario reproductivo de las cohabitantes suele ser más joven que el de las casadas y, entre las cohabitantes se registran más nacimientos fuera de la unión que entre las unidas legalmente. Sin embargo, los niveles de fecundidad parecen no diferir tan claramente. En los países desarrollados se observa que entre los cohabitantes hay una menor fecundidad y que el embarazo actúa como un factor estimulante de la legalización de la unión. En América Latina por el contrario, la cohabitación es un espacio tan válido como la unión formal para la tenencia y crianza de los hijos. De hecho en los países del Cono Sur hay evidencia de que el nacimiento de un hijo disminuye el riesgo de transformar la cohabitación en matrimonio (Laplante & Street, 2009).

Se han suscitado debates sobre si la expansión de la unión consensual tiene **impactos sociales** negativos tanto para los miembros de la pareja como para su descendencia. En general hay pocos estudios que aborden este tema directamente. El foco principalmente está en la comparación del rendimiento escolar y nivel de asistencia a la escuela de los niños y adolescentes según arreglos familiares, diferenciando el marco legal de la unión de los padres (Kaztman y Filgueira, 2002; Loayza & Fukazawa, 2006; Geldstein, 2006 en Cerrutti & Binstock, 2009). Castro, Martín y Puga (2008) examinaron también el nivel de violencia de género en el marco de las uniones consensuales y los matrimonios. El estudio indica que las mujeres cohabitantes se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad que sus pares casadas, aun controlando por el perfil socioeconómico, variables demográficas y características de la unión. De todos modos, alertan sobre la posibilidad de que las diferencias observadas estén afectadas por un proceso de selección en el cual las parejas unidas menos violentas tengan una mayor probabilidad de casarse y que las parejas casadas tengan mayores probabilidades de separarse.

Los retos en materia de políticas públicas respecto a este tipo de uniones tienen que ver principalmente con las medidas de protección de la mujer y los hijos en los casos de separación, así como la necesidad de estimular una mayor responsabilidad por parte de los hombres, para garantizar la igualdad de derechos y responsabilidades en ambos miembros de las parejas.

2.2.2. Calendarios de unión y reproducción

Las transformaciones en el contexto en que las parejas deciden hacer su vida conyugal así como concebir y criar a sus hijos, no han ido acompañadas por cambios significativos en el calendario nupcial y reproductivo de las mujeres (García & Rojas, 2002; Binstock & Cabella, 2011). En Latinoamérica la primera unión y el primer hijo ha ocurrido de una manera bastante estable durante las últimas décadas a edades que si bien no son excesivamente jóvenes, no han aumentado acorde a lo esperado por los mayores niveles educativos de la población, ni lo observado en otros contextos donde por ejemplo, la caída de la fecundidad ocurría con un retraso paralelo de la entrada a la unión y a la maternidad. De hecho, en la región la caída de la fecundidad no tuvo esta correlación en los calendarios nupciales ni reproductivos. Esto es un proceso que se ha registrado únicamente en América Latina[4].

Los retrasos observados en la edad media a la primera unión en América Latina sólo dan cuenta de un incremento máximo de dos a tres años entre 1950 y 2000 en países como Colombia (21.5 años a 23.1), República Dominicana (19.2 a 21.5), El Salvador (19.7 a 22.1), Guatemala (18.9 a 21.3), Panamá (18.3 a 21.9), Perú (21.7 a 23.1) y Venezuela (18.1 a 22.1) (Fussell & Palloni, 2004).

A pesar de esta mayor o menor variación regional, la observación por país pone de manifiesto patrones diferenciados de matrimonio en la región. Maubrigades (2013) reporta tres patrones específicos. El primero, conformado por los países del Cono Sur con un promedio de edad al matrimonio mayor al resto de los países de la región, estabilizado alrededor de los 24 años. Destacan por ser los países con niveles educativos más elevados para ambos sexos. El segundo patrón lo conforman Brasil, Colombia, México y Venezuela, donde la edad promedio de entrada a la unión se encuentra en los 22 años. El tercer patrón lo integran República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, países que representan a las economías más pequeñas del continente.

La estabilidad de estos calendarios oculta dos tendencias, si se quiere contradictorias, en el seno de los polos de la estratificación social de los países de la región. Por un lado, hay evidencia de una relativa postergación protagonizada fundamentalmente por las mujeres jóvenes y con mayores alcances educativos, mientras que por otro, se constata un aumento sostenido de la fecundidad adolescente (García & Rojas, 2002;

[4] Esta situación denominada "paradoja de la estabilidad" se aborda de modo específico en el Capítulo III de esta tesis.

Rosero-Bixby, Castro, & Martín, 2009; Cerrutti & Binstock, 2009; Rodríguez-Vignoli & Cavenaghi, 2013; Nathan, 2015).

El examen de medidas diferentes a las edades medias o medianas permiten observar por ejemplo, un aumento en la proporción de mujeres entre 25 y 29 años que no tienen hijos (Rosero-Bixby, Castro, & Martín, 2009). Asimismo el porcentaje de mujeres nulíparas a los 30 años, muestra que éste abarca más de un tercio de las mujeres de las cohortes nacidas en la segunda mitad de los años setenta (Nathan, 2015). Estas medidas revelan tendencias claras de que las cohortes más recientes podrían estar retrasando su entrada a la maternidad e incluso podrían señalar que algunas mujeres optarían por no ser madres (Rosero-Bixby, Castro, & Martín, 2009). Por su parte, el examen de la proporción de mujeres sin hijos a la edad exacta de 20 años constata la persistencia en el tiempo de una proporción significativa de mujeres que inician su fecundidad en la adolescencia, evidenciándose incluso un aumento entre las cohortes de mujeres más recientes. Lo que es consistente con el aumento de las tasas de fecundidad adolescente registrada por varios países de la región (Rodríguez-Vignoli & Cavenaghi, 2013; Nathan, 2015).

Estos patrones diferenciados de reproducción al interior de las sociedades latinoamericanas tienen como agregado las desigualdades en los logros educativos de las mujeres. Es entre las más educadas donde el comportamiento del retraso ha tenido lugar, en tanto la fecundidad adolescente se mantiene entre las menos educadas. Esta segmentación del calendario en las trayectorias reproductivas puede consolidarse como un rasgo estructural de la fecundidad de la región (Nathan, 2015). El escenario a futuro del patrón reproductivo latinoamericano depende del grado de generalización de uno u otro comportamiento, esto es del aumento de la edad al primer hijo, el cual es visto como un proceso innovador y revolucionario marcado por la elección de ser padres tardíamente, o de la evolución de la fecundidad adolescente, lo que pone sobre el tapete la discusión respecto a las oportunidades laborales y costos de oportunidad de la maternidad temprana en los diferentes sectores sociales de los países.

2.2.3. Inestabilidad conyugal y formación de nuevas uniones

Entre las modificaciones de los patrones nupciales de la región resalta también la cada vez mayor incidencia de la disolución de uniones y la mayor tendencia a formar una nueva pareja (Ponce & Di Brienza, 2012). Ya la viudedad no es la primera causa del

finiquito de las uniones conyugales, sino la disolución voluntaria, mediante la separación de hecho o el divorcio legal (Quilodrán, 2011).

Las transformaciones político – legales acontecidas durante el siglo XX en América Latina afectaron directamente las reglas de convivencia familiar. La legalización del divorcio tuvo lugar en diferentes momentos del siglo pasado para los países de la región. Hasta 1985 siete de 19 países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Nicaragua y Paraguay) no tenían una ley de divorcio (Rossetti, 1992), el último país en instaurarla fue Chile apenas en el año 2004. Sin embargo, cuando el divorcio es instituido en estos países ya una parte significativa de la población no sólo vivía en pareja sin estar legalmente casados, sino que muchos ya habían interrumpido sus vínculos conyugales sin intermedio de sanciones legales, "el divorcio entonces no facilitó la separación de las uniones legales porque esta práctica ya había sido ampliamente adoptada de hecho por múltiples parejas" (Torrado, 2003, pág. 277 en Iebra, Jablonski, & Féres, 2007).

Las separaciones no legalizadas constituyen la forma predominante que adoptan las disoluciones conyugales incluso entre los matrimonios. Esto se suma a otro de los rasgos de informalidad de la nupcialidad en la región, lo cual "se debe, por una parte, a que las uniones libres no pueden conducir por su propia naturaleza a un divorcio y a que, por otro lado, muchas parejas casadas que sí pueden divorciarse no acuden a él o lo hacen mucho tiempo después que dejaron de convivir" (Quilodrán, 2011).

Al examinar el tipo de la unión, diversos autores concuerdan en que las uniones consensuales son más frágiles que los matrimonios, presentando tasas de disolución más elevadas (Cerrutti & Binstock, 2009). Esto no debiera sorprender dado que, como indica Rodríguez-Vignoli (2005), es probable que el propósito inicial de la unión para muchas de las parejas no sea la de una convivencia para toda la vida, expectativa que usualmente sí acompaña al matrimonio.

La disolución de la unión conyugal es un evento que conduce a la desintegración de una particular unidad doméstica, y el tránsito hacia estructuras familiares que establecen nuevas formas de convivencia (Street, 2004; Dubravka, 2007). Para cada miembro de la pareja esto puede representar el inicio de una etapa de vida en soledad, o la formación de una nueva pareja con la posibilidad de reconstruir la unidad doméstica bajo la forma de 'familia ensamblada'. En los casos de parejas con hijos, puede conducir a la constitución de familias monoparentales o alternativamente pasan a residir en hogares extendidos de modo de poder afrontar las nuevas demandas (Cerrutti & Binstock, 2009). Dada la vigencia de pautas de matrifocalidad que

determinan que los hijos permanezcan a cargo de sus madres, la disolución conyugal está asociada de manera directa con el aumento de los hogares monoparentales encabezados por mujeres (Street, 2004). Así, las **implicaciones demográficas** del divorcio o separación varían según el sexo. En el caso de los hombres estos presentan mayores niveles de nuevas nupcias comparadas con las mujeres divorciadas. Según Berquó (1998 en Iebra, Jablonski, & Féres, 2007) "un hombre no casado — entre 50 y 54 años — tendría una posibilidad treinta veces mayor de encontrar una compañera que una mujer en las mismas edades" (pág. 191), por su parte, normalmente la mujer divorciada y con hijos, además de disponer de menos tiempo para la búsqueda de una nueva pareja, entraría a una nueva unión con una responsabilidad diferente a la del hombre.

El incremento de las separaciones y divorcios ha sido explicado, especialmente para Occidente, como una consecuencia de los procesos de industrialización y modernización, según lo cual el matrimonio pierde muchas de sus funciones tradicionales, en tanto unidad económica como de complementariedad y dependencia entre los miembros de la pareja y las generaciones. En consecuencia, los controles sociales se tornan menos exigentes y eficaces, el matrimonio se vuelve cada vez más frágil y los índices de divorcio serían cada vez más altos (Goode, 1980; Harrell, 1997 en Dubravka, 2007). El presupuesto sociológico detrás de este modelo explicativo es que los altos índices de separaciones constituyen fenómenos recientes, y que antes de la industrialización y la modernización no han existido o no han presentado la misma frecuencia. Darla por hecho implica suponer que todas las sociedades preindustriales y premodernas tenían uniones conyugales más estables que las industriales y modernas, lo cual no es necesariamente cierto, en especial cuando se consideran contextos con patrones tan informales de nupcialidad (con altas cargas de abandono masculino) como los latinoamericanos: "si bien a un nivel macro [este marco explicativo] puede ser útil y acertado, al efectuar los estudios micro, regionales o locales, es preciso observar tales factores en sus contextos culturales específicos" (Dubravka, 2007, p. 201).

La disolución informal de uniones, en especial las consensuales, se asocia frecuentemente al abandono masculino del hogar. En general este patrón se explica a partir de las presiones que tienen los hombres ante las dificultades económicas propias de la región, y ven reducida su capacidad de cumplir con el rol de proveedor económico del hogar, por lo que optan por dejar su hogar. Sin embargo esta explicación podría perder su sustento cuando se constatan los ya mencionados elevados niveles de formación de nuevas uniones conyugales por parte de los hombres. En este caso Dubravka (2007) señala que "el modelo y sus variables socioeconómicas

no alcanzan a explicar por qué los hombres transitan de una relación a otra, ni tampoco el motivo por el cual las mujeres lo permiten" (pág. 205).

Por último, cabe mencionar como una falencia de las fuentes de información, la dificultad que se plantea a la hora de distinguir hogares reconstituidos o familias ensambladas. Ya sea por divorcios, separaciones o viudez, estos hogares se conforman a partir de dos o más familias previas y en ellos se comparten hijos de uniones pasadas de uno o ambos miembros de la pareja conyugal. En general, estos hogares tienden a ser confundidos con hogares biparentales nucleares, o bien con hogares extensos o no familiares, cuando la situación de recomposición es más compleja (Cienfuegos, 2014).

Las preocupaciones políticas y sociales respecto a este evento, pasan por un lado por conocer cuál es el impacto de las separaciones y divorcios en la organización familiar y en el curso de vida de los individuos, y por otro, por las condiciones de bienestar y/o vulnerabilidad tanto de los miembros de las parejas como de sus hijos. Estudios sobre las obligaciones conyugales y parentales, suelen reflejar que por ejemplo, la contribución económica de los padres hacia sus hijos luego de una ruptura conyugal es muy limitada (Castro T. , 2002; Cerrutti & Binstock, 2009). La bibliografía también destaca que en la escala de la polarización social de la región, existen familias vulnerables que necesitan mayores recursos para enfrentar la situación post-divorcio/separación. El reto para la legislación sobre la familia y las políticas públicas en este ámbito es incorporar estas cuestiones, "los criterios de homogeneidad social que subyacen en su concepción conducen a que sus regulaciones sean aún inoperantes para muchas familias que quedan en situación de desventaja económica" (Valdéz Jiménez, 2007).

2.2.4. Estructura de los hogares

La estructura de los hogares da cuenta de las formas en que se organizan las familias para enfrentar su reproducción biológica y social. Se podría decir que es en los arreglos residenciales donde se sintetizan las pautas de formación y disolución familiar, así como las de mortalidad y fecundidad (Cabella, 2007; Cerrutti y Binstock, 2009). Diferentes estudios que abordan los arreglos familiares en América Latina señalan una creciente diversificación de las estructuras de los hogares en las décadas recientes (Arriagada, 2004; Ariza & Oliveira, 2007; Cabella, 2007; Cerrutti & Binstock, 2009; Arriagada, 2009; Quilodrán & Castro, 2009; Cienfuegos, 2014)

En primer lugar señalan la reducción del tamaño promedio de los hogares. Entre 1990 y 2010 este indicador pasó de 4,2 personas por hogar a 3,5 en el conjunto de 18 países de la región (Ullmann, Maldonado, & Nieves, 2014). La caída de la fecundidad, la postergación de la unión y la maternidad, así como un mayor distanciamiento entre los hijos son variables que se asocian con este menor tamaño de los hogares. El nivel socioeconómico se encuentra relacionado con este indicador siendo que para los sectores más favorecidos el tamaño suele ser menor que en aquellos con menos recursos económicos. "Esta diferencia en el tamaño promedio del hogar, refleja comportamientos diferenciados de fecundidad así como variaciones en los arreglos de convivencia, con implicancias sobre los niveles de dependencia y en las necesidades de los diferentes tipos de hogares a lo largo de la distribución de ingreso" (Ullmann, Maldonado, & Nieves, 2014).

En cuanto a la estructura de los hogares, los nucleares biparentales con hijos, normalmente predominantes, han ido perdiendo importancia debido a la expansión de los demás tipos de hogares nucleares, estos es, biparentales sin hijos y monoparentales. Entre 1990 y 2005 este tipo de familia se redujo de 46,3% a 41,1% en un conjunto de 16 países latinoamericanos (Arriagada, 2007). De entre este modelo tradicional de familia nuclear con ambos padres e hijos, aquellos donde la mujer se ocupa únicamente del trabajo doméstico, alcanza para el 2005 apenas un tercio de estos hogares, alejándose del patrón tradicional de hombre proveedor exclusivo del hogar (ídem). Aquí los investigadores subrayan la importancia de identificar la variedad interna que implican los hogares nucleares, puesto que cada una de sus modalidades supone necesidades y condiciones de vida diferenciadas. Así mientras que los hogares biparentales con hijos y los monoparentales suelen tener un mayor peso entre los quintiles de ingreso más bajos, aquellos arreglos biparentales sin hijos han tenido un mayor protagonismo entre los quintiles superiores (Ullmann, Maldonado, & Nieves, 2014) lo cual refleja dinámicas dispares de comportamientos no sólo demográficos sino de actitudes, valores y patrones culturales que permean la escala social.

Los hogares unipersonales por su parte, reportan cierto crecimiento: 6,7% en 1990 a 9,7% en 2005, pero tienen una mayor presencia en los países con una transición demográfica más avanzada como Argentina y Uruguay (con 15% y 18% en 2002) (Arriagada, 2007), debido fundamentalmente al envejecimiento poblacional. Dada la mortalidad diferencial por sexo en edades mayores por un lado, y el requerimiento de cierta autosuficiencia económica para el mantenimiento de estos hogares, por el otro, los mismos suelen estar compuestos por mujeres mayores de 60 años y más presentes en estratos económicos medios y altos (Ariza & Oliveira, 2007; Jelin, 2010). En el

conjunto latinoamericano estos hogares destacan por ser los que más incremento han tenido, llegando a considerarse como un nuevo fenómeno ligado en muchos casos a los procesos de individuación propios de la modernidad (Ponce & Di Brienza, 2012; Arriagada, 2004).

Los hogares extensos constituyen uno de los tipos cuyos significados han sido de los más debatidos en la literatura. En términos estadísticos representan desde la década de los 90 una quinta parte de los hogares de la región. El Salvador, República Dominicana, Honduras, Nicaragua y Venezuela son los países con mayor presencia de este tipo de hogares para el 2005, con más de un tercio del total de hogares. La estructura por edad de las poblaciones, el estado civil de las mujeres en edad reproductiva así como la prevalencia de uniones consensuales son factores que intervienen en los niveles de hogares extensos de los países.

Este tipo de hogar se concentra en los deciles más bajos de la distribución del ingreso (Ariza & Oliveira, 2007; Arriagada & Aranda, 2004; Cabella, 2007). Sus jefes suelen tener bajo nivel educativo, presentan menores niveles de bienestar y una mayor carga demográfica que viene dada por su propia naturaleza: tienen una importante presencia de menores de 18 años y mayores de 60. También se les atribuye una porción importante de las madres adolescentes (Ullmann, Maldonado, & Nieves, 2014; Rodríguez-Vignoli J. , 2008; Cabella, 2007). Para el caso brasilero, Goldani y Verdugo (2004) destacan que la organización de la familia extensa se asocia no sólo con necesidades económicas, sino con el cuidado de niños y personas mayores o enfermas. Esto revela su papel en la reproducción familiar, "ya sea para diversificar y ampliar las fuentes de ingresos y así amortiguar los eventuales choques económicos, para facilitar el acceso al empleo en el caso de madres con hijos pequeños o bien debido al predominio de normas tradicionales de convivencia" (Esteve, García, & Lesthaeghe, 2012).

Al respecto, De Vos (1987) encontró que la tendencia de estos tipos de hogares es conformarse por una pareja conyugal y parientes no unidos, en lugar de tener dos o más parejas conviviendo. García y Rojas (2002) enfatizan que esta incorporación de parientes a núcleos conyugales preexistentes tiene su origen en factores económicos y demográficos que operan en contextos culturales de lazos familiares 'fuertes'. Las autoras indican que entre los factores desencadenantes se encuentran: a) las migraciones del campo a la ciudad, que genera que sea en las ciudades donde se hallen con más frecuencia este tipo de hogares; b) la escasez de viviendas y de recursos entre los más pobres; c) la solidaridad intra e intergeneracional cuando algunos parientes se

separan o enviudan, d) así como la necesidad de apoyo doméstico que tienen las mujeres casadas y/o las jefas de hogar cuando se incorporan al mercado laboral (García & Rojas, 2002, p. 267). De acuerdo a lo anterior, en situaciones de crisis económicas se espera que las familias tiendan a recurrir a este tipo de arreglo residencial como estrategia de sobrevivencia y maximización de sus recursos.

Estas mismas autoras encuentran que la relevancia de los hogares extensos en países como Canadá o Estados Unidos es bastante baja o incluso inexistente a diferencia de lo que ocurre en América Latina, razón que las lleva a afirmar que este tipo de arreglo es una particularidad exclusiva del sistema familiar latinoamericano. Al respecto se preguntan hasta qué punto esto es consecuencia de las condiciones de vida prevalecientes en la región, caracterizada por grandes desigualdades económicas y sociales. En este mismo sentido, Ariza y Oliveira (2007) se cuestionan cuán eficaz ha sido esta estrategia residencial en la superación de la pobreza por parte de sus miembros. La escasez de oportunidades de empleo, así como los bajos niveles educativos de la oferta de mano de obra actúan como limitantes en este objetivo.

En cuanto a los hogares compuestos, que son aquellos que incluyen un miembro no pariente del núcleo conyugal o del jefe de hogar, De Vos (1987) encontró evidencias de que este miembro normalmente se refiere a un empleado doméstico, pero también, aunque en menor medida, a inquilinos o huéspedes. En América Latina la presencia del servicio doméstico en los hogares es relativamente frecuente en las áreas urbanas más que en las rurales, y suele estar constituido por mujeres jóvenes no unidas. En un trabajo más reciente, De Vos (2014) reitera las posibles significaciones o lecturas que pueden hacerse sobre una presencia mayor o menor de hogares complejos: se trate de una preferencia por compartir la vivienda o más bien es el reflejo del hecho de que las personas se ven forzadas a vivir de esta manera como una estrategia de supervivencia.

Finalmente, Ullmann et al. (2014) en su trabajo comparativo sobre los niveles de acceso de los distintos tipos de hogar a los regímenes de protección social imperantes en los países de la región, encontraron que las familias nucleares biparentales son las que mayor acceso tienen a las políticas de protección de sus estados, lo cual es coincidente con el hecho de que es este tipo de arreglo familiar sobre el que están basados estas políticas. Llaman la atención sobre la necesidad de los estados de adecuar sus políticas de manera que consideren las distintas maneras que tienen histórica y legítimamente los latinoamericanos de hacer familia y organizarse residencialmente. Además en los cambios recientes de las estructuras familiares destaca el hecho que los mismos no han ocurrido ni están ocurriendo uniformemente en todos los grupos

socioeconómicos, lo que genera perfiles diferenciados de familia por nivel social que también deben ser considerados en las políticas de bienestar social.

2.2.5. Jefatura femenina y monoparentalidad

De entre los hogares nucleares aquellos monoparentales en su mayoría encabezados por mujeres son los que mayor aumento relativo han experimentado dentro del conjunto de arreglos familiares de la región, a los cuales se suman los extensos también con jefas mujeres. De acuerdo a De Vos (1987) la jefatura femenina de hogares constituye un elemento distintivo de América Latina en contraste con los países europeos; y a su vez no es un fenómeno nuevo. Entre los siglos XVIII y XIX entre 24% y 45% del total de hogares de varios asentamientos de la región fueron encabezados por mujeres (Quilodrán, 2001; Massiah, 1983 en García & de Oliveira, 2005). En el caso particular de México en 1970 aproximadamente 14% de los hogares fueron dirigidos por mujeres, la cifra subió a 17% en 1990 y a 21% en el año 2000 (García & de Oliveira, 2005).

En las **fuentes de información** la jefatura femenina suele ser captada a través del concepto de jefatura declarada, que se basa en el reconocimiento que hacen los miembros del hogar respecto a quién es el jefe. Sin embargo, este procedimiento en el marco ideológico patriarcal latinoamericano, lleva a la subestimación de este fenómeno particularmente en los casos en que el cónyuge está presente, aun cuando la mujer perciba una remuneración más elevada o ejerza mayor autoridad (García & de Oliveira, 2005; Esquivel, 2000; Acosta, 1994). Dicho esto, es un lugar común que el hogar con jefatura femenina en Latinoamérica se defina como el hogar que se compone a partir de "la ausencia de un varón proveedor en casa que deja a las mujeres como responsables de la manutención, educación, cuidado y socialización de los hijos" (Cuevas, 2010, pág. 759). Es persistente en todos los países el hecho de que las mujeres asumen este rol principalmente cuando no tienen una pareja, sea por viudez, divorcio o separación, o en menor medida, por soltería. Esto evidencia una alta asociación entre la ausencia de pareja y la jefatura femenina lo que constituye un rasgo clave del fenómeno en América Latina (Catasús & Franco, 2008; Ponce & Di Brienza, 2012).

Sin importar la metodología utilizada para definirla, los estudios coinciden en señalar el rápido crecimiento de este tipo de hogares en las últimas décadas. Entre sus **características sociodemográficas** destacan: 1) ocurren en etapas avanzadas del curso de vida familiar; 2) las jefas son de mayor edad que los jefes varones; 3) tienen un

tamaño promedio menor que aquellos encabezados por hombres y; 4) una parte importante conforman estructuras de hogar extensas. Los primeros dos rasgos mencionados son consecuencia por un lado, de la mayor tasa de separaciones y divorcios que se suele dar cuando las familias están en la etapa intermedia o avanzada de su curso de vida y, por otro, de la mortalidad diferencial por sexo en edades adultas que deja a un mayor número de mujeres viudas que de hombres. Así estos hogares son menos frecuentes en la etapa inicial cuando la mujer es joven y sus hijos son pequeños. El tamaño más pequeño obedece a la interrupción del proceso reproductivo o por la ausencia misma del cónyuge. En términos socioeconómicos se encuentra que las tasas de participación femenina en el mercado laboral son mayores en estos hogares que en los de jefatura masculina; aunque el nivel educativo de ellas es más bajo que el de los jefes varones (García & de Oliveira, 2005; Acosta, 2001; Esquivel, 2000).

Una de las preocupaciones principales en torno a este fenómeno tiene que ver con la **vulnerabilidad social** que presentan los hogares liderados por mujeres y sus repercusiones sobre el bienestar de sus miembros. De hecho la jefatura femenina del hogar ha sido utilizada como un indicador de la feminización de la pobreza, especialmente en la literatura de los años 90s (Buvinic & Gupta, 1997; PNUD, 1997; Buvinic M. , 1991)[5]. Un menor ingreso promedio de las jefas mujeres frente a los jefes varones, las dificultades en la conciliación del trabajo doméstico con el remunerado, especialmente en los casos de hogares monoparentales con hijos a cargo, lo que las inhibe de una inserción laboral óptima, son algunas de las razones esbozadas para justificar esta asociación.

Por otra parte, hay evidencia de que en muchos casos el varón se ha desvinculado de las responsabilidades de sus hijos dejando sola a la mujer en esta tarea. Factores económicos y culturales inciden en estas dinámicas de abandono masculino, uniones esporádicas y embarazos fuera de la unión. La fortaleza del vínculo social entre la madre y los hijos, la ausencia de sanciones efectivas contra los padres que no aportan a la manutención familiar y las dificultades crecientes en la obtención de empleos satisfactorios que permita a los hombres ser proveedores económicos, son algunos de ellos (García & de Oliveira, 2005).

Sin embargo, diversos estudios han demostrado que la asociación mecánica entre pobreza y jefatura femenina no es aplicable a todos los casos. Así, los hogares con jefas no son necesariamente los más pobres ni los más vulnerables, destacando su heterogeneidad interna. Los aportes de González de la Rocha (1999) y Chant (1990)

[5] Para ver aproximaciones críticas a este concepto ver (Aguilar, 2011; Godoy, 2004; Chant, 2003)

(en Acosta, 2001) impulsaron el debate sobre si la situación de las mujeres y sus hijos incluso no resultaba mejor en un contexto familiar en el que se vieran fuera de situaciones de violencia de género. También abrieron la discusión sobre que la formación de hogares encabezados por mujeres no es siempre el resultado de la acción o decisión unilateral del marido, ni que siempre se hallaran en una mala situación económica o social a causa de la ausencia de éste (García & de Oliveira, 2005; Esquivel, 2000).

Los investigadores destacan entonces la importancia de identificar la diversidad de condiciones en que se desarrolla la reproducción cotidiana de este tipo de hogar. Estrategias como la extensión del hogar, la incorporación de otros miembros al mercado laboral, la intensificación del trabajo de las mujeres y los jóvenes, la modificación de los patrones de consumo, pueden redimensionar situaciones de riesgo social y económico. El examen de la etapa del curso de vida familiar e individual por el que atraviesa la mujer y el hogar contribuye también en la identificación de aquellos grupos más vulnerables siendo éstos las unidades nucleares monoparentales que se encuentran en las etapas tempranas del desarrollo familiar (Esquivel, 2000). Por otra parte, el nivel educativo alcanzado por las mujeres jóvenes, su mejor inserción laboral y los cambios ideológicos respecto al papel de la mujer y su independencia ante la figura masculina, entre otros, repercuten en una probabilidad mayor de que sus hogares sufran menos presiones económicas y puedan ser sostenidos en el tiempo (Ponce & Di Brienza, 2012; Arriagada, 2009).

En otro orden de ideas, es importante observar que la monoparentalidad no siempre implica jefatura femenina del hogar, la conformación de hogares extensos puede ser una estrategia en la crianza de los hijos por parte de madres sin pareja. Al examinar por nivel socioeconómico las consecuencias de esta situación, Esteve, García y Lestheaghe (2012) sugieren que en los casos de estratos altos "la corresidencia [con otros miembros de la familia] puede facilitarles terminar su educación, un objetivo que es coherente con y esperado dado su nivel socioeconómico. En contraste, las madres solas de bajo nivel socioeconómico, en el que de por sí la monoparentalidad femenina es mayor, también provienen de familias que cuentan con menores recursos para apoyarlas. Esto no solo afecta sus posibilidades actuales, sino que también trunca sus posibilidades futuras y potencialmente la de sus hijos" (pág. 30).

2.2.6. Diversidad interna en los patrones familiares de América Latina

Un último aspecto que sobresale en la bibliografía sobre la familia en la región, es la gran diversidad interna que presenta. La desigualdad social existente condiciona patrones familiares dispares según estrato socioeconómico dentro de cada país, pero al mismo tiempo, condiciones estructurales más amplias, tales como los grados de avance económico y la etapa de transición demográfica en la que se encuentran estimula patrones diferenciales entre grupos de países.

Ariza y de Oliveira (2007) así como Ullmann, Maldonado y Nieves (2014) realizaron una categorización de las características familiares de los países de la región según su etapa en la transición demográfica. De acuerdo a ello, Argentina y Uruguay al encontrarse en etapas más avanzadas de la transición, enfrentan desafíos relacionados con el creciente envejecimiento de su población, al tiempo que presentan los mayores niveles de hogares unipersonales. Brasil y México por su parte, países en plena transición con economías pujantes pero con una marcada desigualdad de ingresos, tienen dificultades en el aprovechamiento del bono demográfico, al tiempo que presentan mayores prevalencias de hogares nucleares. Finalmente, países como Honduras y Nicaragua rezagados tanto económica como demográficamente, registran elevados niveles de pobreza que se conjugan con una alta presencia de hogares extensos y nucleares con hijos, que guardan paralelismo con menos avances en la postergación de la unión y disminución de la fecundidad, así como un mayor registro de uniones consensuales. Consideraciones todas que deben ser tomadas en cuenta al momento de hacer análisis conjuntos de la región Latinoamericana.

En este apartado se ha hecho una revisión bibliográfica sobre las principales características del sistema familiar latinoamericano. La diversidad interna de los patrones nupciales, reproductivos y de arreglos residenciales constituye uno de los rasgos principales de este sistema. Un análisis conjunto de la mayoría de los países de la región se hace a continuación. A partir de la selección, tratamiento y análisis de una batería de indicadores demográficos que describen las pautas de formación familiar (nupcialidad, fecundidad, tipología de hogares) se identifican las dimensiones clave que caracterizan los sistemas familiares en Latinoamérica, así como su distribución en el territorio. Asimismo se realiza una comparación de estas dimensiones en dos momentos temporales a saber, 1970 y 2000.

2.3. Datos

Los datos utilizados en este trabajo provienen de muestras de microdatos censales puestos a disposición en la plataforma IPUMS International (Minnesota Population Center, 2015). Específicamente se utilizaron los datos de las rondas censales 2000 y 1970 para 15 de los países latinoamericanos disponibles.

En la primera etapa del trabajo se seleccionó una batería de indicadores demográficos (18 en total) relacionados con los aspectos que caracterizan a los sistemas familiares: calendario e intensidad de la unión y la fecundidad, tipología y estabilidad de las uniones conyugales, y composición de los hogares. Se trata de una muestra ponderada que representa un total de 135.842.010 de mujeres mayores de 15 años y 383.085.200 hogares familiares para el conjunto de los países analizados. Dichos indicadores fueron calculados para la primera unidad político-territorial de cada país, dando un total de 368 unidades territoriales analizadas en 2000 y 208 en 1970[6]. El cuadro II-1 muestra los países incluidos en el estudio así como el número de regiones analizadas para cada uno.

Cuadro II-1. Países incluidos en el estudio, por año censal y número de regiones analizadas.

PAÍS	Nivel administrativo	Ronda 2000	Ronda 1970	Nº Regiones
Argentina	Departamento	2001	1970	24
Bolivia	Departamento	2001	-	9
Brasil	Mesorregión/Estado	2000	1970	137/25
Chile	Región	2002	1970	8
Colombia	Departamento	2005	1973	25
Costa Rica	Provincia	2000	1973	7
Ecuador	Provincia	2001	1974	14
El Salvador	Departamento	2007	-	14
México	Estado	2000	1970	32
Nicaragua	Departamento	2005	1971	15
Panamá	Provincia	2000	1970	7
Paraguay	Departamento	2002	1972	10
Perú	Departamento	2007	-	25
Uruguay	Departamento	2006	1975	19
Venezuela	Entidad Federal	2001	1971	22
Totales	--	15	12	368/208

Fuente: elaboración propia.

[6] Dada la extensa geografía de Brasil, para el año 2010 se decidió hacer el cálculo no a nivel de Estado sino de Mesorregión, logrando con ello captar de mejor manera la diversidad interna de este país. Las mesorregiones son subdivisiones de los estados brasileños que congregan varios municipios de una zona geográfica con similitudes económicas y sociales, y que a su vez se subdividen en microrregiones. Estas fueron creadas por el IBGE y se utilizan para fines estadísticos y no son, por tanto, entidades políticas o administrativas. En 1970 los datos no se encuentran desagregados a este nivel geográfico.

En una segunda etapa estos datos fueron sometidos a un Análisis de Componentes Principales (ACP) como una técnica de clasificación y simplificación de la data sin pérdidas significativas de información. Este proceso fue realizado de manera independiente para cada año censal a fin de permitir su comparación y observar la evolución en el tiempo de las dimensiones de los sistemas familiares latinoamericanos. Esta estrategia metodológica tiene sus antecedentes en un trabajo realizado en el marco del Proyecto WorldFam (Saavedra, 2016) pero sólo para el caso colombiano. Aquí se amplía este análisis para un mayor número de países.

Por temas de disponibilidad de algunas de las variables de interés así como por problemas de representatividad de los datos a escalas territoriales pequeñas, no se incorporaron determinados países en el estudio. Esto afectó principalmente a aquellos ubicados en la región caribeña del continente tales como Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Haití y Jamaica. Esto constituye una limitación del estudio ya que es sabido que esta subregión comporta patrones nupciales, reproductivos y familiares particulares.

2.3.1. Categorización del Estado Civil o Situación de Pareja

Buena parte de los indicadores utilizados en este estudio consideran la situación conyugal de la población. En general los censos de América Latina preguntan por el Estado Civil o Conyugal de las personas, teniendo como opciones de respuesta: Soltero, Casado, Unido, Divorciado, Separado, Viudo. Los casos de Argentina y Brasil en su ronda censal 2000 incorporan una pregunta adicional para identificar la situación de pareja efectiva (vive en pareja) de las personas. En estos casos se puede distinguir a los ´falsos solteros' al cruzar la información del Estado Civil declarado con si convive o no con una pareja. En caso de convivencia, si una persona ha sido registrada como soltera, pasaría a clasificarse como unida. En esta misma lógica, el sistema IPUMS-I diseñó para todos los países una variable llamada SPLOC[7] que identifica si cada persona tiene una pareja conyugal residiendo en el hogar.

A efectos de tener una mejor aproximación a los niveles de unión y soltería efectivo de las poblaciones analizadas, en este trabajo se decidió que independientemente del Estado Civil que hubieran declarado, todas aquellas personas que: a) eran pareja del jefe de hogar o b) tenían una pareja conyugal presente en el hogar, serían clasificadas

[7] Para obtener información sobre el proceso de cálculo de esta variable consultar Minnesota Population Center (2009).

como 'Unidas'. Dentro del tipo de unión conyugal, si el estado civil declarado era 'Casado', quedaban codificados como tales, pero si era no unido (esto es: soltero, divorciado, separado o viudo) se clasificaron en 'Unión consensual'. Esta diferenciación hace que la distribución de la situación conyugal de la población sufra una variación; la principal consecuencia es la disminución de los solteros y no unidos, sumando a la categoría 'unidos'. Para la ronda censal del 2000, esta redistribución afectó en promedio menos del 3% de los no unidos originales, agregándoseles a la categoría de unidos.

El caso específico del censo 2000 de Brasil pone en evidencia el subregistro que presentan los censos latinoamericanos en la cantidad de personas separadas/divorciadas. El cuestionario censal de este país incluye una consulta específica para identificar de forma expedita a los que 'nunca se han unido'. La pregunta de si la persona convive con una pareja conyugal ofrece tres opciones de respuesta: a) Vive en pareja; b) No vive en pareja, pero lo ha hecho antes; c) No vive en pareja y nunca lo ha hecho. La segunda opción permite identificar a aquellas personas que, habiéndose declarado 'soltera', registra que efectivamente no está unida al momento del censo pero si lo ha estado antes. En estos casos la persona se clasifica como 'separada/divorciada'. Aproximadamente la mitad de las mujeres mayores de 15 años codificada como tal, se declaró 'Soltera' en la pregunta de Estado Civil. De no haber esta categoría de respuesta (tal como pasa en el censo argentino) todas estas personas hubiesen quedado como solteras, dando como resultado una sobrestimación de la soltería. Esta situación ha sido ya expuesta por Esteve, García y McCaa (2010) y Rodríguez-Vignoli (2011).

Considerando esta pregunta, la distribución del estado conyugal en Brasil registra un 11,3% de mujeres mayores de 15 años divorciadas/separadas, que disminuye a 5,9% en caso de no considerarse esa pregunta. En promedio el resto de los países analizados en este estudio registra un 6,7% en este indicador. A efectos comparativos y a sabiendas que este subregistro opera en los censos del resto de países considerados, en este trabajo se decidió que estas personas quedarían clasificadas como Solteras. Esta es una consideración metodológica que debe tomarse en cuenta al momento de realizar abordajes comparativos de los niveles de soltería, unión y disolución efectiva de uniones en América Latina. Asimismo, es una evidencia clave a considerar en las revisiones que se hagan de los módulos de nupcialidad de las boletas censales de la región.

Por último, todas aquellas personas que se declararon como unidas pero no se registra la presencia del cónyuge en el hogar, se dejan clasificadas como unidas, pudiendo distinguir entre aquellos con 'pareja presente' y 'pareja ausente'. Rodríguez-Vignoli (2011) señala que en contextos de alta emigración internacional y de frecuente migración estacional es posible que las pautas de cohabitación residencial entre cónyuges se vean alteradas por tales circunstancias.

2.3.2. Selección de los indicadores

La selección de los indicadores usados en el Análisis de Componentes Principales (ACP) se basó en la revisión de la literatura realizada así como en la disponibilidad de la información en la data censal. De acuerdo a ello los indicadores concentran información sobre formación, intensidad y disolución de uniones, entrada a la maternidad, tipología de la unión, tipos de organización familiar y algunas características de la jefatura femenina. Se procuró que todos los indicadores estuvieran disponibles para cada unidad geográfica considerada. Se hizo una evaluación de consistencia de la data. En una primera inspección se utilizó un mayor número de indicadores y se descartaron aquellos que no cumplían con los requisitos de consistencia y disponibilidad. Posteriormente se realizaron diferentes pruebas con el método ACP para observar las correlaciones entre variables descartando aquellas que resultaban en información redundante o por el contrario, no tenían correlaciones importantes con el resto de las variables. Así por ejemplo, en los procesamientos iniciales se incluían todos los grupos quinquenales de edad para casi todos los indicadores de fecundidad y nupcialidad, pero se verificó una muy elevada correlación en la mayoría de ellos por lo que se limitó a los mostrados aquí. El cuadro II-2 muestra el listado de indicadores que resultaron finalmente seleccionados así como la temática que pretenden captar.

Cuadro II-2. Indicadores seleccionados.

N	Indicador	Denominador	Temática
1	% mujeres de 15-19 años unidas	Total mujeres 15-19 años	Formación de la unión
2	% mujeres de 15-44 años unidas	Total mujeres 15-44 años	Intensidad
3	% mujeres de 25-29 años cohabitantes	Mujeres 15-19 años unidas	Tipología
4	% mujeres de 15-44 años cohabitantes	Mujeres 15-44 años unidas	
5	% mujeres de 15-19 años con hijos	Total mujeres 15-19 años	Entrada a la maternidad
6	% mujeres de 15 a 19 años solteras y sin hijos	Total mujeres 15-19 años	Intensidad de la soltería a edades jóvenes
7	% mujeres de 45 a 49 años solteras y sin hijos	Total mujeres 45-49 años	Intensidad de soltería definitiva
8	% mujeres de 45-49 años sin hijos		Nuliparidad al final del ciclo reproductivo
9	% mujeres mayores de 15 años separadas/divorciadas	Total mujeres 15 y más años	Nivel de disolución de las uniones
10	% madres de 15 a 44 años, con hijos menores de 1 año, cohabitantes	Total Mujeres 15-44 años con hijos menores de 1 año	Contexto nupcial de los nacimientos
11	% de niños menores de 5 años que residen en hogares nucleares	Total de niños 0-5 años	Contexto familiar de los nacimientos y crianza de los niños pequeños
12	% de niños menores de 5 años que no son hijos del jefe del hogar		
13	% de jefes de hogares que son mujeres	Total de jefes de hogar	Características de la jefatura femenina
14	% de jefas mujeres que están unidas	Total de jefas mujeres	
15	% de jefas mujeres con hijos propios en el hogar	Total de jefas mujeres	
16	% de jefas mujeres con hijos propios en el hogar, no unidas	Jefas mujeres con hijos en el hogar	
17	% Hogares nucleares	Total de hogares	Tipología del hogar
18	% Hogares extensos		

Fuente: elaboración propia.

Para el año 1970 fue necesario descartar del análisis las dos variables relacionadas con la situación conyugal de las mujeres jefas de hogar. Esto se debió a que para Brasil, el censo de esa fecha establecía por definición que las mujeres unidas no se consideraban jefas de hogar. Siendo esto así, sólo las mujeres no unidas podían ser jefas de su unidad familiar, por lo que no es posible calcular la distribución de esta subpoblación según su situación conyugal. A efectos de ganar comparabilidad se decidió dejar a Brasil en el análisis, descartando para este año los dos indicadores que no podían ser calculados para ese país.

Los cuadros II-3 y II-4 muestran los valores de los indicadores obtenidos para cada entidad nacional para las rondas censales 2000 y 1970, respectivamente. Los Apéndices AII-1 y AII-2 contienen las matrices de correlación de las variables para cada año.

Cuadro II-3. Indicadores relacionados a los sistemas familiares en América Latina, por país. Censos de Población y Vivienda, Ronda 2000.

País	% Mujeres Unidas 15-19	% Mujeres Con Hijos 15-19	% Solteras sin hijos 15-19	% Mujeres Sin Hijos 45-49	% Mujeres Solteras sin hijos 45-49	% Mujeres Unidas 15-44	% Mujeres Cohabitante 15-44	% Mujeres Cohabitante 25-29	% Madres <1año Cohabitante 15 a 44
Argentina	10,3%	12,5%	84,0%	9,1%	5,1%	53,1%	34,6%	41,3%	38,5%
Bolivia	13,4%	13,7%	76,7%	7,8%	2,8%	55,2%	32,7%	35,9%	36,9%
Brasil	15,9%	14,8%	78,8%	9,9%	6,0%	54,7%	35,4%	39,3%	40,6%
Chile	8,5%	12,4%	82,1%	10,2%	5,2%	54,2%	24,9%	28,1%	23,8%
Colombia	15,9%	14,7%	78,6%	14,0%	6,7%	52,1%	60,5%	66,3%	56,2%
Costa Rica	15,3%	13,4%	77,0%	8,4%	4,2%	56,1%	30,9%	32,6%	32,7%
Ecuador	20,5%	16,5%	76,0%	10,4%	5,6%	58,1%	37,7%	37,5%	38,0%
El Salvador	16,3%	14,8%	77,9%	7,8%	4,5%	51,8%	51,3%	54,0%	47,0%
México	16,6%	12,1%	80,6%	6,9%	4,3%	58,5%	22,9%	23,1%	25,2%
Nicaragua	25,1%	21,0%	67,7%	4,5%	2,8%	56,8%	55,8%	55,6%	51,2%
Panamá	18,8%	17,2%	75,0%	7,1%	3,7%	56,4%	60,0%	62,5%	58,6%
Paraguay	12,0%	12,3%	82,2%	7,0%	3,4%	54,1%	35,2%	39,0%	36,3%
Perú	14,5%	11,4%	83,9%	7,9%	3,0%	54,9%	59,4%	69,8%	60,2%
Uruguay	7,4%	7,9%	88,4%	10,4%	6,0%	53,0%	39,2%	53,8%	39,5%
Venezuela	16,0%	14,9%	77,8%	8,3%	4,4%	52,8%	49,6%	51,6%	49,3%

Continuación…

País	% Separadas Divorciadas 15 y más	% Jefes Hogar Mujeres	% Jefas Mujeres Unidas	% Jefas Con hijos en el hogar	% Jefas con Hijos en el hogar No unidas	% Hogares Nucleares	% Hogares Extensos	% Niños 0-4 años hogar Nuclear	% Niños 0-4 años no hijo Jefe Hogar
Argentina	4,1%	27,4%	18,5%	56,8%	76,0%	63,6%	19,6%	67,0%	22,7%
Bolivia	3,8%	30,6%	47,2%	70,1%	45,1%	53,0%	24,7%	59,4%	17,3%
Brasil	5,9%	24,6%	16,0%	69,5%	82,1%	68,6%	20,1%	69,2%	21,0%
Chile	5,6%	31,3%	38,9%	68,1%	55,8%	56,8%	26,8%	55,7%	32,5%
Colombia	7,5%	29,6%	23,9%	72,2%	74,8%	56,3%	24,7%	55,8%	28,8%
Costa Rica	7,6%	22,6%	17,4%	76,3%	81,3%	69,2%	18,5%	70,9%	17,2%
Ecuador	6,3%	25,3%	36,3%	73,2%	59,2%	55,5%	30,2%	58,4%	23,4%
El Salvador	5,8%	34,7%	32,9%	75,1%	63,0%	57,1%	31,1%	56,7%	30,8%
México	5,6%	20,5%	25,8%	74,1%	70,3%	68,4%	21,9%	67,7%	21,3%
Nicaragua	11,0%	30,2%	30,8%	83,4%	67,7%	55,5%	34,0%	51,4%	35,7%
Panamá	12,2%	24,3%	23,5%	72,4%	74,1%	53,1%	28,3%	52,5%	31,6%
Paraguay	3,0%	25,5%	39,7%	76,6%	55,5%	56,0%	28,5%	57,8%	25,1%
Perú	5,9%	28,3%	44,2%	71,3%	50,5%	53,8%	29,8%	55,1%	28,3%
Uruguay	6,4%	32,9%	22,9%	49,9%	69,4%	63,1%	15,3%	71,2%	21,7%
Venezuela	9,2%	29,3%	24,3%	80,4%	73,8%	56,0%	32,2%	49,8%	31,9%

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Cuadro II-4. Indicadores relacionados a los sistemas familiares en América Latina, por país. Censos de Población y Vivienda, Ronda 1970.

País	% Mujeres Unidas 15-19	% Mujeres Con Hijos 15-19	% Solteras sin hijos 15-19	% Mujeres Sin Hijos 45-49	% Mujeres Solteras sin hijos 45-49	% Mujeres Unidas 15-44	% Mujeres Cohabitante 15-44	% Mujeres Cohabitante 25-29	% Madres <1año Cohabitante 15 a 44
Argentina	10,9%	12,5%	82,9%	12,0%	6,2%	58,8%	12,2%	12,3%	17,0%
Brasil	11,9%	7,9%	87,0%	11,7%	6,4%	53,6%	7,7%	7,6%	7,4%
Chile	9,8%	24,4%	73,4%	6,7%	3,7%	52,6%	6,1%	5,5%	6,3%
Colombia	14,2%	17,9%	75,2%	7,8%	4,9%	51,6%	21,7%	20,8%	20,8%
Costa Rica	14,6%	11,7%	82,4%	10,8%	7,3%	53,3%	17,4%	16,8%	18,8%
Ecuador	19,4%	15,6%	76,1%	7,7%	4,7%	58,5%	28,5%	27,5%	27,8%
México	20,3%	14,0%	77,5%	12,6%	5,2%	61,0%	16,6%	15,4%	15,1%
Nicaragua	21,6%	25,1%	66,6%	4,9%	2,6%	58,7%	41,9%	43,1%	40,9%
Panamá	21,8%	17,3%	73,1%	8,8%	3,6%	58,9%	57,2%	58,9%	56,6%
Paraguay	10,9%	10,7%	84,8%	7,4%	4,3%	50,9%	25,9%	28,4%	23,5%
Uruguay	11,9%	9,0%	85,5%	17,5%	8,2%	59,4%	9,8%	10,2%	11,8%
Venezuela	16,3%	14,8%	78,6%	14,8%	6,4%	53,4%	33,5%	32,5%	35,4%

Continuación…

País	% Separadas /Divorciadas 15 y más	% Jefes Hogar Mujeres	% Jefas Con hijos en el hogar	% Hogares Nucleares	% Hogares Extensos	% Niños 0-4 años en hogares Nucleares	% Niños 0-4 años no hijos Jefe Hogar
Argentina	2,0%	16,2%	58,0%	59,2%	21,7%	61,4%	15,7%
Brasil	3,4%	11,6%	68,0%	69,6%	14,8%	77,7%	8,5%
Chile	2,7%	19,7%	69,5%	51,2%	26,9%	55,8%	18,4%
Colombia	2,4%	26,8%	77,1%	46,7%	27,4%	49,6%	20,7%
Costa Rica	2,9%	16,0%	78,2%	61,3%	24,8%	64,5%	16,4%
Ecuador	3,5%	19,2%	74,2%	53,2%	27,1%	56,5%	20,4%
México	3,0%	14,2%	73,4%	74,1%	14,9%	81,8%	16,0%
Nicaragua	3,2%	23,6%	82,0%	56,1%	28,3%	57,5%	22,5%
Panamá	11,0%	20,1%	70,7%	49,2%	27,7%	52,6%	24,8%
Paraguay	1,5%	22,5%	73,2%	49,6%	27,9%	57,3%	19,7%
Perú	4,5%	20,2%	51,8%	57,0%	20,9%	61,5%	19,1%
Uruguay	1,2%	19,4%	77,6%	51,1%	29,4%	54,8%	18,1%
Venezuela	2,0%	16,2%	58,0%	59,2%	21,7%	61,4%	15,7%

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

2.4. Resultados

2.4.1. Las dimensiones demográficas de los sistemas familiares en América Latina, ronda censal 2000

El cuadro II-5 muestra las cargas factoriales obtenidas para cada indicador según el procedimiento de Análisis de Componente Principales. Se realizó una rotación de ejes de tipo Varimax para mejorar la interpretación de los ejes. En total se seleccionaron cuatro componentes principales cuyos valores propios (*eigenvalue-one)* fueron superiores a 1,0 y proporcionaran más del 80% de explicación de los datos. En conjunto estos 4 componentes explican el 82,8% de la variabilidad de los datos (39,2% el primero, 22,7% el segundo, 11,8% el tercero y 9,1% el cuarto) (ver Apéndice AII-3). Los indicadores en el cuadro II-5 se encuentran ordenados de acuerdo al valor máximo que presentaron en cada componente, lo cual permite observar los indicadores que son más significativos para cada uno de ellos. Asimismo, se considera que los indicadores que no obtuvieran puntuaciones mayores a 0,6 en ninguno de los componentes no son significativos para el análisis. Una característica importante del ACP es la independencia o poca correlación que existe entre las dimensiones que determina. En la última columna del cuadro II-5 se indica el nombre que se le dio a cada grupo de acuerdo a la naturaleza de los indicadores retenidos.

Cuadro II-5. Análisis de componentes principales (cargas factoriales). Ronda Censal 2000.

Indicadores	Factor 1	Factor 2	Factor 3	Factor 4	Dimensión
% Unidas, 15-19 años	0,8944	0,0628	0,2692	0,0165	**Calendario Nupcial y Reproductivo**
% Con hijos 15-19 años	0,8543	0,1778	0,2977	0,0001	
% Unidas, 15-44 años	0,7397	-0,4801	0,0137	-0,2167	
% Solteras sin hijos, 15-19 años	-0,8735	-0,1413	-0,2910	0,0018	
% Solteras sin hijos, 45-49 años	-0, 6360	0,0233	-0,1602	0, 5586	
% Jefes de hogar Mujeres	-0,6158	0,4055	0,4190	-0,2765	
% Hogares Extensos	0,1508	0,8847	0,1339	-0,3242	**Complejidad del Hogar**
% Niños 0-4 años no hijos jefe hogar	-0,1221	0,8541	0,2952	-0,1147	
% Jefas Con hijos en el hogar	0,5552	0,6931	-0,0864	-0,0483	
% Niños 0-4 años en hogar nuclear	0,0060	-0,8377	-0,3449	0,3543	
% Hogares Nucleares	0,1412	-0,6136	-0,4462	0,5535	
% Madres de niños <1año, Cohabitantes, 15 a 44 años	0,2753	0,1945	0,8894	-0,1194	**Informalidad de la Unión**
% Cohabitantes 15-44 años	0,2358	0,2927	0,8936	-0,1636	
% Cohabitantes 25-29 años	0,1187	0,1989	0,9212	-0,1933	
% Jefas Mujeres, Unidas	0,0349	-0,1841	-0,1388	0,9330	**Jefatura femenina sin cónyuge**
% Jefas con hijos en el hogar, No unidas	0,0391	0,2367	0,1884	-0,8965	
% Mujeres Sin hijos 45-49 años	-0,4900	-0,0533	0,2504	0,3906	*No retenidos*
% Divorciadas o Separadas, 15+ años	0,0258	0,4688	0,3494	0,2772	

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Las cargas factoriales presentan valores positivos y negativos siendo esto la clave de interpretación del componente. Por regla general, valores positivos implican una mayor prevalencia del indicador, en tanto valores negativos corresponderían a menores prevalencias. Por ejemplo, en el primer componente la proporción de mujeres unidas de 15 a 19 años tiene un coeficiente positivo de 0,89, y la proporción solteras sin hijos en este mismo rango de edad un coeficiente negativo de -0,87. Esto significa que valores negativos en este componente implicarían calendarios de unión tardíos y, valores positivos calendarios más tempranos.

A partir de esta distribución de las cargas factoriales se procedió a 'etiquetar' cada componente. A continuación se explica la interpretación que se le dio a cada componente o dimensión.

a. Calendarios de unión y fecundidad

El componente 1 está fuertemente correlacionado con seis indicadores:

- dos de ellos relacionados con el calendario de entrada a la unión
    - % de mujeres de 15-19 años unidas,
    - % de mujeres de 15-19 años solteras sin hijos;
- uno al calendario de entrada a la maternidad
    - % de mujeres de 15-19 años con hijos;
- uno de intensidad de la unión
    - % de mujeres unidas de 15-44 años
- uno de intensidad de la soltería definitiva y nuliparidad al final del ciclo reproductivo
    - % mujeres de 45-49 años solteras sin hijos
- el último es el % de Jefes de hogares que son mujeres. Este indicador en principio no comparte la misma naturaleza de los anteriores, por lo que debe buscarse su vinculación con lo que sugiere esta dimensión.

Los dos indicadores de calendario temprano así como de intensidad de la unión presentan coeficientes positivos, en tanto aquellos de intensidad de soltería y nuliparidad presentan valores negativos. Al ser la provincia la unidad de análisis, debe entenderse que aquellas provincias con coeficientes positivos en este componente tenderán a tener unos calendarios de unión y reproducción más precoces e intensos, respecto a aquellos con valores negativos, los cuales serán interpretados como con una tendencia a postergar más la transición a la vida adulta, con menores niveles de intensidad.

b. Complejidad de los hogares

El componente 2 correlaciona cinco indicadores de composición de los hogares. Con coeficientes positivos se encuentran los indicadores que sugieren hogares con estructuras complejas:

- % hogares extensos,
- % de niños menores de 4 años que no son hijos del jefe de hogar,
- % de hogares encabezados por mujeres que viven con sus hijos.

En negativo se encuentran los referidos a hogares más simples:

- % hogares nucleares (tanto biparentales como monoparentales),

- % de niños menores de 4 años en hogares nucleares.

De acuerdo a esto aquellas unidades administrativas que presenten coeficientes positivos tenderán a tener arreglos residenciales complejos, en tanto los que presenten valores negativos referirán estructuras más simples y tradicionales.

c. Informalidad de la unión

El componente o dimensión 3 agrupa con altas correlaciones y coeficientes positivos los tres indicadores referentes a la informalidad de la unión:

- % de mujeres de 15 a 44 años en unión consensual,
- % de mujeres de 25 a 29 años en este tipo de unión y,
- % de madres de 15 a 44 años, con hijos menores de un año, que cohabitan (este es un indicador del contexto nupcial en el que nacen los niños).

Valores positivos representarán un patrón nupcial más informal, marcado por mayores prevalencias de cohabitación frente a los matrimonios.

d. Jefatura femenina sin cónyuge

El último grupo conjuga dos indicadores referentes a la jefatura femenina:

- % de jefas con hijos en el hogar, no unidas (con carga positiva) y;
- % de jefas unidas (con carga negativa)

Este es un componente muy interesante porque no mide la prevalencia de la jefatura femenina en sí misma (indicador que ya fue retenido en el primer factor), sino a la situación de pareja de las mujeres jefas de hogar. Asimismo el indicador de jefas con hijos a cargo, independientemente de su situación de pareja, fue ya retenido en el segundo factor, dejando aquí la proporción de jefas unidas frente a las no unidas con hijos en el hogar. Este componente es importante ya que revela un hecho sugerido en la literatura que es el de la jefatura femenina como consecuencia de la ruptura de una unión previa, y que se manifiesta en la asunción de este rol sin la compañía de un cónyuge. Así, esta dimensión no debe leerse entonces como una mayor prevalencia de jefatura femenina en sí misma, sino como una tipología de ésta: aquella producto de disoluciones de uniones que además se asume con hijos.

2.4.2. Análisis espacial

A partir de estos resultados se calcularon las puntuaciones factoriales para cada una de las unidades geográficas consideradas en el estudio. Con estos valores se realizó un análisis espacial de corte exploratorio sobre los sistemas familiares en la región latinoamericana.

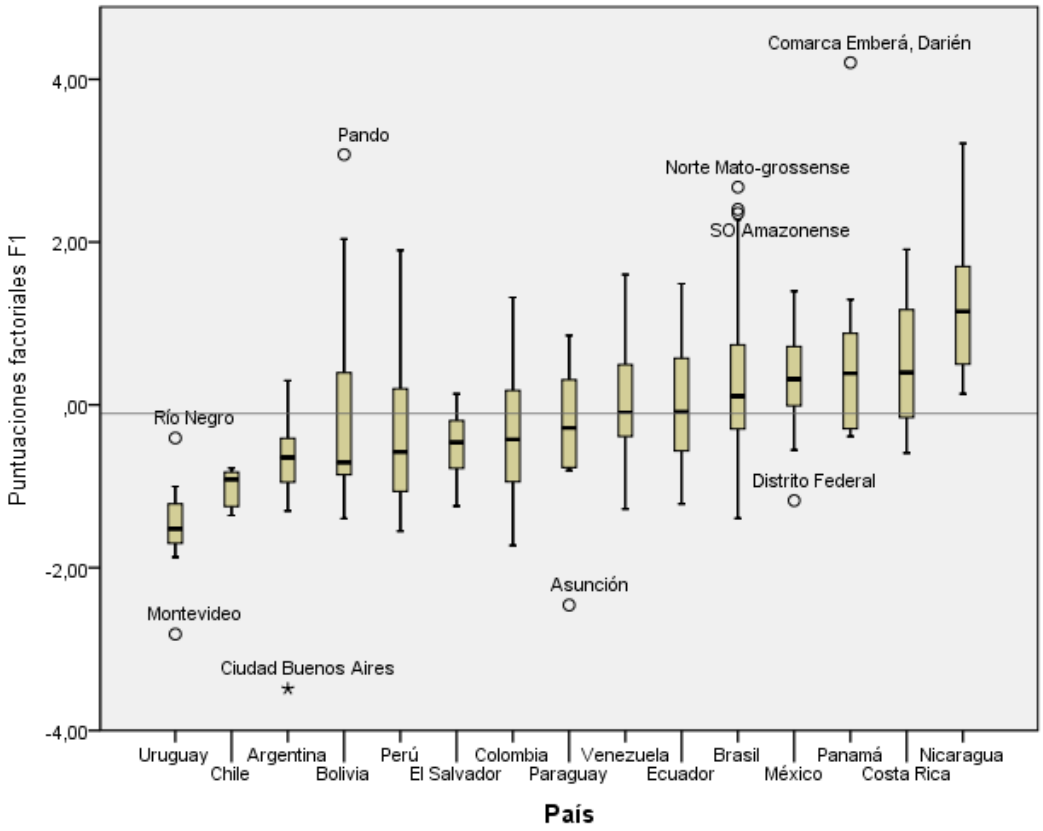
Se calculó la mediana de las puntuaciones de cada componente para el conjunto de todas las unidades geográficas subnacionales analizadas, de modo que se tiene una puntuación mediana a nivel regional. Por su parte, para cada país por separado también se calculó la mediana considerando solamente sus propias unidades territoriales. De esta manera se ordenaron los países en función de sus medianas individuales, y se situaron por encima o por debajo de la medida regional. Los diagramas de caja (gráficos boxplot) permiten visualizar el comportamiento de cada país respecto a esta medida global así como su dispersión interna. El análisis de los mismos se realiza para cada dimensión.

a. Componente I. Calendarios de la unión y la fecundidad.

Valores positivos en esta dimensión indican un calendario más precoz de la fecundidad y unión, así como una mayor intensidad de tales fenómenos. Valores negativos por lo tanto, sugieren calendarios más tardíos y menos intensos.

El examen por país (Gráfico II-1) revela en primer lugar que los países del Cono Sur –Uruguay, Chile y Argentina- se sitúan en el extremo negativo de la distribución y presentan una baja dispersión interna, aunque las capitales de Uruguay y Argentina registran valores extremos negativos. Se trata entonces de países con los calendarios más tardíos de la región y con las menores intensidades de unión y maternidad. No es de extrañar que precisamente Montevideo y Ciudad de Buenos Aires presenten estos valores extremos puesto que es en los grandes centros urbanos donde los comportamientos tendientes a una mayor postergación de estas transiciones tienen su máxima expresión.

Gráfico II-1. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 1 'Calendario de unión y reproducción', agrupadas por país. Ronda Censal 2000.



Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

El resto de los países, a excepción de Nicaragua y en menor medida Costa Rica, registran unidades territoriales situadas a ambos lados de la mediana regional (valores positivos y negativos), lo que indica que existe una importante heterogeneidad interna en este componente. Bolivia, Perú, El Salvador, Colombia y Paraguay presentan medianas individuales por debajo de la mediana regional, lo que significa que sus calendarios si bien no son tan tardíos como los del Cono Sur, en más de la mitad de sus unidades territoriales hay evidencia de una entrada a la unión y la maternidad relativamente tardía. En el caso de Bolivia, la provincia de Pando resalta como una región con calendarios muy precoces respecto al resto del país.

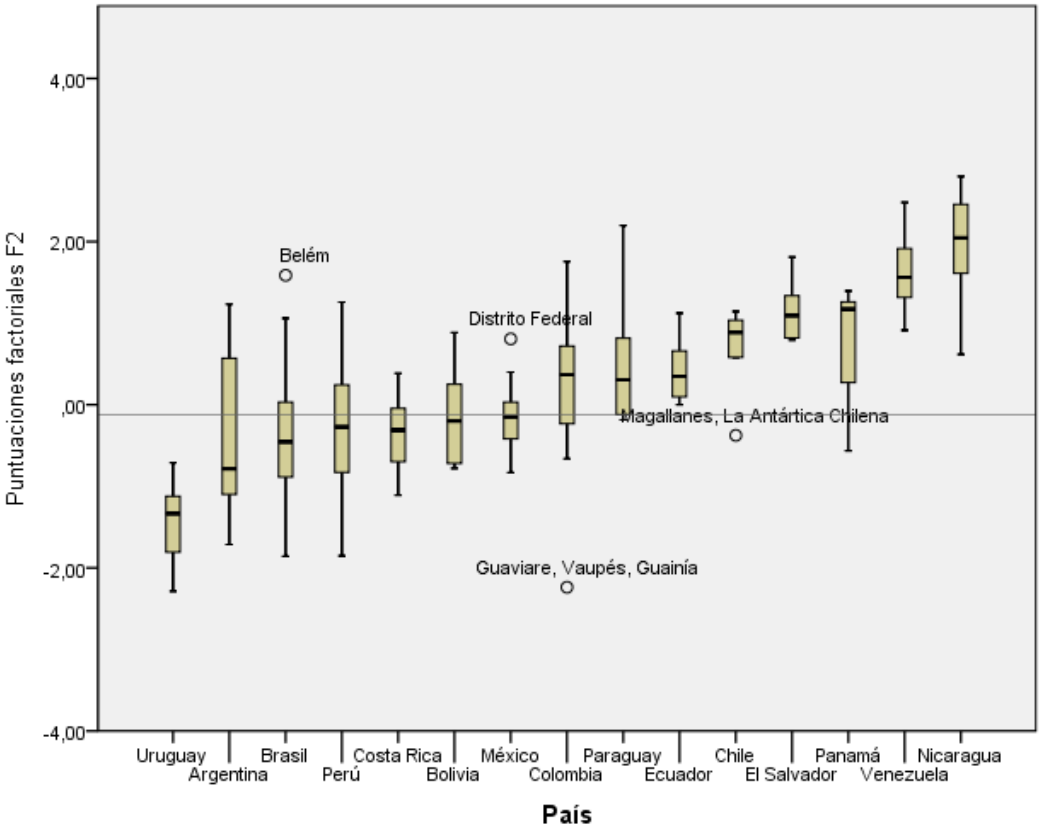
Venezuela, Ecuador, Brasil y Panamá aunque con provincias en ambos lados de la distribución, registran medianas individuales positivas mostrando así calendarios más tempranos que los países antes mencionados. La provincia Darién y la comarca indígena Emberá en Panamá tienen los coeficientes más altos de la región en este componente. Finalmente Nicaragua constituiría el país más precoz de la región al presentar los valores más elevados en este grupo. Mención especial merece el caso de México y Paraguay donde sus capitales, Ciudad de México (antes denominada DF) y

Asunción respectivamente, con un coeficiente extremo negativo se alejan del perfil del resto del país. Esto sugiere patrones diferenciales de comportamientos en esas ciudades siendo pioneras de sus países en la postergación de la unión y la maternidad.

b. Componente II. Complejidad del Hogar

En este componente los valores positivos implican una mayor complejidad de los arreglos familiares (hogares), en tanto valores negativos refieren una mayor simplicidad.

Gráfico II-2. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 2 'Complejidad del Hogar', agrupadas por país. Ronda Censal 2000.



Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Nuevamente Uruguay destaca en el lado negativo de la distribución (Gráfico II-2) y con poca dispersión interna, sugiriendo ser el país con los arreglos residenciales menos complejos de la región. Si bien este componente recoge indicadores de estructuras nucleares versus extensas, no debe olvidarse que la complejidad de los hogares también hace referencia a otras tipologías de hogar así como a su tamaño. En la literatura ya se

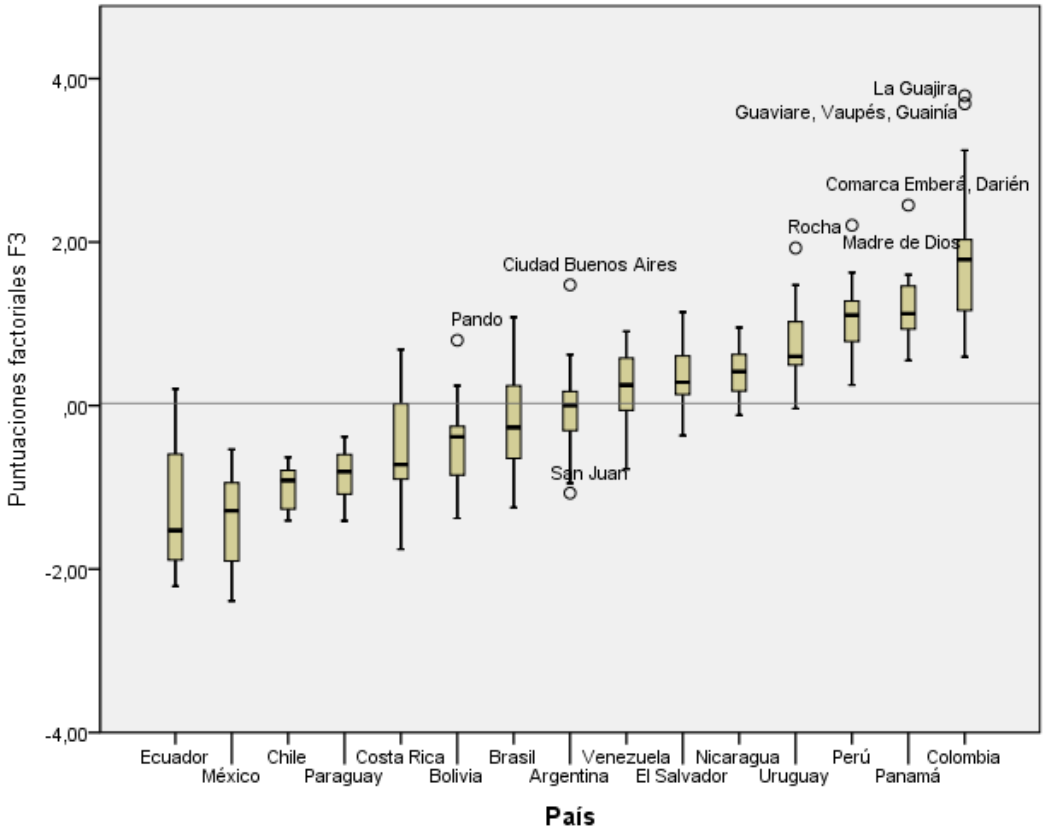
observó que Uruguay registra valores importantes de hogares unipersonales, mayor envejecimiento poblacional y una cada vez menor fecundidad.

Argentina aunque con una mediana nacional negativa, presenta una dispersión elevada en este componente, contrario a México cuya dispersión interna se ve afectada por el comportamiento de la capital hacia unas estructuras de hogares más complejas. Paraguay, Ecuador, Panamá, Chile, El Salvador, Venezuela y Nicaragua destacan por mostrar arreglos familiares complejos en la totalidad de sus provincias.

c. Componente III. Informalidad de la unión conyugal

Coeficientes positivos en este componente refieren una mayor informalidad de la nupcialidad, o lo que es lo mismo, mayores prevalencias de uniones consensuales respecto a los matrimonios.

Gráfico II-3. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 3 'Informalidad de la unión', agrupadas por país. Ronda Censal 2000.



Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Este componente presenta poca variabilidad al interior de los países. A excepción de Brasil, Argentina y Venezuela, todos los países sitúan sus unidades territoriales por

encima o por debajo de la mediana regional. Colombia, Panamá, Perú, Uruguay, Nicaragua y El Salvador encabezan la lista de los países con un modelo nupcial más informal. Por su parte, Ecuador, pero principalmente México, Chile y Paraguay muestran patrones nupciales que tienden más a la constitución de matrimonios, así como a la tenencia de niños en contextos maritales legales (ver Gráfico II-3).

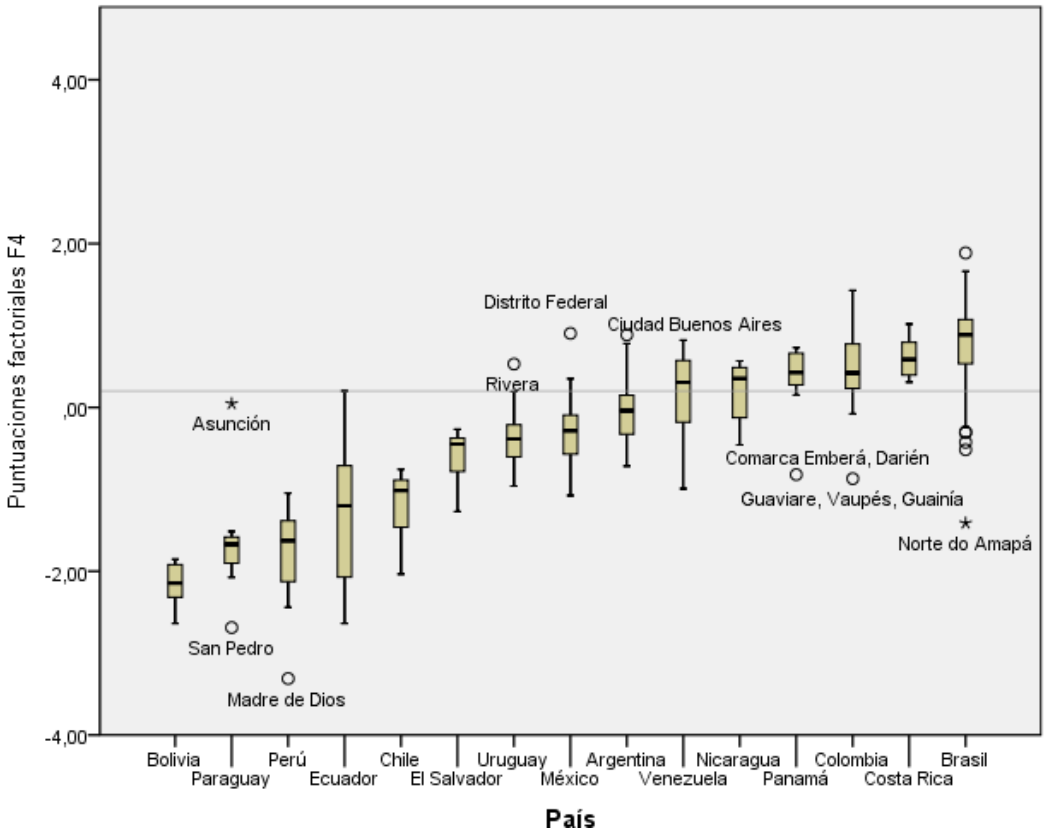
d. Componente IV. Jefatura femenina sin cónyuge

Este componente es el que mayor complejidad de interpretación conlleva. Si bien es sabido que las prevalencias de jefatura femenina en el conjunto de la región son bajas (alcanza como máximo un tercio de los hogares en el conjunto de países estudiados), lo interesante de este componente es que logra captar un fenómeno que aunque no es mayoritario en ningún país constituye una dimensión significativa de los sistemas familiares latinoamericanos.

Los indicadores retenidos en este componente son la proporción de jefas mujeres unidas y la proporción de jefas no unidas (solteras, divorciadas, separadas o viudas) con hijos en el hogar, por lo que se trata de una dimensión que mide la situación conyugal de las mujeres jefas de hogar. En positivo se encuentran las jefas no unidas y en negativo las unidas.

El gráfico II-4 muestra en primer lugar que no hay elevados niveles de dispersión interna en este factor. Brasil es el país con mayores coeficientes seguido por Costa Rica. Colombia, Panamá, Nicaragua y Venezuela si bien tienen medianas nacionales por encima de la regional, registran provincias tanto con valores positivos como negativos. Por su parte, Bolivia, Paraguay y Perú presentan los valores más bajos del componente y con poca dispersión interna. Estos países son los que tienen mayor proporción de jefas unidas. Sin embargo, debe aclararse que dentro de la unión hay una categoría que es la de aquellas personas que habiéndose declarado unidas, su pareja conyugal no está presente dentro del hogar. En este caso, al conocer los patrones de migración masculina que afecta a estos países, podría suponerse que la situación de unión aquí reflejada se refiere a esta no presencia del cónyuge. Así, se tiene un contexto en el que las mujeres quedan a cargo de su hogar, no por separación del cónyuge sino por el continuo ausentismo de éste debido a migraciones temporales.

Gráfico II-4. Distribución regional de las puntuaciones del Factor 4 'Jefatura femenina sin cónyuge', agrupadas por país. Ronda Censal 2000.



Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Es de hacer notar que este componente por su mayor complejidad, debe considerarse con cautela al momento de hacer interpretaciones concluyentes sobre el fenómeno de la jefatura femenina como consecuencia de la disolución de uniones, y sobre todo su distribución geográfica. En algunos países aún persiste la definición clásica de la familia nuclear donde en el caso de haber una pareja, el hombre es asignado directamente como jefe de hogar, lo que subestima en suma la jefatura femenina y en consecuencia incrementa la prevalencia de jefas no unidas sobre las unidas.

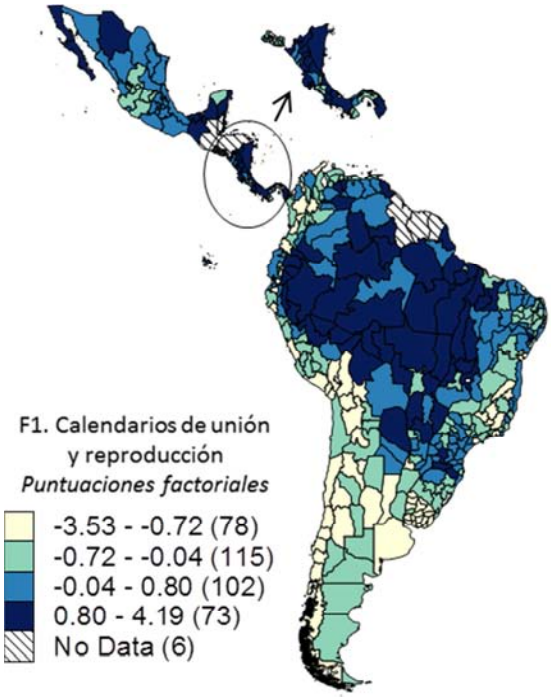
2.4.3. Representación cartográfica

Finalmente se construyeron mapas a escala provincial que muestran la distribución geográfica de los grupos factoriales (Mapas II-1). El color crema representa cargas factoriales negativas y los azules, cargas positivas. Leyendo en esta clave, en color azul intenso se observan las unidades territoriales con i) calendarios más tempranos; ii) hogares más complejos; iii) mayor relevancia de uniones informales; iv) mayor presencia de jefatura femenina con hijos, sin pareja[8].

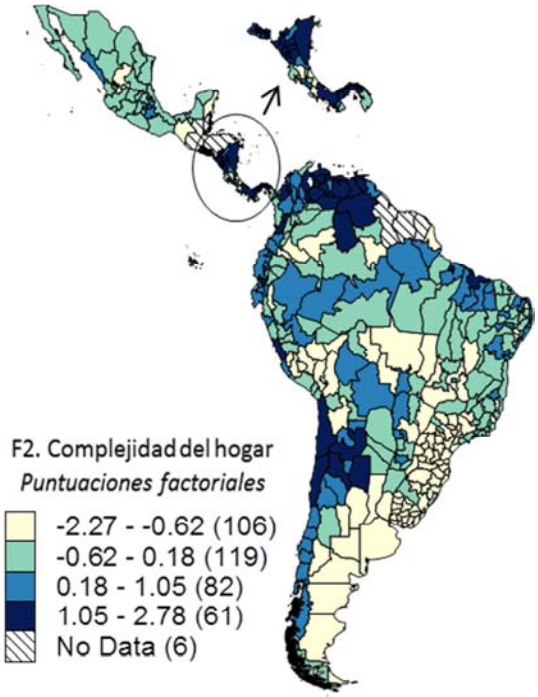
La representación cartográfica de los factores derivados del análisis de componentes principales muestra patrones geográficos diferenciados para cada uno de ellos, lo cual es consistente con la naturaleza del método de análisis que garantiza la independencia entre factores.

[8]El método de clasificación de las unidades geográficas para la realización de los mapas fue el de Optimización de Jenks o Saltos naturales Jenks. Este método busca reducir la varianza dentro de las clases y maximizarla entre clases, y así dar la mejor representación de atributos espaciales de datos, lo que permite obtener clases de gran homogeneidad interna, con máximas diferencias entre las clases para el número de intervalos que se haya especificado previamente. Las entidades se dividen en clases cuyos límites quedan establecidos donde hay diferencias considerables entre los valores de los datos (De Smith, Goodchild, & Longley, 2015; CEPAL & UNICEF, 2016).

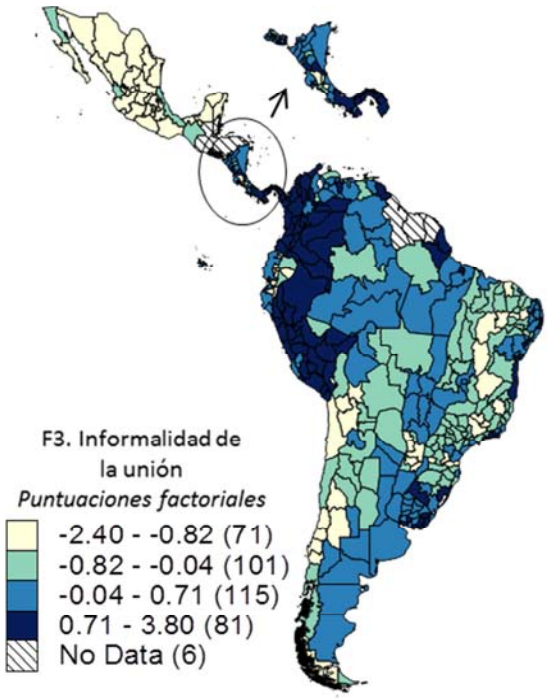
Mapas II-1. Componentes Principales Sistemas Familiares América Latina. Ronda censal 2000.



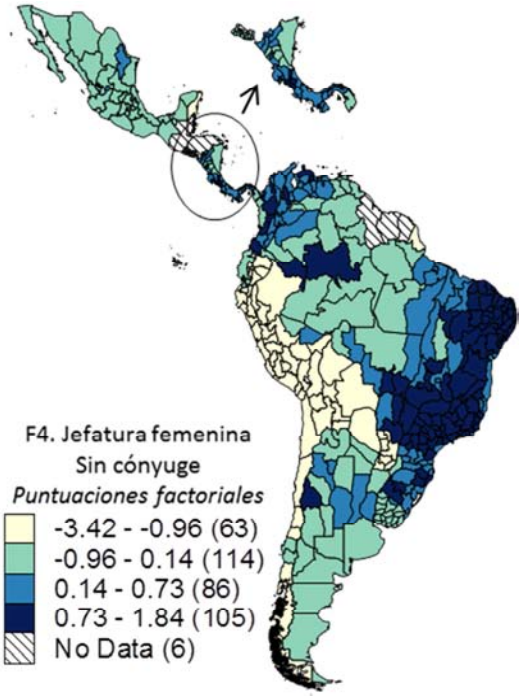
F1. Calendario nupcial y reproductivo



F2. Complejidad del hogar



F3. Informalidad de la unión



F4. Jefatura femenina sin pareja

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

2.4.4. Antecedentes de los componentes del 2000. Sistemas familiares censos 1970

A manera de exploración se decidió hacer el mismo ejercicio del ACP con los datos de 1970. Esto a fin de revisar si la existencia de estos componentes de los sistemas familiares revelados para el 2000 tiene antecedentes más históricos. La escogencia de esta década se debe a que es a partir de este periodo que se cuenta con microdatos censales para la mayoría de los países de la región. Como se mencionó anteriormente el número de indicadores se redujo de 18 a 16 debido a la no disponibilidad para el censo de Brasil de la situación conyugal de las mujeres jefas de hogar: en este año por definición las mujeres eran registradas como jefas únicamente en caso de que no estuvieran en condición de unidas.

Para elegir el número de factores a retener se utilizaron los mismos criterios que para el análisis de la ronda censal 2000: que el autovalor fuera superior a 1 y que la proporción de explicación de la varianza fuera muy cercano a 0,1. De esta manera se retuvieron sólo 3 factores que en conjunto explican el 73,4% de la variabilidad de los datos (ver Apéndice AII-4). Igual que en el procedimiento anterior, se hizo una rotación ortogonal de los ejes de tipo Varimax que permiten una mejor interpretación de los resultados. El cuadro II-6 presenta las cargas factoriales de cada indicador.

Cuadro II-6. Análisis de componentes principales (cargas factoriales). Ronda Censal 1970.

	Factor1	Factor2	Factor3	
% Hogares Extensos	0,9115	-0,0939	0,1654	Estructura del hogar
% Jefes de hogar Mujeres	0,8335	0,0429	0,0091	
% Niños 0-4 años no hijos jefe hogar	0,6968	-0,1314	0,2611	
% Hogares nucleares	-0,9036	0,1177	-0,0482	
% Niños 0- 4 años en hogar nuclear	-0,9253	0,1278	-0,0753	
% Solteras Sin hijos 15-19	-0,0350	0,8897	-0,2817	Calendario Nupcial y Reproductivo
% Solteras Sin hijos 45-49	-0,1233	0,8089	-0,0027	
% Mujeres Sin hijos 45-49	-0,2967	0,7461	0,1745	
% Mujeres Con hijos 15-19 años	0,1143	-0,8552	0,1639	
% Unidas 15-19 años	-0,2722	-0,7761	0,4087	
% Unidas 15-44 años	-0,4682	-0,6542	0,2270	
% Madres de niños <1años, Cohabitantes, 15-44 años	0,3516	-0,3079	0,8411	Tipología de la Unión
% Cohabitantes 15-44 años	0,3494	-0,3189	0,8461	
% Cohabitantes 25-29 años	0,3384	-0,3522	0,8380	
% Jefas Con hijos en el hogar	0,2081	-0,4593	0,1254	*No retenido*
% Divorciadas o Separadas 15+ años	-0,1554	0,0921	0,5048	

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

La agrupación de los indicadores por factor registra las mismas dimensiones que el análisis del 2000, con la diferencia que cambia el orden de los dos primeros componentes y con ello, la fuerza explicativa en la variación de los datos. En este caso el primer componente ya no es el Calendario reproductivo y nupcial sino el de Estructura de los hogares, el cual explica ahora el 39% de la varianza, y el factor 2 el 23,6%; el tercer factor por su parte, que sigue siendo el de la modalidad de la unión conyugal explica el 10,8% (Apéndice II-4).

Un elemento a destacar es el comportamiento de las variables de jefatura de hogar. A diferencia del ejercicio del 2000, en este caso la prevalencia de jefes de hogar que son mujeres ya no tiene alta significación en el componente de los calendarios de unión y reproducción sino en el de la estructura de los hogares. Esto es más esperable, ya que está relacionado con la complejidad de los hogares. Sin embargo, la jefatura femenina con hijos resultó no ser retenida en ningún factor. Por último, nuevamente el indicador de la proporción de la población separada o divorciada no es significativo en ninguno de los factores. Esto sugiere que aunque se registren aumentos importantes en la magnitud de la disolución de las uniones, las personas no permanecen por mucho tiempo en esta situación, volviendo en muchos casos a unirse, lo cual debe considerarse como un rasgo clave de las familias de la región.

2.5. Discusión

La extensa bibliografía sobre las familias latinoamericanas da cuenta de los principales aspectos que definen sus particularidades frente a otros contextos. La creciente diversidad de los arreglos residenciales, las uniones consensuales como forma alternativa al matrimonio para hacer vida en pareja, la inestabilidad de las uniones, la estabilidad en los calendarios de unión y reproducción, el crecimiento de los hogares encabezados por mujeres, pero sobretodo una gran pluralidad de situaciones al interior de los países son los rasgos básicos con los que se podrían describir los sistemas familiares de la región. Ahora bien ¿cómo se ponen en relación todas estas tendencias o características? ¿Están unas relacionadas con las otras? ¿Cómo se distribuyen en el territorio? Este trabajo ha pretendido responder estas inquietudes. Son pocos los estudios que han abordado las características de las familias de manera sistémica y que al mismo tiempo realicen un análisis territorial con el alcance que se ha hecho aquí. La disponibilidad de microdatos censales estandarizados y confiables constituye una fuente de gran riqueza para emprender esta tarea analítica a gran escala.

A partir de la aplicación de la metodología de Análisis de Componentes Principales a un grupo de indicadores cuidadosamente seleccionados con base en la literatura y calculados para un conjunto de 368 unidades administrativas correspondientes a 15 países de la región para las rondas censales 2000 y 1970, se identificaron cuatro dimensiones que caracterizan los sistemas familiares de América Latina, a saber: 1) Calendario nupcial y reproductivo, 2) Complejidad de los hogares, 3) Informalidad de la unión y 4) Jefatura femenina sin pareja. En la literatura ya era evidente la existencia de estas características y el aporte de este trabajo ha sido ratificar la independencia de las mismas y consolidarlas como dimensiones clave en los análisis de la familia latinoamericana. El método utilizado así como los patrones geográficos construidos subraya la no correlación entre factores. Si bien era esperable que determinados indicadores quedaran agrupados en un mismo factor, a priori no era evidente que la naturaleza de los mismos resultara en una separación tan nítida como la que se encontró. Esto es importante porque se suele pensar que los comportamientos en variables específicas estarán relacionados con un tipo de comportamiento en otro conjunto de variables. El hecho de que en América Latina se organicen tan bien los indicadores es sintomático de que estos factores no son resultado de casualidades estadísticas, sino que obedece a patrones estructurales de sus sistemas familiares. El ejercicio realizado para 1970 evidencia, a excepción del componente de la Jefatura femenina sin pareja, que se trata de dimensiones que como mínimo están presentes desde finales del siglo XX.

La distribución territorial de los componentes para la década del 2000 pone de manifiesto patrones diferentes de acuerdo a la dimensión familiar que se observe. Las geografías en algunas dimensiones respetan los límites políticos, en otras responden posiblemente a raíces históricas o culturales cuyos sentidos deben ser profundizados en estudios posteriores. El Cono Sur emerge como una subregión con los calendarios más tardíos del continente. El eje caribeño-andino que incluye Panamá, Colombia y Perú presenta altos grados de informalidad en las uniones conyugales, en tanto México destaca por su gran homogeneidad interna respecto al grado de aceptación del matrimonio como forma preferida de establecer una unión. A excepción de Venezuela y Nicaragua, donde prácticamente todas sus provincias registran altos niveles de complejidad de sus hogares, este componente presenta las dispersiones más altas en el territorio. Uruguay destaca por el contrario, por sus hogares menos complejos que no sólo responden a la prevalencia de hogares nucleares, sino a sus tamaños más pequeños y seguramente a la importancia de los hogares unipersonales. Bolivia, Paraguay, Perú y en menor medida Ecuador reportan altos niveles de mujeres jefas de hogar en unión: al conocer por un lado, que la jefatura femenina en la región viene definida por la ausencia del cónyuge varón, y por otro, las altas tasas migratorias en especial de la población masculina de estos países, se puede

suponer que se trata de uniones donde el cónyuge está ausente del hogar, por lo que se trataría de una jefatura en que las mujeres asumen este rol como consecuencia de la situación migratoria de sus maridos. En el resto de países se evidencia la presencia de una jefatura femenina sin pareja conyugal y con hijos a cargo.

Investigaciones futuras podrían establecer relaciones con indicadores socioeconómicos con cada dimensión a fin de identificar pautas territoriales, económicas o que tengan más que ver con el contexto normativo respecto a la manera de hacer familia en subregiones particulares.

En otro orden de ideas, está claro que los censos de población no registran de forma óptima la diversidad de dinámicas familiares que coexisten en la América Latina actual. Sus limitaciones en cuanto al carácter transversal de la información que proporciona hace esa una de las principales limitaciones de este trabajo, sin embargo el hecho de contar con información detallada para toda la población es su principal ventaja. Aun así vale destacar algunas sugerencias respecto a la manera en que los censos de población recogen la información de la situación conyugal de la población. La proporción de mujeres separadas o divorciadas no resulta ser un buen indicador del nivel de disolución de las uniones. Por un lado, porque no da cuenta de las segundas y sucesivas uniones conyugales que puede tener la población que haya terminado una relación previa. Por otro, porque no permiten la óptima identificación de las personas 'nunca unidas' frente a los 'falsos solteros' que son aquellos que habiendo tenido una pareja conyugal (normalmente en cohabitación), al momento del censo ya no convive en unión y se declaran solteros en lugar de separados. Esto es una característica del sistema de informalidad de la región que debe ser tomado en cuenta en el diseño de los cuestionarios censales. El censo de Brasil es un ejemplo en este sentido, ya que sólo con la introducción de una pregunta que capta la situación de pareja, presente y pasada de las personas, permite registrar de manera más fehaciente esta categorización.

Apéndice AII-1. Matriz de Correlaciones Análisis de Componentes Principales
Censos de Población y Vivienda, Ronda 2000.

	Unidas 15-19	Con hijos 15-19	Soltera Sin hijos 15-19	Sin hijos 45-49	Soltera Sin hijos 45-49	Unidas 15-44	Consensual 15-44	Consensual 25-29	Madres 0 año 15-44 Cohab	Sep/Div 15+	Jefas Mujeres	Jefas Unidas	Jefas Con hijos hogar	Jefas con hijos hogar No Unida	Extenso	Niños 0 a 4 en hogar Nuclear	Niños 0 a 4 NO Hijo Jefe Hogar	Nuclear
Unidas 15-19	1	0,867	-0,929	-0,222	-0,438	0,648	0,435	0,308	0,455	0,153	-0,372	0,153	0,492	-0,064	0,240	-0,129	-0,007	-0,035
Con hijos 15-19	0,867	1	-0,948	-0,274	-0,448	0,490	0,498	0,386	0,493	0,054	-0,266	0,140	0,529	-0,058	0,327	-0,250	0,128	-0,165
Soltera Sin hijos 15-19	-0,929	-0,948	1	0,221	0,460	-0,555	-0,470	-0,345	-0,461	-0,113	0,267	-0,162	-0,522	0,075	-0,286	0,222	-0,068	0,139
Sin hijos 45-49	-0,222	-0,274	0,221	1	0,676	-0,360	-0,014	-0,014	-0,063	0,016	0,261	-0,158	-0,276	0,186	-0,194	0,043	-0,042	0,024
Soltera Sin hijos 45-49	-0,438	-0,448	0,460	0,676	1	-0,534	-0,391	-0,369	-0,384	-0,004	0,104	-0,506	-0,288	0,488	-0,257	0,259	-0,080	0,306
Unidas 15-44	0,648	0,490	-0,555	-0,360	-0,534	1	0,058	0,013	0,119	-0,088	-0,623	0,150	0,045	-0,120	-0,254	0,290	-0,414	0,271
Consensual 15-44	0,435	0,498	-0,470	-0,014	-0,391	0,058	1	0,976	0,961	0,368	0,363	0,377	0,311	-0,306	0,474	-0,599	0,504	-0,614
Consensual 25-29	0,308	0,386	-0,345	-0,014	-0,369	0,013	0,976	1	0,950	0,318	0,402	0,360	0,171	-0,307	0,388	-0,541	0,466	-0,598
Madres hijos 0 año, 15-44, Cohab	0,455	0,493	-0,461	-0,063	-0,384	0,119	0,961	0,950	1	0,336	0,264	0,304	0,262	-0,235	0,397	-0,498	0,402	-0,515
Sep/Div 15+	0,153	0,054	-0,113	0,016	-0,004	-0,088	0,368	0,318	0,336	1	0,270	-0,038	0,239	0,093	0,286	-0,401	0,468	-0,254
Jefas Mujeres	-0,372	-0,266	0,267	0,261	0,104	-0,623	0,363	0,402	0,264	0,270	1	0,402	-0,100	-0,420	0,382	-0,545	0,543	-0,652
Jefas Unidas	0,153	0,140	-0,162	-0,158	-0,506	0,150	0,377	0,360	0,304	-0,038	0,402	1	0,266	-0,988	0,521	-0,578	0,309	-0,703
Jefas Con hijos hogar	0,492	0,529	-0,522	-0,276	-0,288	0,045	0,311	0,171	0,262	0,239	-0,100	0,266	1	-0,171	0,691	-0,536	0,411	-0,263
Jefas con hijos hogar No Unida	-0,064	-0,058	0,075	0,186	0,488	-0,120	-0,306	-0,307	-0,235	0,093	-0,420	-0,988	-0,171	1	-0,474	0,525	-0,272	0,688
Extenso	0,240	0,327	-0,286	-0,194	-0,257	-0,254	0,474	0,388	0,397	0,286	0,382	0,521	0,691	-0,474	1	-0,891	0,799	-0,774
Niños 0 a 4 en Nucleares	-0,129	-0,250	0,222	0,043	0,259	0,290	-0,599	-0,541	-0,498	-0,401	-0,545	-0,578	-0,536	0,525	-0,891	1	-0,878	0,896
Niños 0 a 4 NO Hijo JH	-0,007	0,128	-0,068	-0,042	-0,080	-0,414	0,504	0,466	0,402	0,468	0,543	0,309	0,411	-0,272	0,799	-0,878	1	-0,722
Nuclear	-0,035	-0,165	0,139	0,024	0,306	0,271	-0,614	-0,598	-0,515	-0,254	-0,652	-0,703	-0,263	0,688	-0,774	0,896	-0,722	1

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Apéndice AII-2. Matriz de Correlaciones Análisis de Componentes Principales
Censos de Población y Vivienda, 1970.

	Unidas 15-19	Con hijos 15-19	Soltera Sin hijos 15-19	Sin hijos 45-49	Soltera Sin hijos 45-49	Unidas 15-44	Consensual 15-44	Consensual 25-29	Madres 0 año 15-44 Cohab	Sep/Div 15+	Jefas Mujeres	Jefas Con hijos hogar	Nucleares	Extensos	Niños 0 a 4 en Nuclear	Niños 0 a 4 No hijo Jefe Hogar
Unidas 15-19	1	0,726	-0,854	-0,307	-0,473	0,780	0,455	0,480	0,428	0,151	-0,221	0,323	0,092	-0,070	0,087	0,063
Con hijos 15-19	0,726	1	-0,955	-0,504	-0,532	0,531	0,409	0,463	0,405	-0,042	0,113	0,289	-0,268	0,197	-0,240	0,233
Soltera Sin hijos 15-19	-0,854	-0,955	1	0,495	0,578	-0,638	-0,497	-0,535	-0,483	-0,029	-0,058	-0,354	0,191	-0,153	0,187	-0,225
Sin hijos 45-49	-0,307	-0,504	0,495	1	0,824	-0,211	-0,225	-0,250	-0,230	-0,029	-0,156	-0,390	0,303	-0,277	0,318	-0,224
Soltera Sin hijos 45-49	-0,473	-0,532	0,578	0,824	1	-0,418	-0,347	-0,352	-0,343	-0,073	-0,041	-0,396	0,160	-0,148	0,186	-0,175
Unidas 15-44	0,780	0,531	-0,638	-0,211	-0,418	1	0,179	0,205	0,184	0,135	-0,362	0,012	0,260	-0,310	0,262	-0,038
Consensual 15-44	0,455	0,409	-0,497	-0,225	-0,347	0,179	1	0,985	0,983	0,218	0,261	0,410	-0,354	0,490	-0,395	0,430
Consensual 25-29	0,480	0,463	-0,535	-0,250	-0,352	0,205	0,985	1	0,970	0,227	0,253	0,386	-0,358	0,481	-0,390	0,426
Madres hijos 0 año, 15-44, Cohab	0,428	0,405	-0,483	-0,230	-0,343	0,184	0,983	0,970	1	0,225	0,248	0,367	-0,370	0,480	-0,411	0,426
Sep/Div 15+	0,151	-0,042	-0,029	-0,029	-0,073	0,135	0,218	0,227	0,225	1	-0,074	-0,200	0,035	-0,137	0,052	0,105
Jefas Mujeres	-0,221	0,113	-0,058	-0,156	-0,041	-0,362	0,261	0,253	0,248	-0,074	1	0,069	-0,699	0,679	-0,690	0,629
Jefas Con hijos hogar	0,323	0,289	-0,354	-0,390	-0,396	0,012	0,410	0,386	0,367	-0,200	0,069	1	-0,072	0,305	-0,175	0,134
Nucleares	0,092	-0,268	0,191	0,303	0,160	0,260	-0,354	-0,358	-0,370	0,035	-0,699	-0,072	1	-0,825	0,966	-0,579
Extensos	-0,070	0,197	-0,153	-0,277	-0,148	-0,310	0,490	0,481	0,480	-0,137	0,679	0,305	-0,825	1	-0,860	0,667
Niños 0 a 4 en Nuclear	0,087	-0,240	0,187	0,318	0,186	0,262	-0,395	-0,390	-0,411	0,052	-0,690	-0,175	0,966	-0,860	1	-0,637
Niños 0 a 4 No hijo Jefe Hogar	0,063	0,233	-0,225	-0,224	-0,175	-0,038	0,430	0,426	0,426	0,105	0,629	0,134	-0,579	0,667	-0,637	1

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Apéndice AII-3. Autovalores de la matriz de correlación, Análisis de Componentes Principales Censos de Población y Vivienda, Ronda 2000.

	Autovalor	Diferencia	Proporción	Acumulada
1	7,0588	2,9804	0,3922	0,3922
2	4,0783	1,9568	0,2266	0,6187
3	2,1216	0,4786	0,1179	0,7366
4	1,6430	0,6116	0,0913	0,8279
5	1,0314	0,3331	0,0573	0,8852
6	0,6984	0,2882	0,0388	0,924
7	0,4101	0,0830	0,0228	0,9468
8	0,3272	0,1367	0,0182	0,9649
9	0,1905	0,0450	0,0106	0,9755
10	0,1455	0,0393	0,0081	0,9836
11	0,1062	0,0443	0,0059	0,9895
12	0,0619	0,0184	0,0034	0,9929
13	0,0434	0,0079	0,0024	0,9953
14	0,0356	0,0139	0,002	0,9973
15	0,0217	0,0053	0,0012	0,9985
16	0,0164	0,0094	0,0009	0,9994
17	0,0069	0,0036	0,0004	0,9998
18	0,0033		0,0002	1,0000

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

Apéndice AII-4. Autovalores de la matriz de correlación, Análisis de Componentes Principales. Censos de Población y Vivienda, Ronda 1970.

	Autovalor	Diferencia	Proporción	Acumulada
1	6,2452	2,4739	0,3903	0,3903
2	3,7713	2,0486	0,2357	0,6260
3	1,7227	0,5372	0,1077	0,7337
4	1,1855	0,1639	0,0741	0,8078
5	1,0216	0,4838	0,0639	0,8716
6	0,5378	0,0847	0,0336	0,9053
7	0,4532	0,0677	0,0283	0,9336
8	0,3855	0,1418	0,0241	0,9577
9	0,2436	0,1032	0,0152	0,9729
10	0,1404	0,0180	0,0088	0,9817
11	0,1225	0,0249	0,0077	0,9893
12	0,0975	0,0686	0,0061	0,9954
13	0,0289	0,0070	0,0018	0,9972
14	0,0218	0,0070	0,0014	0,9986
15	0,0148	0,0072	0,0009	0,9995
16	0,0076		0,0005	1,0000

Fuente: IPUMS – International, cálculos propios.

III. EDAD A LA PRIMERA UNIÓN Y AL PRIMER HIJO EN AMÉRICA LATINA: ESTABILIDAD EN COHORTES MÁS EDUCADAS

En este capítulo se examinan las tendencias en la edad de la primera relación sexual, primera unión conyugal y primer hijo para las cohortes de mujeres nacidas de 1940 a 1980 en 12 países latinoamericanos. Se investiga la relación de los años de escolaridad y la edad de la primera relación sexual, unión conyugal y primer hijo para comprender la siguiente paradoja: si las mujeres con más años de escolaridad suelen atrasar la formación de la unión y la maternidad, ¿por qué las mujeres de cohortes más educadas no forman uniones y tienen hijos a edades más tardías que las mujeres de cohortes menos educadas? Los resultados muestran que el atraso de la nupcialidad y la fecundidad esperable en un contexto de expansión educativa ha sido contrarrestado por un cambio de comportamiento de los grupos educativos en el tiempo. En todos los países estudiados se observa que, a igual número de años de escolarización, las mujeres nacidas en 1980 forman pareja y tienen hijos más pronto que aquellas mujeres nacidas en 1940 con los mismos años de escolarización. Estos resultados obligan a reflexionar sobre la relación de la educación con la nupcialidad y fecundidad y ponen en relieve la importancia del contexto cultural y social donde la expansión educativa tiene lugar. En este trabajo se observa que la posición relativa de las mujeres en el sistema educativo es más importante que el número absoluto de años de escolarización acumulados. Se constata que el número de hijos deseados ha permanecido estable en este período, sin diferencias significativas según nivel de escolaridad y que el aumento de la anticoncepción, incluso en edades jóvenes, ha crecido en este período.

3.1. Introducción

América Latina ha experimentado grandes transformaciones familiares en las últimas décadas. En primer lugar, la tasa global de fecundidad (TGF) ha disminuido en toda la región. En 1970, los niveles de fecundidad superaban los tres hijos por mujer en todos los países latinoamericanos (desde México hasta la Argentina), salvo en el caso del Uruguay. Cuarenta años después, en 2010, en estos países, excepto en Bolivia, Guatemala y Haití, la fecundidad se situaba por debajo de los tres hijos por mujer, e incluso en algunos era inferior al nivel de reemplazo, de 2,1 hijos por mujer, como ocurría en el Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, El Salvador y Uruguay (CELADE, 2013). En segundo término, el tamaño medio de los hogares ha disminuido debido sobre todo a la menor presencia de hijos. Un tercer fenómeno que se observa es el intenso proceso de desinstitucionalización que ha experimentado el matrimonio, motivado primordialmente por el rápido incremento de la cohabitación (Esteve, García, & Lesthaeghe, 2012), en todos los grupos sociales y subregiones de América Latina. Con el aumento de la cohabitación, el porcentaje de hijos nacidos fuera del matrimonio se ha duplicado con creces desde el 17% al 39% de 1970 a 2000 (Castro, Cortina, Martín, & Pardo, 2011).

Estas transformaciones familiares han ocurrido en años de fuertes cambios económicos, políticos y sociales. Desde una perspectiva económica, la región ha pasado por períodos de graves dificultades (por ejemplo, la crisis de la deuda externa de la década de 1980 y por otros más recientes de expansión económica). Los años ochenta, conocidos como la década perdida, se caracterizaron por un elevado endeudamiento, un recorte profundo del gasto social y un aumento generalizado de los niveles de pobreza. En cambio, con el nuevo siglo, en la mayoría de las economías de la región se registran crecimientos positivos del producto interno bruto, superiores al 5% en países como la Argentina, el Brasil y Chile, que han contribuido a la disminución de los niveles absolutos de pobreza. Las tasas de actividad femenina han crecido desde el 38,1% en 1990 al 52,5% en 2010 (CELADE, 2013). La educación se ha expandido en forma considerable y el acceso a la educación primaria es prácticamente universal. La escolaridad promedio ha aumentado en 4,5 años en las mujeres mayores de 20 años nacidas de la década de 1940 a la de 1980.

En este escenario de fuertes transformaciones, la edad media de las mujeres a su primera unión y a su primer hijo ha permanecido estable en el tiempo y entre cohortes (Castro & Juárez, 1995; Heaton, Forste, & Otterstrom, Family transitions in Latin America: first intercourse, first union and first birth, 2002; Fussell & Palloni, 2004;

Rodríguez-Vignoli J. , 2008; Esteve, López-Ruiz, & Spijker, 2013). A diferencia de otras regiones del mundo, donde el aumento de la cohabitación, de los hijos fuera del matrimonio y la reducción del tamaño medio de los hogares han ocurrido paralelamente con un atraso de la edad a la primera unión y al primer hijo, en América Latina estos indicadores se han mantenido estables[9], dando lugar a la paradoja de la estabilidad.

En este trabajo se examina la evolución de la edad a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo entre cohortes de mujeres nacidas de 1940 a 1980 en 12 países de América Latina. En concreto, se analiza la relación del logro educativo y la edad a la primera unión y al primer hijo para comprender la llamada paradoja de la estabilidad: si los años de escolarización retrasan el calendario de la primera unión y del primer hijo, ¿por qué las mujeres que pertenecen a cohortes más jóvenes y que son más educadas no forman pareja ni tienen hijos más tardíamente que aquellas de cohortes más antiguas, con menos años de escolaridad acumulados? El estudio se concentra especialmente en la nupcialidad y la fecundidad, aunque también aborda la edad de la primera relación sexual porque se trata de una variable relacionada con las anteriores.

La paradoja de la estabilidad ha sido objeto de diversos estudios. Fussell y Palloni (2004) atribuyeron este fenómeno de la persistencia de una temprana y casi universal formación de la unión en América Latina a la importancia de las redes familiares en contextos de dificultades económicas. En línea con este argumento, Esteve, García y Lesthaeghe (2012), encontraron que más del 40% de las parejas cohabitantes y sobre el 60% de las madres solteras corresidían con al menos otro pariente, casi siempre los padres. Este patrón de corresidencia no ha disminuido en las generaciones de parejas cohabitantes más jóvenes, hecho que resalta la importancia del apoyo que prestan sus familias a las parejas jóvenes y a las madres solteras.

Respecto de la relación específica del logro educativo y la formación de la unión así como de la entrada a la maternidad, Castro y Juárez (1995) demostraron que en América Latina, al igual que en otras regiones del mundo en desarrollo, las mujeres más educadas tenían hijos más tardíamente que las menos educadas, pero también advirtieron al comparar dos puntos en el tiempo –determinados por las Encuestas de Demografía y Salud y datos de la Encuesta Mundial de Fecundidad– que la relación entre la educación y la edad de la maternidad había variado. Estas autoras sostuvieron que el comportamiento de los grupos educativos había cambiado durante el período

[9] Precisamente este no retraso de los calendarios es lo que ha llevado a varios autores a cuestionar si la teoría de la segunda transición demográfica se ajusta a los patrones latinoamericanos.

entre las encuestas, contrarrestando así los retrasos esperados en el calendario de fecundidad debido a la expansión educativa. En suma, la edad al primer hijo se rejuveneció en las mujeres de distintas cohortes pero con el mismo nivel educativo.

En similar línea, Heaton, Forste y Otterstrom (2002) hallaron evidencia sobre la estabilidad en el tiempo del calendario de la nupcialidad y la fecundidad en América Latina e invitaron a prestar mayor atención a la escasa correspondencia del comportamiento de la educación a nivel individual y agregado. Estos autores se referían a la relación de los niveles micro y macro, esto es, a la falta de correspondencia de las diferencias que se observan en los individuos (por ejemplo, las personas con más años de escolaridad suelen tener hijos más tardíamente) con las que tienen las sociedades durante su evolución en el tiempo (por ejemplo, en las sociedades con mayores niveles de educación no se retrasa la edad al primer hijo). En cuanto a la relación con la edad del matrimonio, Esteve, López y Spijker (2013) indicaron que el retraso en la edad a la primera unión debido a la expansión educacional fue contrarrestada por una formación más temprana de esta unión en cada grupo educativo, particularmente en las mujeres con menos años de educación secundaria.

La escasa correspondencia de los niveles individual y colectivo, que da lugar a la paradoja de la estabilidad, no se traduce en que la educación sea una variable poco relevante para comprender los comportamientos nupciales y reproductivos de las mujeres de América Latina (Wulf y Singh, 1991; Castro y Juárez, 1995; Heaton y Forste, 1998; Heaton, Forste y Otterstrom, 2002). De hecho, en una perspectiva comparada, Castro (1995) mostró que la relación de la educación y la fecundidad a nivel individual era más acentuada que en cualquier otra región del mundo. En un estudio del mismo año, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud de nueve países de América Latina a fines de los años ochenta, Castro y Juárez (1995) examinaron cuáles aspectos de la educación eran los que ejercían una mayor influencia en la fecundidad de las mujeres. En los resultados se destacó como el factor más determinante la dimensión socioeconómica de la educación (el costo de oportunidad de tener hijos o no, en relación con otras decisiones de la vida). Sin embargo, estas autoras encontraron que no existían diferencias significativas en la fecundidad deseada según grupos educacionales, lo cual sugería un cierto grado de homogeneización de los patrones de fecundidad en los estratos sociales.

Finalmente, cabe destacar la contribución de Rodríguez-Vignoli (2008) sobre la fecundidad adolescente. Para este autor, la elevada fecundidad adolescente que caracteriza buena parte de las sociedades de América Latina sería responsable de haber

mantenido estable la edad de la mujer al primer hijo durante estas últimas décadas. Todo esto en un contexto donde las mujeres empiezan a tener relaciones sexuales más temprano, a menudo sin un uso óptimo de los métodos anticonceptivos. Rodríguez (2008) investiga y discute las causas relacionadas con la elevada fecundidad adolescente que persiste en la región. Este autor argumenta que si bien la modernidad tiende a producir una postergación de la unión, también estimula a anticipar la edad de la iniciación sexual. Como resultado, una iniciación sexual más temprana puede conllevar un aumento de la fecundidad adolescente si no es acompañada de una anticoncepción eficiente. El autor se refiere al concepto de modernidad sexual truncada, que define básicamente por la falla en esta capacidad de protección, que atribuye a tres aspectos. En primer lugar, es atribuible a la reticencia institucional (familiar y social) frente a la sexualidad adolescente premarital, negando la autonomía de los jóvenes en este tema y, por ende, restringiendo su acceso a los servicios de salud sexual y reproductiva; en segundo término, al contexto de desigualdad social de los países, en que por la falta de oportunidades laborales, educativas y vitales para los jóvenes, en especial de sectores pobres, se reduce el costo de la maternidad o paternidad adolescente, elevando incluso su valor como mecanismo para dotar de sentido a la vida. Por último, a la cultura familiar propia de la región, ya mencionada, que asume los costos de la reproducción temprana.

Este estudio se centra exclusivamente en examinar la paradoja de la estabilidad del calendario de la nupcialidad y de la fecundidad en un panorama de expansión educativa en América Latina. La evidencia aquí citada constata una fuerte relación a nivel individual de los años de escolarización y la entrada a la unión y al primer hijo, que no se traduce a nivel poblacional. Se procura corroborar dicha estabilidad y se examina el comportamiento en el tiempo de los distintos grupos educativos. Al trasluz de esta estabilidad, se plantean tres nuevas preguntas: i) ¿son los años de escolaridad en términos absolutos un buen indicador para captar la posición social de las mujeres?; ii) ¿han cambiado las preferencias por el número de hijos en las cohortes más educadas respecto de aquellas menos educadas y existen diferencias por nivel educacional en una misma cohorte?, y iii) ¿cómo ha evolucionado el uso de la anticoncepción en edades jóvenes durante los últimos años?

En relación con la primera pregunta, se investiga la relación de los años de escolaridad y las edades a la primera unión y al primer hijo utilizando una medida relativa de la escolaridad basada en cuartiles de educación específicos para cada cohorte. Con esto, en lugar de comparar grupos con igual número de años de escolaridad, se comparan mujeres clasificadas según su posición relativa respecto de su propia cohorte. Ha sido

ampliamente argumentado en América Latina que la expansión educativa no ha contribuido a erradicar la desigualdad social sino que funciona como un agente reproductor de esta (BID, 1999). Si así ocurriera, el número absoluto de años de escolaridad podría ser menos relevante que la posición de la mujer en la estructura jerárquica respecto de otra mujer de su misma cohorte. Castro y Juárez (1995) mostraron que la dimensión socioeconómica de la educación era el factor más determinante para la fecundidad. Si el aumento de los años de escolarización no ha implicado un cambio sustantivo de esta dimensión, es probable que el efecto de la expansión educativa no ejerza el impacto esperado.

Para responder a la segunda pregunta, en estas páginas se examina en qué medida el tamaño ideal de la familia ha cambiado en las cohortes y grupos educativos, tal como sugieren Castro y Juárez (1995) basadas en datos similares de los años ochenta. ¿Han cambiado las preferencias en el tamaño ideal de la familia? ¿Existen diferencias significativas por años de escolaridad? La estabilidad de esta variable puede indicar una cierta homogeneidad de los comportamientos sociales no sólo entre cohortes sino también por nivel educativo en una cohorte.

Respecto de la tercera pregunta, tal como sugiere Rodríguez-Vignoli (2008), la anticoncepción puede estar desempeñando un papel determinante en la fecundidad adolescente, puesto que estaría contribuyendo a que la edad al primer hijo se haya mantenido estable. En este estudio se examina el uso de la anticoncepción en las mujeres jóvenes, controlando por su nivel educativo, si se han iniciado sexualmente y si tienen hijos. Todas estas variables son necesarias para entender el papel de la contracepción en las mujeres jóvenes. En primer lugar, la educación se encuentra relacionada con la edad de la primera relación sexual y con el conocimiento de los métodos anticonceptivos. En segundo término, es indispensable controlar con la variable de si la mujer se ha iniciado sexualmente para evitar interpretaciones erróneas, dado que es la exposición a la sexualidad lo que hace que se recurra a los métodos anticonceptivos. Por último, es importante saber si las mujeres usaban métodos anticonceptivos antes de tener su primer hijo.

3.2. Datos

En este trabajo se emplean datos provenientes de 37 Encuestas de Demografía y Salud (EDS), levantadas en 12 países latinoamericanos de 1986 a 2012. Se trata de muestras representativas de mujeres de 15 a 49 años, que contienen de 4.000 a 53.000 casos, en

función del país y del año de aplicación. En el cuadro III-1 se presentan las características de las muestras incluidas en el análisis. Las EDS ofrecen información retrospectiva sobre las mujeres. Las variables consideradas para este trabajo son las siguientes: edad a la primera relación sexual, edad a la primera unión y edad al primer hijo. Para cada una de estas se crea una variable dicotómica, que permite identificar a las mujeres que han experimentado estos sucesos antes de los 18 años. El porcentaje de mujeres con estas características constituye una medida indirecta de la edad mediana a la formación de la unión, con la ventaja de que no se requieren cohortes completas para obtener esta estimación. Se han realizado análisis de sensibilidad con edades alternativas (por ejemplo, a los 20 y 22 años) y los resultados obtenidos son similares a los alcanzados en esta investigación. Las edades medianas a la primera unión y al primer hijo también se muestran estables en el tiempo (véase el Apéndice AIII-1).

Cuadro III-1. Características de las Encuestas de Demografía y Salud utilizadas en este trabajo, 1985 – 2010.

País	Año de la encuesta						Cohortes (décadas)	Mujeres >20 años
	1985-1989	1990-1994	1995-1999	2000-2004	2005-2009	2010-2012		
Bolivia	1989	1993-94	1998	2003-04	2008	-	1940-89	48.879
Brasil	1986	-	1996	-	-	-	1940-79	14.735
Colombia	1986	1990	1995	2000	2004-05	2009-10	1940-89	100.176
Rep. Dominicana	1986	1991	1996	2002	2007	-	1940-89	58.087
Ecuador	1987	-	-	-	-	-	1940-69	3.535
Guatemala	1987	-	1995	-	-	-	1940-79	13.448
Haití	-	1994-95	-	2000	2005-06	2012	1940-89	29.527
Honduras	-	-	-	-	2005-06	2011-12	1950-89	31.378
México	1987	-	-	-	-	-	1940-69	6.754
Nicaragua	-	-	1998	2001	-	-	1940-89	20.246
Paraguay	-	1990	-	-	-	-	1940-69	4.565
Perú	1986	1991-92	1996	2000	2003-08	2012	1940-89	111.793
Total: 12 países 37 encuestas	**8**	**6**	**7**	**6**	**6**	**4**	**-**	**443.123**

Fuente: elaboración propia.

Los datos de las Encuestas de Demografía y Salud proporcionan información retrospectiva de las mujeres y, por ende, puede que haya algunas que ya no estén en el país o estén fallecidas. De ocurrir, esto podría representar un sesgo para las estimaciones de este trabajo, aunque es probable que no sea importante ni constituya la causa de la estabilidad en los calendarios nupciales y de fecundidad. Debe considerarse,

en primer lugar, que la estabilidad se ha corroborado a través de otras fuentes estadísticas que no son susceptibles de estar sesgadas por este factor, como por ejemplo los censos de población, estimando el porcentaje de mujeres en unión a la misma edad para distintas cohortes. En segundo término, la información de las cohortes es consistente en el tiempo y no presenta diferencias significativas en función de la edad a la que fueron entrevistadas las mujeres de una misma cohorte.

Para analizar el cambio en el tiempo se utilizó una perspectiva de cohorte. Se incluyeron en el análisis todas las mujeres que tenían 20 años o más al momento de la entrevista. El número de cohortes varía en los países según la disponibilidad de datos, pero por lo general las mujeres entrevistadas nacieron de 1940 a 1989.

Con el fin de ganar tamaño muestral, se agruparon los datos de cada cohorte en diferentes puntos (edades) en el tiempo, a partir de la combinación de varias ediciones de la encuesta para un mismo país. Al tratar con muestras distintas, existe la posibilidad de obtener resultados aleatorios para una cohorte, según la muestra con la que se trabaje. En los modelos de regresión logística, se ha controlado por edad la respuesta para considerar que la información de una cohorte puede provenir de más de una encuesta. Como se ha señalado, esta variable no es estadísticamente significativa en ningún país, ni en ninguna transición, a excepción de la edad a la primera relación sexual en Bolivia, Colombia, Haití, Perú y República Dominicana. En estos países, el porcentaje de mujeres de una cohorte que reportaron haber tenido relaciones sexuales antes de los 18 años aumenta con la edad a la que respondieron el cuestionario. Debido a esta razón, los modelos de regresión logística elaborados incluyen la edad al momento de la entrevista para controlar el sesgo de respuesta que introduce la edad al responder. Las cohortes de nacimiento se han agrupado en intervalos de diez años: 1940-1949, 1950-1959, 1960-1969, 1970-1979 y 1980-1989. Se han construido dos medidas de logro educacional basadas en la variable de años de escolaridad. La primera de estas agrupa los años de estudio en cuatro categorías: menos de 5 años, de 6 a 8 años, de 9 a 12 años, y de 13 años y más. La segunda mide la posición relativa de la educación de cada mujer según la distribución educativa de su cohorte. Se estructuraron cuatro categorías utilizando cuartiles como umbral para cada grupo. El primer grupo reúne el 25% de mujeres con menos años de escolaridad en cada cohorte. Con la expansión de la educación, crece el número de años de escolaridad que se utilizan como punto de corte para cada cuartil.

3.3. Resultados

3.3.1. Tendencias por cohortes de la edad a la primera relación sexual, primera unión y primer hijo

El porcentaje de mujeres que tuvieron su primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años, según cohorte de nacimiento y país de residencia se puede observar en el cuadro III-2. Cuanto más alto sea dicho porcentaje, un mayor número de mujeres de ese grupo habrá experimentado el evento correspondiente antes de los 18 años. Si el porcentaje entre cohortes es estable, significa que las mujeres de las cohortes más recientes formaron su primera unión conyugal y tuvieron su primer hijo a edades similares que las mujeres de cohortes anteriores.

Cuadro III-2. Mujeres mayores de 20 años que tuvieron su primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años, por cohorte de nacimiento y país, 1940-1980.
(En porcentajes)

País	Primera relación sexual					Primera unión					Primer hijo				
	40s	50s	60s	70s	80s	40s	50s	60s	70s	80s	40s	50s	60s	70s	80s
Bolivia	49%	52%	55%	54%	53%	34%	35%	36%	33%	32%	27%	27%	29%	29%	30%
Brasil	35%	40%	47%	54%	.	31%	30%	32%	31%	.	20%	20%	23%	25%	.
Colombia	48%	47%	50%	62%	72%	37%	32%	30%	32%	32%	28%	24%	23%	28%	29%
Rep. Dominicana	62%	56%	53%	59%	63%	60%	51%	47%	51%	49%	40%	33%	31%	35%	35%
Ecuador	48%	51%	46%	.	.	41%	41%	38%	.	.	29%	30%	27%	.	.
Guatemala	55%	58%	59%	54%	.	47%	52%	53%	48%	.	35%	37%	40%	37%	.
Haití	50%	54%	59%	62%	66%	34%	32%	36%	35%	32%	23%	23%	25%	25%	22%
Honduras	.	60%	57%	59%	56%	.	53%	49%	50%	46%	.	38%	36%	38%	36%
México	45%	45%	38%	.	.	43%	43%	37%	.	.	32%	31%	29%	.	.
Nicaragua	59%	62%	61%	61%	57%	54%	57%	58%	58%	52%	43%	43%	43%	42%	40%
Paraguay	46%	46%	51%	50%	.	35%	32%	34%	27%	.	24%	23%	27%	23%	.
Perú	50%	50%	50%	49%	51%	37%	33%	32%	29%	27%	28%	27%	25%	23%	23%

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud.

En términos generales, alrededor del 50% de las mujeres de los países analizados tuvieron su primera relación sexual antes de los 18 años. Las mujeres mexicanas y brasileñas nacidas antes de la década de 1970 registran los porcentajes más bajos de la primera relación sexual antes de los 18 años (inferiores al 50%); en tanto las mujeres de Colombia, Haití, Nicaragua y República Dominicana nacidas a partir de los años setenta tienen las mayores prevalencias para este evento (por sobre el 60%). En Brasil, Colombia, Haití y República Dominicana, los resultados indican que las mujeres de las

cohortes más recientes han tenido su primera relación sexual a edades más tempranas en comparación con las mujeres de las cohortes de más edad.

En cuanto a la edad a la primera unión (matrimonio o cohabitación), el porcentaje de mujeres alguna vez unidas a los 18 años de edad se encuentra alrededor del 40%. En Centroamérica, al menos el 50% de las mujeres había formado su unión antes de los 18 años. Este porcentaje es bastante inferior en México y en los países de América del Sur, levemente por sobre el 40%, lo que sugiere una transición más tardía a la primera unión en comparación con los países centroamericanos. Brasil se destaca como el país con el porcentaje más bajo de mujeres alguna vez unidas a los 18 años.

A pesar de las diferencias en los países, las tendencias de las cohortes son estables. Las pequeñas variaciones que se observan entre estas no presentan una tendencia clara. En República Dominicana, a partir de la cohorte nacida en los años cincuenta, el porcentaje de mujeres alguna vez en unión a los 18 años se ha mantenido estable en torno al 50%. Una estabilidad similar se observa en Bolivia, Brasil, Colombia y Haití. Solo en los casos de las mujeres hondureñas, peruanas y paraguayas se registran leves señales de aplazamiento en las dos cohortes más recientes.

En el cuadro III-2 se presenta información sobre el porcentaje de mujeres que tuvieron su primer hijo antes de los 18 años. Al comparar la edad a la primera relación sexual y la primera unión, se observa que el porcentaje de madres a los 18 años es más bajo, situándose en el 30% promedio en todos los países. Las variaciones de los países están estrechamente correlacionadas con las diferencias observadas en la edad a la primera unión. Los porcentajes más elevados de madres a los 18 años se encuentran en Centroamérica (normalmente por encima del 30% y hasta el 40%) y los más bajos en México y América del Sur (un 30% o menos).

Al igual que lo encontrado en la prevalencia de mujeres alguna vez en unión, Brasil tiene el porcentaje más bajo de las madres adolescentes de todos los países analizados. Al examinar las tendencias por cohorte no se observa ningún patrón definido, excepto por la estabilidad de la mayoría. El porcentaje de mujeres en Nicaragua que fueron madres a los 18 años pasó del 43% al 40% de la cohorte de 1940 a la de 1980, respectivamente. Las mujeres peruanas son las únicas que registran descensos constantes pero moderados en el porcentaje de madres a los 18 años (baja del 28% al 23% desde la cohorte de 1940 a la de 1980), lo que sugiere un cierto atraso en el calendario de la fecundidad.

3.3.2. Expansión educativa

En el cuadro III-3 se registra la distribución de las mujeres según años de escolaridad y puntos de corte de los cuartiles, basados en la distribución relativa de años de escolaridad por cohorte[10]. Para ilustrar las tendencias se presentan los datos de las cohortes más antiguas y más recientes disponibles en cada país.

Cuadro III-3. Mujeres mayores de 20 años, según años de escolaridad, por cohortes de nacimiento, 1940-1980. (*En porcentajes y años)*

País	Cohortes	Años de educación				Años de educación por cuartiles		
		<5	6-8	9-12	13+	Q1	Q2	Q3
Bolivia	1940s	73%	10%	9%	8%	0	2	6
	1980s	22%	13%	39%	25%	6	12	13
Brasil	1940s	71%	11%	11%	7%	2	4	7
	1970s	39%	26%	31%	5%	4	7	11
Colombia	1940s	71%	11%	13%	5%	2	4	7
	1980s	17%	11%	47%	25%	8	11	13
Rep. Dominicana	1940s	67%	20%	7%	6%	2	4	7
	1980s	13%	18%	44%	24%	8	11	12
Ecuador	1940s	50%	28%	16%	5%	2	5	7
	1960s	22%	32%	32%	14%	6	8	12
Guatemala	1940s	77%	12%	10%	1%	0	1	5
	1970s	60%	17%	18%	4%	0	3	7
Honduras	1950s	58%	24%	3%	16%	1	4	6
	1980s	26%	35%	20%	19%	5	6	12
Haití	1940s	92%	4%	3%	1%	0	0	1
	1980s	38%	20%	30%	11%	4	8	11
México	1940s	60%	25%	12%	3%	1	4	6
	1960s	30%	24%	35%	10%	4	7	9
Nicaragua	1940s	64%	19%	13%	4%	0	3	6
	1980s	31%	25%	36%	9%	4	8	11
Perú	1940s	61%	9%	17%	12%	1	5	10
	1980s	10%	15%	44%	31%	8	11	13
Paraguay	1940s	57%	26%	11%	5%	3	5	6
	1970s	25%	38%	32%	5%	6	6	11

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios.

[10] Como se trata de un análisis por cohortes, los años de escolarización de cada cohorte se registran en distintas edades. Por esta razón, los niveles de escolarización de las cohortes más recientes pueden estar subestimadas; en cualquier caso, esta subestimación no afecta el análisis posterior.

Durante las últimas cuatro décadas la educación de las mujeres ha aumentado de forma espectacular. Los datos del cuadro III-3 reflejan que en la mayoría de los países analizados, cerca del 60% de las mujeres nacidas en la década de 1940 tiene menos de 5 años de escolaridad, y no más del 10% llega a 13 años de estudio. En las cohortes más antiguas y más recientes, el porcentaje de mujeres con menos de 5 años de educación cayó al menos a la mitad, mientras que el porcentaje de aquellas con más de 13 años de educación prácticamente se duplicó en casi todos los países. A título de ejemplo, la proporción de mujeres de la República Dominicana con 13 o más años de educación aumentó de 6% a 24% desde la cohorte nacida en 1940 a la de 1980, respectivamente.

Como reflejo de lo anterior, la expansión educativa ha incrementado el número de años de escolaridad asociados a cada cuartil educacional. En el Perú, los años de escolaridad que tenía el 25% de las mujeres con los niveles educativos más bajos, aumentaron de 1 a 8 desde la cohorte más temprana (1940) a la más reciente observada (1980), mientras que el 25% más educado pasó desde 10 años a 13 años de estudios en cada una de estas cohortes.

3.3.3. Primera relación sexual, primera unión y primer hijo por años de escolaridad

El porcentaje de mujeres que tuvo su primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años de edad por años de escolaridad, cohorte de nacimiento y país de residencia se presenta en el cuadro III-4. Se comparan los resultados de las cohortes más antigua y más reciente de cada país. Destacan dos resultados principales. En primer lugar, las mujeres con más años de escolaridad tienen menos propensión de haber experimentado los tres hechos analizados antes de los 18 años respecto de aquellas con menos estudios. Por tanto, la acumulación de años de escolaridad atrasa las transiciones a la formación de uniones y a la maternidad en todos los países. Por ejemplo, el 37% de las mujeres peruanas nacidas en la década de 1940 con menos de 5 años de educación eran madres a los 18 años, en comparación con solo el 2% de las mujeres con 13 o más años de educación formal de esa cohorte.

En segundo término, las tendencias de las cohortes reflejan que el porcentaje de mujeres que tuvieron relaciones sexuales, habían estado en unión o tuvieron hijos antes de los 18 años, ha aumentado en todos los grupos educacionales, con excepción del nivel superior. Esto significa que las mujeres nacidas en los últimos años están adelantando su actividad sexual, nupcial y reproductiva en comparación con aquellas

nacidas décadas antes y con el mismo logro educacional. Al adelantar el calendario de estos acontecimientos, estas mujeres compensan el efecto de aplazamiento que la expansión de la educación debería haber ejercido en el comportamiento global de las cohortes. En las categorías con menor educación se registran las mayores variaciones en el tiempo. Por ejemplo, el porcentaje de mujeres bolivianas con menos de 5 años de escolaridad que había estado en unión a los 18 años aumentó del 38% al 54% desde la cohorte nacida en los años cuarenta a la nacida en los años ochenta.

Cuadro III-4. Mujeres mayores de 20 años, que tuvieron su primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años, por años de escolaridad, según país y cohorte de nacimiento, 1940-1980. *(En porcentajes)*

País	Cohortes	Primera relación sexual				Primera unión				Primer hijo			
		<5 años	6-8 años	9-12 años	13+ años	<5 años	6-8 años	9-12 años	13+ años	<5 años	6-8 años	9-12 años	13+ años
Bolivia	1940s	55%	52%	32%	14%	38%	37%	21%	8%	30%	29%	15%	4%
	1980s	73%	75%	53%	24%	54%	55%	29%	5%	52%	53%	26%	5%
Brasil	1940s	42%	26%	17%	10%	37%	23%	13%	6%	24%	14%	10%	2%
	1970s	66%	61%	38%	30%	46%	36%	14%	7%	38%	29%	9%	2%
Colombia	1940s	56%	37%	27%	11%	44%	29%	21%	10%	33%	22%	13%	6%
	1980s	86%	87%	72%	56%	62%	58%	28%	8%	58%	56%	25%	8%
Rep. Dominicana	1940s	71%	58%	34%	15%	69%	56%	36%	12%	47%	36%	20%	5%
	1980s	90%	88%	60%	35%	83%	80%	44%	16%	72%	61%	27%	8%
Ecuador	1940s	57%	47%	33%	16%	48%	42%	26%	11%	35%	31%	15%	7%
	1960s	74%	57%	32%	10%	60%	50%	25%	7%	48%	36%	14%	5%
Guatemala	1940s	61%	36%	31%	23%	54%	32%	20%	14%	39%	26%	12%	18%
	1970s	67%	50%	27%	6%	61%	45%	21%	1%	48%	34%	13%	3%
Honduras	1950s	73%	54%	45%	24%	65%	49%	25%	21%	48%	32%	21%	11%
	1980s	75%	66%	43%	25%	67%	56%	31%	15%	56%	43%	21%	10%
Haití	1940s	52%	33%	31%	33%	34%	26%	19%	33%	24%	11%	19%	33%
	1980s	78%	69%	57%	43%	49%	32%	20%	8%	37%	21%	11%	2%
México	1940s	58%	30%	21%	16%	55%	30%	19%	5%	41%	24%	8%	0%
	1960s	61%	46%	22%	10%	61%	46%	21%	7%	51%	34%	14%	3%
Nicaragua	1940s	69%	53%	31%	18%	63%	47%	29%	26%	52%	37%	18%	0%
	1980s	82%	69%	35%	22%	79%	67%	27%	11%	67%	50%	18%	0%
Perú	1940s	64%	47%	29%	13%	48%	30%	21%	7%	37%	23%	14%	2%
	1980s	76%	73%	54%	26%	56%	54%	26%	5%	54%	47%	20%	4%
Paraguay	1940s	57%	40%	16%	14%	44%	32%	12%	2%	32%	19%	5%	0%
	1970s	70%	54%	34%	26%	52%	29%	9%	0%	42%	25%	9%	0%

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios.

3.3.4. ¿Expansión educativa o cambio en el comportamiento dentro de los grupos educativos?

Como una forma de estandarizar las tendencias de las cohortes según los cambios observados en la estructura educativa o en el comportamiento de los grupos educacionales (tasas por nivel educativo) se recurrió en este trabajo a los modelos de regresión logística. Todos los modelos que se presentan incluyen la edad de la mujer encuestada para controlar por la falta de consistencia en las respuestas de una cohorte a diferentes edades. En el cuadro III-5 se resumen los principales resultados; se presentan los coeficientes de regresión logística (razón de oportunidades, en inglés *odds ratio*) de la cohorte más reciente. En todos los modelos, la referencia es la primera cohorte. Hay tres variables dependientes: una para la actividad sexual, otra para la primera unión y una tercera para el primer hijo tenido antes de los 18 años. Se han calculado tres modelos para cada variable dependiente. En el modelo 1 se consideran dos variables explicativas: cohorte de nacimiento y edad al momento de la encuesta. En el modelo 2 se añaden los años de escolarización como variable categórica.

Cuadro III-5. Propensión (*odds ratio*) de tener la primera relación sexual, la primera unión o el primer hijo antes de los 18 años, por última cohorte observada y país.
(Coeficientes estimados a partir de 3 modelos de regresión logística)

País y cohorte	Primera relación sexual			Primera unión			Primer hijo		
	M1	M2	M3	M1	M2	M3	M1	M2	M3
Bolivia (1980s vs. 40s)	1,5*	2,6*	1,3*	0,9	1,4*	0,8*	1,1	1,8*	0,9
Brasil (1970s vs. 40s)	3,3*	4,5*	3,1	1,2	1,6*	1,0	1,4*	1,9*	1,1
Colombia (1980s vs,40s)	3,9*	9,4*	5,3*	0,9*	2,1*	1,0	1,1	2,9*	1,4*
Rep. Dominicana (1980s vs. 40s)	1,5*	5,6*	1,5*	0,8*	2,8*	0,7*	0,9	2,8*	0,8*
Ecuador (1960s vs. 40s)	0,8	0,9	0,6	1,0	1,1	0,8	0,9	1,0	0,7
Guatemala (1970s vs. 40s)	1,3	1,8*	1,3	0,8	1,2	0,8	0,9	1,2	0,8
Honduras (1980s vs. 50s)	0,8	0,9	0,7*	0,7*	0,7*	0,8	0,8	1,0	0,7*
Haití (1980s vs. 40s)	2,1*	3,5*	1,6*	0,6*	1,1	0,4*	0,8	1,5*	0,5*
México (1960s vs. 40s)	0,9	1,0	0,5*	0,8	0,8	0,4*	0,9	1,1	0,5*
Nicaragua (1980s vs. 40s)	1,3	1,8*	0,9	1,1	1,4	0,7	1	1,3	0,7*
Perú (1980s vs. 40s)	1,3*	3,1*	1,7*	0,6*	1,5*	0,7*	0,8*	1,7*	0,9*
Paraguay (1970s vs. 40s)	1,2	1,1	0,7	0,9	0,9	0,6	1,1	1,0	0,7

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios. *sig<0,05
Nota: M1: modelo 1; M2: modelo 2; M3: modelo 3.

Por el contrario, en el modelo 3 se utiliza la distribución relativa de la escolarización basada en cuartiles. Los valores se expresan en razones entre probabilidades (*odds*

ratios). Los valores superiores a 1 indican que las mujeres de las cohortes más recientes tienen de una propensión mayor de haber experimentado el hecho (la relación sexual, unión o hijo) antes de los 18 años que aquellas mujeres de la cohorte de referencia. Los valores inferiores a 1 indican que la propensión ha disminuido y, por tanto, que se ha atrasado el calendario.

En relación con la primera relación sexual, en el modelo 1 se obtienen coeficientes significativos en 6 de los 12 países considerados. Las mujeres nacidas en los últimos años presentan, en todos estos países, una propensión mayor que la de aquellas mujeres nacidas en las décadas anteriores, de haber tenido relaciones sexuales antes de los 18 años. Por ejemplo, las mujeres colombianas nacidas en la década de 1980 tienen una propensión 4 veces mayor de haber tenido relaciones sexuales antes de los 18 años que las mujeres nacidas en la década de 1940. Respecto a las mujeres alguna vez unidas, en las cohortes más recientes de mujeres no se observa una clara diferencia respecto a la más antigua. Los coeficientes son estadísticamente significativos en cinco países y tampoco en estos casos se aprecian diferencias sustantivas. Las tendencias de las cohortes son menos concluyentes cuando se trata de la edad al primer hijo. Las mujeres nacidas en los años setenta u ochenta no presentan diferencias estadísticamente significativas respecto de las nacidas en décadas anteriores, lo que ratifica el patrón de estabilidad registrado.

En el modelo 2 se añade la variable de años de escolaridad al modelo 1. Así, en este modelo se establecen años de estudio constantes. Para cada categoría de años de escolaridad, en las mujeres nacidas en las últimas décadas (es decir, en las de 1970 y 1980) se observa una propensión mayor de haber tenido la primera relación sexual, primera unión o primer hijo antes de los 18 años, que la de las mujeres nacidas en décadas anteriores (es decir, 1940 y 1950). Los coeficientes por cohortes son casi siempre estadísticamente significativos y muy superiores a 1. Esto indica que, independientemente de los años de escolaridad, las mujeres están adelantando su primera relación sexual, primera unión y primer hijo. Con respecto a la actividad sexual, para los mismos años de escolaridad, las mujeres colombianas nacidas en la década de 1980 tienen una propensión 9,4 veces mayor de haber tenido relaciones sexuales antes de los 18 años que las mujeres nacidas en la década de 1940.

De acuerdo con los resultados de los modelos 1 y 2, la estabilidad entre cohortes derivada del modelo 1 era el resultado de la expansión educativa, el cambio estructural que contribuye al retraso del calendario (es decir, a transiciones más tardías), mientras que el cambio de comportamiento en los grupos educacionales se orienta en la

dirección opuesta (es decir, a transiciones más tempranas). Lo anterior sugiere un proceso de "deflación" del impacto de los años de escolaridad a medida que se expande la educación. Para ilustrar este punto, en el modelo 3 se utiliza una clasificación alternativa de los años de estudio basado en cuartiles.

3.3.5. ¿Qué ocurre cuando se mide la educación en términos relativos dentro de cada cohorte?

En el modelo 3 el logro educativo de cada mujer se clasifica de acuerdo a su posición relativa dentro de su cohorte. Por tanto, una mujer con nueve años de escolaridad puede pertenecer a diferentes cuartiles en función de la cohorte en la que nació. Por ejemplo, una mujer dominicana con 7 años de educación pertenece al 25% de las mujeres más educadas si nació en la década de 1940 y al 25% de las menos educadas si nació en la década de 1980. Los resultados indican que los coeficientes por cohorte se acercan más a los obtenidos en el modelo 1, demostrando que no hay cambios significativos entre las cohortes cuando se utiliza una medida relativa de la educación en lugar de una medida absoluta, como en el modelo 2. En comparación con el modelo 1, con el modelo 3 se logra la ventaja de que captura el gradiente negativo de la variable absoluta de años de escolaridad. Con todo, los resultados del modelo 3 sugieren que los avances educativos entre las mujeres no han cambiado en forma dramática sus respectivos comportamientos reproductivos, sexuales y nupciales. Tal hallazgo es consistente con los argumentos de que la expansión educativa en América Latina no ha contribuido a la erradicación de las diferencias socioeconómicas entre grupos sociales.

Al respecto, en el estudio de Rodríguez (2008) se advertía sobre la deficiencia de la segmentación educativa como una medida efectiva de la evolución de la desigualdad, indicando que su poder diferenciador de la trayectoria educativa se ha devaluado, no porque se haya mitigado sino porque los umbrales de diferencias son más elevados. También se sugería el uso de medidas de segmentación social tales como cuartiles de alguna variable socioeconómica cuantitativa. En el presente trabajo se ha logrado captar este efecto sin renunciar a los años de escolaridad como variable de base ni recurrir a otra fuente de datos que permita contar con variables de ingreso o relacionadas al hogar.

3.3.6. ¿Se han producido cambios significativos en el tamaño ideal de la familia?

El tamaño ideal de la familia se puede emplear como una variable próxima a la fecundidad deseada de las mujeres, y la evolución en el tiempo del tamaño ideal como un indicador de cambio en las preferencias reproductivas. En las Encuestas de Demografía y Salud se pregunta a las mujeres sobre el número de hijos que desean tener. Las variaciones de estas respuestas entre cohortes podrían indicar un cambio en el contexto normativo de la fecundidad, por ejemplo, una preferencia por un número menor de hijos. Pero lo más importante es examinar si existen diferencias por nivel educativo. No es habitual analizar el número de hijos deseado según el nivel de educación. Además, la respuesta a esta cuestión es muy sensible a la edad y al número de hijos que las mujeres tienen en el momento de la entrevista, y ambas variables, edad y número de hijos, están estrechamente relacionadas con los años de escolarización.

Por esta razón, en el cuadro III-6 se registra el número de hijos deseados estandarizados por edad y número de hijos al momento de la entrevista en cada país. Los resultados son comparables por grupos educacionales y en el tiempo en cada país, y las diferencias entre países no son comparables. Las tendencias temporales en el tamaño ideal de la familia reflejan un modesto declive en las últimas décadas, que en ninguno de los países representó más de 0,8 hijos por mujer. En Bolivia se redujo 2,5 a 2,4 hijos por mujer de 1985 a 1989 y de 2005 a 2009, mientras que en Colombia disminuyó de 2,8 a 2,3 (de 1985 a 1989 y de 2010 a 2012), y en el caso del Perú, de 2,6 a 2,4 (de 1985 a 1989, de 1995 a 1999 y de 2010 a 2012) (véase el cuadro III-6).

Cuadro III-6. Hijos deseados de las mujeres, estandarizado por edad y número de hijos tenidos, según años de escolaridad, años de la entrevista y país.
(*En promedios*)

País	Año de Encuesta	Años de Escolaridad					Dif. 13años - <5
		Total	<5 años	6-8 años	9-12 años	>13 años	
Bolivia	1985-1989	2,5	2,4	2,6	2,7	2,9	0,5
	2005-2009	2,4	2,2	2,2	2,4	2,6	0,4
Brasil	1985-1989	2,6	2,6	2,6	2,5	2,5	-0,2
	1995-1999	2,4	2,4	2,3	2,4	2,3	-0,1
Colombia	1985-1989	2,8	2,8	2,6	2,6	1,7	-1,1
	2010-2012	2,3	2,3	2,2	2,2	2,3	0,0
Ecuador	1985-1989	3,0	3,1	3,0	2,8	2,7	-0,3
Guatemala	1985-1989	3,3	3,5	2,8	2,7	2,1	-1,4
	1995-1999	3,4	3,7	3,1	2,8	2,7	-1,0
Haití	1990-1994	3,2	3,3	3,1	3,0	2,2	-1,1
	2010-2012	2,8	2,9	2,8	2,7	2,8	-0,1
Honduras	2005-2009	3,0	3,1	2,9	2,7	2,6	-0,5
	2010-2012	2,9	3,1	2,9	2,6	2,7	-0,4
México	1985-1989	3,0	3,3	2,9	2,6	2,5	-0,8
Nicaragua	1995-1999	2,7	2,9	2,5	2,5	2,5	-0,5
	2000-2004	2,8	3,1	2,6	2,5	2,3	-0,8
Paraguay	1990-1994	3,9	4,1	3,8	3,6	3,6	-0,5
Perú	1985-1989	2,6	2,6	2,5	2,5	2,5	-0,1
	1995-1999	2,5	2,5	2,4	2,4	2,5	0,0
	2010-2012	2,4	2,4	2,3	2,3	2,4	0,0
Rep. Dominicana	1985-1989	3,4	3,4	3,4	3,3	3,5	0,1
	1995-1999	3,2	3,3	3,2	3,1	3,1	-0,1
	2005-2009	3,0	3,2	3,0	2,9	3,0	-0,3

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios.

No se aprecian diferencias significativas en los grupos educativos. En los casos del Perú y la República Dominicana no se registran variaciones según los años de escolaridad; en Colombia y Haití se observan diferencias más bien modestas por años de escolaridad; en México y Guatemala la brecha es de 1 hijo deseado al comparar en las mujeres con menor y mayor nivel de educación. En conjunto, los datos revelan que la tendencia en el tamaño ideal de la familia es relativamente homogénea en los grupos educativos y no presenta cambios significativos en las últimas décadas. Sin embargo, como se sabe, las tasas de fecundidad real son muy distintas de los niveles de fecundidad deseada, sobre todo en las mujeres con menor nivel de educación. Las prácticas anticonceptivas son fundamentales para comprender la brecha de la fecundidad deseada con la observada.

3.3.7. ¿Ha aumentado el uso de la anticoncepción entre las mujeres jóvenes?

Como se puede observar en el cuadro III-7, en el caso de las cohortes más recientes, menos del 30% de las mujeres madres a los 18 años había usado anticonceptivos antes de dar a luz su primer hijo (salvo en los casos de Brasil, Colombia y República Dominicana). También se aprecia que este porcentaje ha aumentado de modo importante entre cohortes, en especial en las nacidas después de la década de 1970, aunque su prevalencia dista todavía de ser mayoritaria. Dos tercios de las mujeres que fueron madres adolescentes llegaron a su primer embarazo sin haber utilizado algún método de prevención.

Cuadro III-7. Mujeres mayores de 20 años, que tuvieron su primer hijo antes de los 18 años, según si utilizaban anticoncepción antes del primer hijo, por Años de Escolaridad y cohorte de nacimiento. (*En porcentajes)*

País	Cohortes	Años de Educación				Total
		<5 años	6-8 años	9-12 años	>13 años	
Bolivia	1940s	0%	3%	0%	0%	0%
	1980s	8%	11%	21%	27%	14%
Brasil	1940s	5%	18%	17%	0%	7%
	1970s	38%	53%	58%	100%	45%
Colombia	1940s	2%	3%	10%	21%	2%
	1980s	30%	38%	43%	49%	38%
Rep. Dominicana	1940s	1%	1%	5%	0%	1%
	1980s	21%	31%	36%	45%	31%
Ecuador	1940s	1%	0%	5%	0%	1%
	1960s	1%	5%	5%	0%	4%
Guatemala	1940s	0%	1%	0%	0%	0%
	1970s	2%	5%	8%	0%	3%
Honduras	1950s	1%	2%	0%	0%	1%
	1980s	8%	18%	17%	30%	15%
Haití	1940s	0%	0%	0%	0%	0%
	1980s	7%	22%	10%	0%	11%
México	1940s	0%	0%	0%	0%	0%
	1960s	1%	5%	10%	0%	4%
Nicaragua	1940s	0%	0%	0%	0%	0%
	1980s	15%	20%	29%	0%	19%
Perú	1940s	2%	3%	4%	8%	2%
	1980s	18%	22%	38%	49%	28%
Paraguay	1940s	2%	3%	22%	0%	3%
	1970s	3%	7%	0%	0%	5%

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios.

Por nivel educativo, el uso de métodos anticonceptivos antes de tener el primer hijo es superior en las mujeres con estudios, incluso si solo se considera a aquellas que fueron madres antes de los 18 años. Sin embargo, dado el bajo número de mujeres en los grupos con educación superior que tienen dichas características, cualquier generalización sobre los datos debe hacerse con precaución.

A partir de un modelo de regresión logística se calculó la propensión (*odds ratio*) de haber usado en una ocasión algún tipo de método anticonceptivo por parte de las mujeres con 18 años al momento de la entrevista. Estos modelos controlan a través del nivel educativo de las mujeres, por si se han iniciado sexualmente y por si ya han tenido hijos. En el cuadro III-8 se pueden apreciar los resultados. El primer año de observación en cada país constituye el año de referencia de los datos. La propensión a usar anticonceptivos aumenta claramente en el tiempo, en forma independiente del nivel de escolaridad de las adolescentes, su exposición al riesgo de embarazo o su condición de madre adolescente. Así, por ejemplo, las mujeres colombianas con 18 años tenían una propensión 9,1 veces superior en 2005 y 16,2 mayor en 2010 de haber utilizado anticoncepción que sus pares de 1986. Crecimientos similares se observan en el Perú así como en el resto de los países. Estos resultados sugieren que el uso de la anticoncepción antes de tener el primer hijo ha aumentado en todos los grupos sociales.

Cuadro III-8. Propensión (*odds ratio*) de haber utilizado anticoncepción alguna vez, para mujeres de 18 años, según años de observación.

País	Años de Encuesta					
	1985-1989	1990-1994	1995-1999	2000-2004	2005-2009	2010-2012
Bolivia	1	2,0*	2,3*	3,3*	3,7*	-
Colombia	1	1,8	3,8*	6,6*	9,1*	16,2*
Rep. Dominicana	1	1,1	1,8*	2,9*	4,7*	-
Haití	-	1,0	1,8	1,6*	2,9*	-
Perú	1	1,7	3,2*	3,1*	9,2*	12,5*

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios. *sig<0,05.

Nota: El modelo controla por años de escolaridad, haber tenido hijos y relaciones sexuales.

3.4. Discusión

En este capítulo se ha examinado la evolución por cohortes del calendario de edad a la primera relación sexual, primera unión y primer hijo en 12 países de América Latina. En todos estos países se ha observado que la edad a la primera unión y al primer hijo no ha variado significativamente en las cohortes nacidas de 1940 a 1980. En cambio, sí se ha registrado un fuerte adelanto de la edad a la primera relación sexual. Todo esto ha sucedido en un período de gran expansión educativa, en que la proporción de mujeres con menos de cinco años de escolaridad se ha reducido a la mitad y el porcentaje de mujeres con nueve o más años de escolarización se ha multiplicado por dos en la mayoría de los países. La estabilidad en la edad a la primera unión y al primer hijo en un contexto de expansión educativa, sabiendo que las mujeres con más años de escolaridad forman pareja y tienen hijos más tarde que las mujeres con menos años de escolaridad, es una paradoja. En este trabajo se ha mostrado cómo la expansión educativa y el cambio de comportamiento dentro de los grupos educacionales han interactuado para mantener estables las edades a la primera unión y al primer hijo.

Los modelos de regresión logística han mostrado que el retraso esperado en la edad a la primera relación sexual, la formación de uniones y la maternidad debido a la expansión de la educación, ha sido en gran parte motivado por cambios en el comportamiento de los grupos educacionales al comparar cohortes. En cada nivel educativo, pero con más nitidez en las mujeres con educación secundaria o menos, aquellas nacidas en la década de 1980 formaron uniones y tuvieron hijos a una edad más temprana que las mujeres con la misma cantidad de años de escolarización nacidas 40 años antes.

Con este resultado, se plantearon tres nuevas preguntas: i) ¿son los años de escolaridad un buen indicador en términos absolutos para captar la posición social de las mujeres?; ii) ¿han cambiado las preferencias por el número de hijos en las cohortes más educadas respecto de las menos educadas y existen diferencias por nivel educacional dentro de una misma cohorte?, y iii) ¿cómo ha evolucionado el uso de la anticoncepción en edades jóvenes durante los últimos años?

En relación con la primera pregunta, los resultados indican que cuando se clasifica la educación de las mujeres en función de su posición relativa respecto a las mujeres de su misma cohorte, el comportamiento de los grupos educacionales no varía en el tiempo. Esto significa que la posición relativa es más coherente con la idea de estabilidad. Las mujeres situadas en el escalón más bajo de los niveles educativos se

comportan hoy tal como aquellas situadas en ese mismo escalón, pero nacidas cuatro décadas antes.

Tampoco se han constatado en este estudio cambios significativos en los niveles de fecundidad deseada, que se han mantenido estables en el tiempo y sin diferencias por nivel educativo. Estos resultados sugieren, como apuntaban Castro y Juárez (1995) con datos de la década de 1980, que las normas sociales en relación con la fecundidad persisten constantes en el tiempo y transversales en todos los grupos sociales.

Finalmente, la evidencia indica que el uso de anticonceptivos ha aumentado fuertemente en las últimas décadas. La propensión a usar o haber usado métodos anticonceptivos antes del primer hijo ha crecido en todos los grupos educacionales. Los datos más recientes de la última década indican que más de la mitad de las mujeres que fueron madres antes de los 18 años no había utilizado ningún método anticonceptivo antes de su primer hijo, hecho que explica la elevada fecundidad adolescente que caracteriza la región. Estos resultados sugieren que la alta fecundidad adolescente se encuentra estrechamente relacionada con un uso ineficiente de los métodos anticonceptivos, como argumenta Rodríguez (2008). Sin embargo, el aumento de la anticoncepción en el tiempo no sería tan coherente con la estabilidad en la edad al momento de tener el primer hijo. En otras palabras, la proporción de madres a edades jóvenes se mantiene estable, aunque cada vez son más las mujeres que han utilizado anticonceptivos antes de tener el primer hijo.

Los resultados expuestos cuestionan el uso de la educación como variable discriminatoria de los comportamientos nupciales y reproductivos de las mujeres. Si bien a nivel individual acumular años de escolaridad está relacionado positivamente con la edad de la unión y al primer hijo, a nivel poblacional estos años no son suficientes como para retrasar la edad media a la primera unión y al primer hijo. Esto debería motivar una reflexión sobre los mecanismos mediante los cuales la educación ejerce influencia en el comportamiento de las personas y también respecto a cómo esta puede alterar el orden de prioridades y redefinir las expectativas vitales de las personas. A pesar de su expansión casi universal, el sistema educativo no se ha transformado en un mecanismo de igualación de oportunidades en todos los grupos sociales, sino que sus resultados en términos de calidad y eficiencia se encuentran estrechamente relacionados al nivel socioeconómico y cultural de los hogares de origen. Futuras investigaciones deberían ahondar en el binomio de educación y posición social, así como en el papel que el contexto normativo desempeña en el calendario de la nupcialidad y la fecundidad en América Latina.

Apéndice AIII-1. Edades medianas a la primera relación sexual, primera unión y primer hijo de las mujeres, según cohorte de nacimiento y país, 1940 – 1980.

País	Primera relación sexual					Primera unión					Primer hijo				
	1940	1950	1960	1970	1980	1940	1950	1960	1970	1980	1940	1950	1960	1970	1980
Bolivia	18	18	18	18	18	20	20	20	20	21	21	21	21	21	21
Brasil	20	19	19	18	.	20	21	20	22	.	22	22	22	24	.
Colombia	19	19	19	18	.	20	21	21	21	.	21	21	22	21	.
Ecuador	17	19	18	19	.	21	20	20	20	.	21	21	20	21	.
Guatemala	18	18	18	18	.	19	18	18	19	.	20	20	19	20	.
Haití	18	18	18	18	17	20	20	20	20	21	22	22	21	22	23
Honduras	.	18	18	18	18	.	18	19	19	19	.	20	20	20	20
México	19	19	20	.	.	19	19	20	.	.	21	20	21	.	.
Nicaragua	18	17	17	17	18	18	18	18	18	18	19	19	19	19	20
Paraguay	19	19	18	18	.	20	21	20	.	.	21	21	21	.	.
Perú	18	18	18	19	18	20	21	21	21	22	21	21	21	22	23
República Dominicana	17	18	18	18	17	17	18	19	18	19	19	20	21	20	21

Fuente: Encuestas de Demografía y Salud, cálculos propios.

IV. COHABITACIÓN Y MATRIMONIOS EN VENEZUELA, 1971-2001: ¿CONTORNOS DILUIDOS?

En el marco del rápido aumento de la cohabitación en Venezuela durante la década de los 90 y su extensión a grupos sociales y territorios antes ajenos a este fenómeno, en este capítulo se examina la evolución de las diferencias entre matrimonio y cohabitación respecto al contexto familiar y las diferencias de género entre los cónyuges. Para el análisis se utilizaron muestras armonizadas de microdatos de los censos 1971, 1981, 1990 y 2001. Los resultados muestran que históricamente las parejas cohabitantes tenían una probabilidad mayor de formar un hogar nuclear y eran más asimétricas que las parejas casadas. Sin embargo, estas diferencias se han acortado y en 2001 ya no son significativas, principalmente al controlar el nivel educativo de las mujeres. Los datos sugieren que no es el tipo de unión en sí mismo, sino la estructura social de cohabitantes y casados lo que explica las diferencias por tipo de unión.

4.1. Introducción

Las uniones consensuales en Venezuela han aumentado considerablemente en las últimas décadas, especialmente desde 1990. En 2001 la unión consensual era prácticamente tan común como el matrimonio y las primeras estimaciones del censo 2011 la sitúan ligeramente por encima de los matrimonios: 53% de todas las uniones serían de tipo consensual (INE, 2012). Pero lo más revelador de este incremento es la diversificación en la composición de la población que decide unirse consensualmente. Si antes de 1990 las uniones consensuales tenían una presencia casi exclusiva entre la población menos educada y eran más frecuentes en los ámbitos rurales y las zonas urbanas más marginadas, llama la atención que en la actualidad la población posicionada en el otro extremo de la estratificación social también participa activamente en esta modalidad de convivencia. Entre 1990 y 2001, la proporción de mujeres universitarias de 25 a 29 años de edad en unión consensual aumentó en 14 puntos, pasando del 8% en 1990 al 22% en 2001. Entre la población con estudios

secundarios el incremento fue aún más notorio: del 24% al 49%. Asimismo, se constató que la unión consensual aumentó en todas las regiones del país sin excepción.

En este contexto de rápido aumento de la cohabitación y extensión a grupos sociales y territorios antes ajenos a este fenómeno, así como de fuerte expansión educativa y empoderamiento de la mujer, es de gran interés indagar cómo han evolucionado en el tiempo las diferencias entre uniones consensuales y matrimonios en relación con su naturaleza, composición y comportamiento sociodemográfico. Todo ello con el objetivo de dar luces sobre las implicaciones que este nuevo patrón nupcial pueda tener en el funcionamiento de las familias venezolanas. Estudios previos han mostrado cómo las diferencias entre matrimonios y uniones consensuales no son estáticas, sino que evolucionan conforme la importancia de la cohabitación aumenta en una sociedad y conforme el contexto social y territorial en el que surgen las uniones consensuales se asemeja al de los matrimonios. En un estudio reciente, Esteve, López y McCaa (2013) mostraron para América Latina cómo las diferencias en los niveles de homogamia educativa en matrimonios y uniones consensuales se iban diluyendo a medida que la cohabitación se extendía hacia grupos socioeducativos más elevados.

Varios estudios han abordado este tema para Venezuela y otros países de la región latinoamericana, en especial relacionados con la trayectoria nupcial y reproductiva de las mujeres (Di Brienza, 2008; Binstock & Cabella, 2011; Quilodrán, 2011; Castro T. , 2002). Esta literatura muestra que matrimonio y unión consensual siguen manteniendo distancia en sus respectivos calendarios nupciales, niveles de estabilidad conyugal, así como en la propensión a nuevas nupcias. Todavía hoy, la cohabitación se caracteriza por una edad de entrada a la unión más joven, una fecundidad mayor y más temprana, así como una inestabilidad superior de la que presentan los matrimonios, revelando así su naturaleza más vulnerable. Pero, ¿cómo han evolucionado estas diferencias en el tiempo? ¿Están disminuyendo las distancias? ¿Se están diluyendo los contornos?

En este capítulo se examina la evolución de las diferencias entre matrimonios y cohabitación en relación con el contexto familiar y las diferencias de género entre los cónyuges. Para ello se utilizan los microdatos de los censos de población de 1971 a 2001, que permiten el cruce de las características sociodemográficas de los miembros de las parejas. Fueron analizadas dos dimensiones específicas: primero, los arreglos familiares que se forman en el marco de cada modalidad nupcial y segundo, los patrones de simetría de género respecto a las diferencias de edad entre los cónyuges y la participación en la actividad económica de los mismos. Todo ello con la finalidad de observar si la extensión de la unión consensual hacia grupos sociales y territorios

antaño exclusivos del matrimonio ha contribuido a exacerbar las distancias entre los tipos de unión o por el contrario, está diluyendo los contornos que históricamente las han diferenciado. Además, se examina si las diferencias entre matrimonios y uniones consensuales se mantienen cuando se controla por el origen social de los cónyuges, en este caso, por el nivel educativo. En otras palabras, se analiza en qué medida las diferencias entre cohabitación y matrimonio eran el producto de diferencias educativas de sus miembros o era el tipo de unión en si mismo lo que generaba esas discrepancias.

En este trabajo se documentan las tendencias de la cohabitación en Venezuela en el periodo 1971 a 2001, a fin de evidenciar el proceso de expansión que ha tenido la cohabitación en todas las capas de la población. Además, se presentan las diferencias entre matrimonios y cohabitación por nivel educativo en cuanto al contexto familiar y diferencias de edad y actividad económica de los cónyuges y posteriormente se refieren las principales conclusiones y hallazgos de este estudio.

4.2. Consideraciones previas sobre los datos

Los datos utilizados en este trabajo provienen de las muestras armonizadas de microdatos de las rondas censales de Venezuela 1971, 1981, 1990 y 2001, puestas a disposición por el proyecto IPUMS-I *International Integrated Public Use* (Minnesota Population Center, 2011). Las muestras corresponden al 10% de los datos totales en cada año.

Aunque en una primera etapa exploratoria se consideró al conjunto de mujeres unidas en edad reproductiva (15 a 49 años), finalmente el análisis se limitó a aquellas mujeres unidas (por consenso o matrimonio) con edades entre 25 y 29 años con la finalidad de reducir el efecto que la disolución de las uniones pueda tener sobre los resultados. Asimismo se considera que en este grupo de edad la gran mayoría de las mujeres han completado su periodo de formación y más de 75% se ha emparejado alguna vez. Se trata, por tanto, de un grupo de edad muy representativo para analizar los cambios en la formación de la pareja, permitiendo que este grupo tenga una amplia representatividad.

Todos los censos de Venezuela utilizados en el análisis incluyeron una pregunta sobre cohabitación. La estrategia utilizada es la de incluir la opción cohabitación en la pregunta sobre estado civil, siendo esta la fórmula empleada en la gran mayoría de censos de América Latina desde los años 1950.

El nivel educativo es el que reportan las mujeres y sus parejas en el momento de censarse y no el del momento de emparejarse. Al respecto, estudios como el de Esteve y Cortina (2005) concluyen que la variación del logro educativo entre un momento y otro es mínima, asumiendo el supuesto que la escolarización suele finalizar por lo general antes de la entrada en unión. Se ha clasificado a la población en cinco grupos según los años de escolaridad: 'Ninguno', 'menos de 5', de '6 a 8', de '9 a 12'y '13 o más'.

Sobre la base de las parejas seleccionadas, aquellas en las que la mujer tiene entre 25 y 29 años de edad, se calculó el resto de variables. Primero, una variable sobre el tipo de hogar, distinguiendo entre hogares nucleares o extensos. Los hogares nucleares son aquellos en los que existe un sólo núcleo (o pareja) con o sin hijos. Los hogares extensos son aquellos en los que la pareja corresponde con otros núcleos o familiares, por ejemplo padres, suegros, hermanos, etc. Gracias a las relaciones de parentesco entre los miembros del hogar es posible establecer el tipo de hogar en el que reside la pareja en cuestión. En segundo lugar, se consideran dos variables sobre las diferencias de género: la diferencia de edad entre cónyuges y la relación con la actividad económica de los mismos. Conocida la relación de parentesco entre los miembros del hogar, es posible asignar mutuamente características de un cónyuge con otro, siempre y cuando el cónyuge esté presente en el hogar. Las mujeres que se declararon casadas o cohabitantes cuyo cónyuge no residía en el hogar fueron descartadas. Esto afecta entre 7% y 11% del total de parejas según el año.

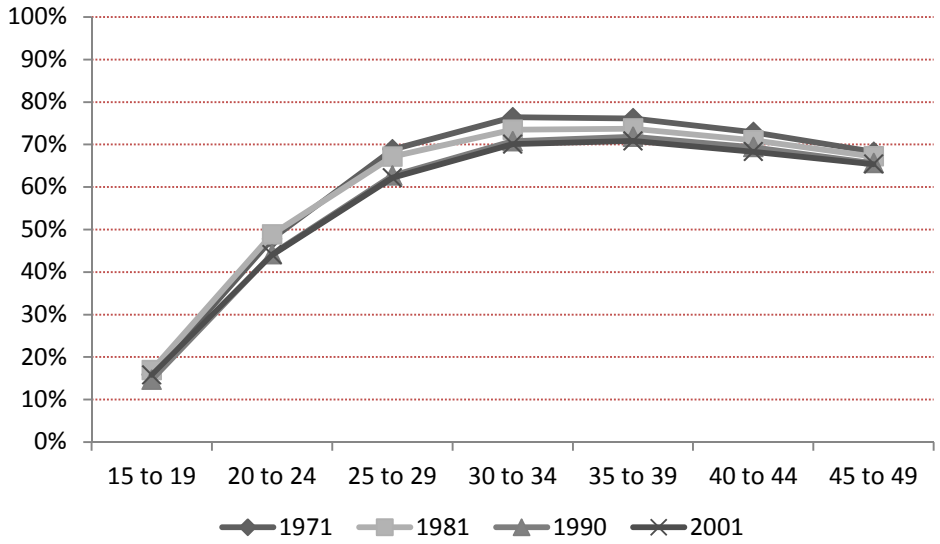
Además del análisis descriptivo de cada una de las variables consideradas en este trabajo se aplicaron modelos de regresión logística para identificar cómo estas variables influyen en las tendencias a la nuclearización de los hogares de las parejas estudiadas así como en sus patrones de biactividad económica. Además de determinar la existencia o ausencia de relación entre variables independientes cuantitativas y/o cualitativas con una variable dependiente de tipo dicotómica, los modelos de regresión logística permiten controlar el efecto de la estructura de las poblaciones así como facilitar el control de distintas variables al mismo tiempo (modelos bivariados). Igualmente esta técnica mide la magnitud de las relaciones encontradas y puede predecir la probabilidad de que un individuo tenga un determinado comportamiento o pase por un determinado evento en función de sus características individuales (Jovell, 1995).

4.3. Evolución de las uniones consensuales en Venezuela, 1971-2001.

En Venezuela más de la mitad de las mujeres entre 15 y 49 años suelen estar unidas. La proporción de mujeres unidas aumenta de manera notable a partir de los 20 años cuando supera el 40%, en tanto entre la población de 15 a 19, esta proporción se sitúa cerca del 16%. El gráfico IV-1 muestra la proporción de mujeres unidas por grupos de edad en Venezuela según datos de los censos de 1971 a 2001.

Los datos del gráfico IV-1 revelan una fuerte estabilidad en el tiempo de los niveles de unión por edad, lo que sugiere que ha habido pocos cambios en el calendario de entrada a la unión en las mujeres venezolanas entre 1971 y 2001. Sin embargo la naturaleza de la unión es lo que ha variado sustancialmente en estos años y especialmente a partir de 1990.

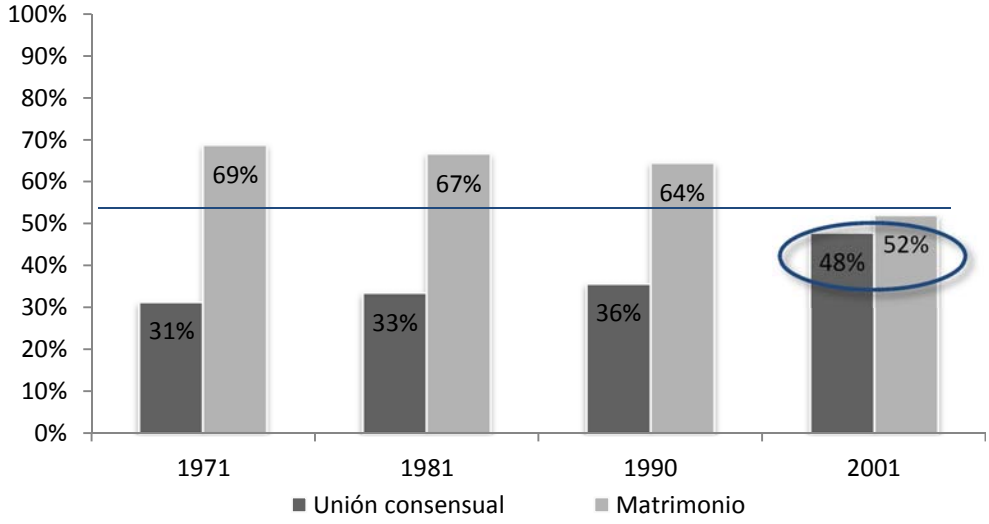
Gráfico IV-1. Porcentaje de mujeres unidas respecto al total de mujeres de 15 a 49 años, por grupos de edad y año censal. Venezuela, 1971-2001.



Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

El gráfico IV-2 muestra la proporción de mujeres que estaban unidas en matrimonio y en cohabitación para los censos de 1971, 1981, 1990 y 2001. En 1971 el 69% de las mujeres unidas estaba casada. Este porcentaje disminuyó hasta 64% en 1990. Sin embargo entre 1990 y 2001 matrimonios y uniones consensuales tienen casi el mismo peso, y según el avance de resultados del censo de 2011, las cohabitaciones ya superan a los matrimonios con un 53% sobre el total de mujeres unidas mayores de 15 años (INE, 2012). Estos resultados ponen de manifiesto un cambio importante en las preferencias de la población respecto a la manera en que deciden hacer vida en pareja, desligándose cada vez más de la formalidad de la unión matrimonial.

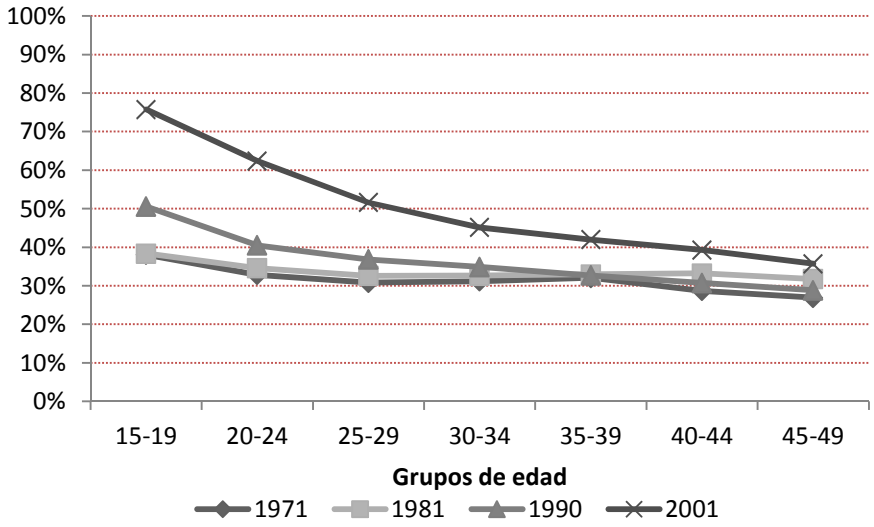
Gráfico IV-2. Evolución de las uniones consensuales y matrimonios. Porcentaje del total de mujeres unidas de 15 a 49 años. Censos 1971-2001.



Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

El aumento de la cohabitación se ha dado en todas las edades, pero sobretodo entre las más jóvenes. En 2001 más de la mitad de las uniones en las mujeres de 15 a 29 años eran uniones consensuales. Y entre aquellas de 30 a 39 años los valores superaban el 40%, cuando en las décadas anteriores alcanzaban apenas el 30%. En el resto de edades, el aumento entre 1990 y 2001 es más discreto pero cercano a los 9 puntos porcentuales (gráfico IV-3).

Gráfico IV-3. Porcentaje de mujeres en unión consensual, del total de unidas por grupos de edad. Censos 1971 – 2001.



Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

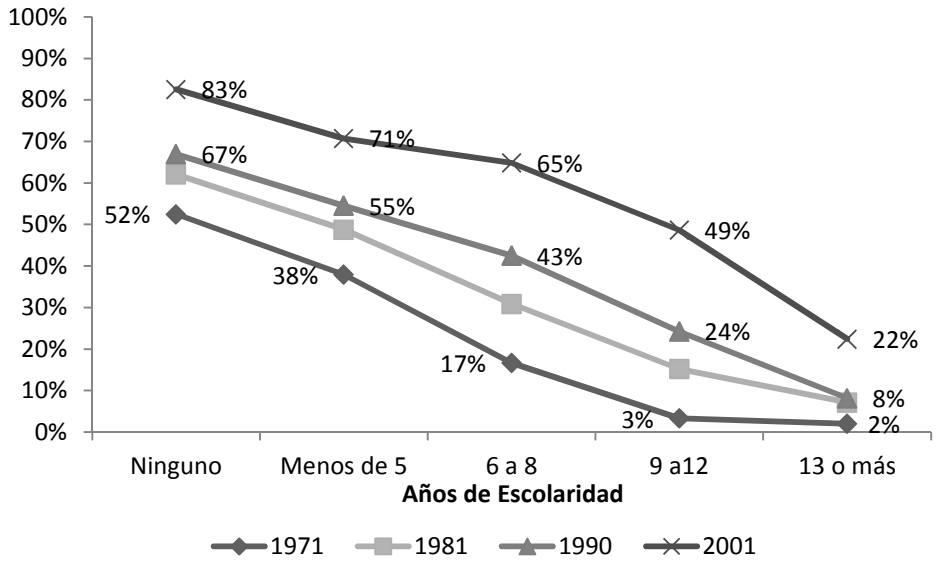
Los cambios observados dan cuenta de dos elementos fundamentales ya mencionados por Di Brienza (2008): por un lado, la intensificación de la uniones consensuales entre las mujeres jóvenes, fruto de un cambio generacional que arranca en los años 80s pero se intensifica a partir de los años 90s y por el otro, el aumento de este tipo de uniones en las edades más avanzadas que probablemente reflejan segundas uniones que optan por la cohabitación y no el matrimonio. La pauta por edad observada debe interpretarse en clave generacional. Por ejemplo, el nivel de unión consensual entre las mujeres que tenían de 20 a 24 años en 1990 es ligeramente inferior al de esas mismas mujeres 10 años más tarde cuando tienen entre 30 y 34 años en 2001. Por tanto, si se unen las edades de una misma cohorte se observa que el perfil por edad es distinto al patrón observado en transversal. Esto significa básicamente un cambio generacional determinado en gran medida por el grado de institucionalización de la unión consensual cuando las distintas generaciones representadas en el gráfico entraron mayoritariamente en pareja, es decir, entre los 20 y 34 años de edad.

4.3.1. Nivel educativo

Existe abundante literatura en América Latina sobre la relación entre el nivel socioeconómico de la población y el tipo de unión que decide formar: a mayor estatus social –medido a través del logro educativo- mayor probabilidad de matrimonio (Rodríguez-Vignoli J. , 2005; Di Brienza, 2008; Quilodrán, 2011). Venezuela no es una excepción a esta premisa. No obstante, lo que llama la atención es el crecimiento de la unión consensual en los grupos más educados en las últimas décadas.

El gráfico IV-4 muestra la proporción de mujeres de 25 a 29 años que cohabitan según su nivel educativo. Los datos muestran que la cohabitación es la modalidad de unión más común en los sectores menos educados de la población. En 1971 poco más de la mitad de las mujeres no escolarizadas cohabitaban y en 2001 esta proporción superaba el 80%. Entre aquellas con primaria incompleta (menos de 5 años de escolaridad) la diferencia en este periodo es también de 30 puntos porcentuales hasta alcanzar el 71% para 2001.

Gráfico IV-4. Porcentaje de uniones consensuales, del total de mujeres unidas de 25 a 29 años por Años de Escolaridad. Censos 1971-2001.



Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

Sin embargo, los incrementos más extraordinarios se dan entre las mujeres con más de 6 años de educación y particularmente entre las bachilleres (de 9 a 12 años de escolaridad) y las universitarias. Aquellas con 6 a 8 años de estudios aumentaron sus niveles de cohabitación en 2001 tres veces respecto a su valor en 1971. Este crecimiento fue de 15 veces para aquellas con secundaria aprobada y de 10 veces para las universitarias. De nuevo resalta el hecho de que las mayores variaciones se dan entre 1990 y 2001. Todo ello en un contexto de fuerte expansión educativa, en el que la población femenina con secundaria o más creció de 9% a 47% entre 1971 y 2001. Conocida la relación que existía entre el nivel educativo y la cohabitación, era de suponer que de haberse mantenido constante en estos años, la unión consensual hubiera disminuido. Pero ha ocurrido todo lo contrario. Como apuntan Esteve, Lesthaeghe y López (2012), cambios en los valores, la pérdida de influencia de la iglesia y el reconocimiento legal de las uniones consensuales, habrían contribuido a su expansión.

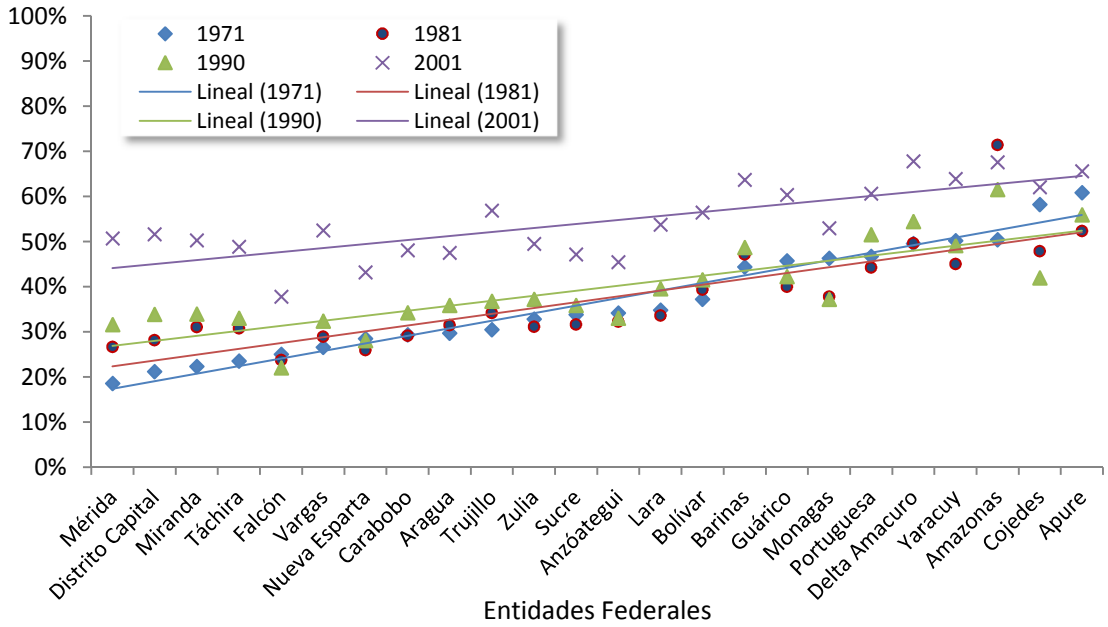
4.3.2. Distribución en el territorio

Otra manera de aproximarse a la caracterización de las tendencias de la cohabitación es distinguir por su distribución en el territorio. De acuerdo con los planteamientos más comunes de la literatura sobre el tema, en aquellas zonas menos urbanizadas, con

mayor presencia indígena e incluso más deprimidas económicamente, es más probable que haya niveles elevados de uniones consensuales (Arriagada, 2002; Rodríguez, 2005; Di Brienza, 2010; Quilodrán, 2011).

El gráfico IV-5 muestra los niveles de cohabitación entre las mujeres unidas de 25 a 29 años según su entidad federal de residencia entre 1971 y 2001. Las entidades están ordenadas de menor a mayor de acuerdo con sus valores de uniones consensuales en 1971, lo que permite apreciar cómo evolucionan a lo largo de las décadas analizadas. Asimismo, se agrega una línea de tendencia para cada año que ayuda a visualizar el aumento general de la cohabitación a lo largo y ancho de todo el territorio nacional, incluso en aquellas regiones donde los niveles eran tradicionalmente bajos. Los incrementos más significativos se han dado en los territorios que poseían los menores niveles en 1971, tales como Mérida, Distrito Capital, Miranda, Trujillo y Táchira.

Gráfico IV-5. Porcentaje de uniones consensuales, del total de mujeres unidas de 25 a 29 años por Entidad Federal de residencia. Censos 1971-2001.



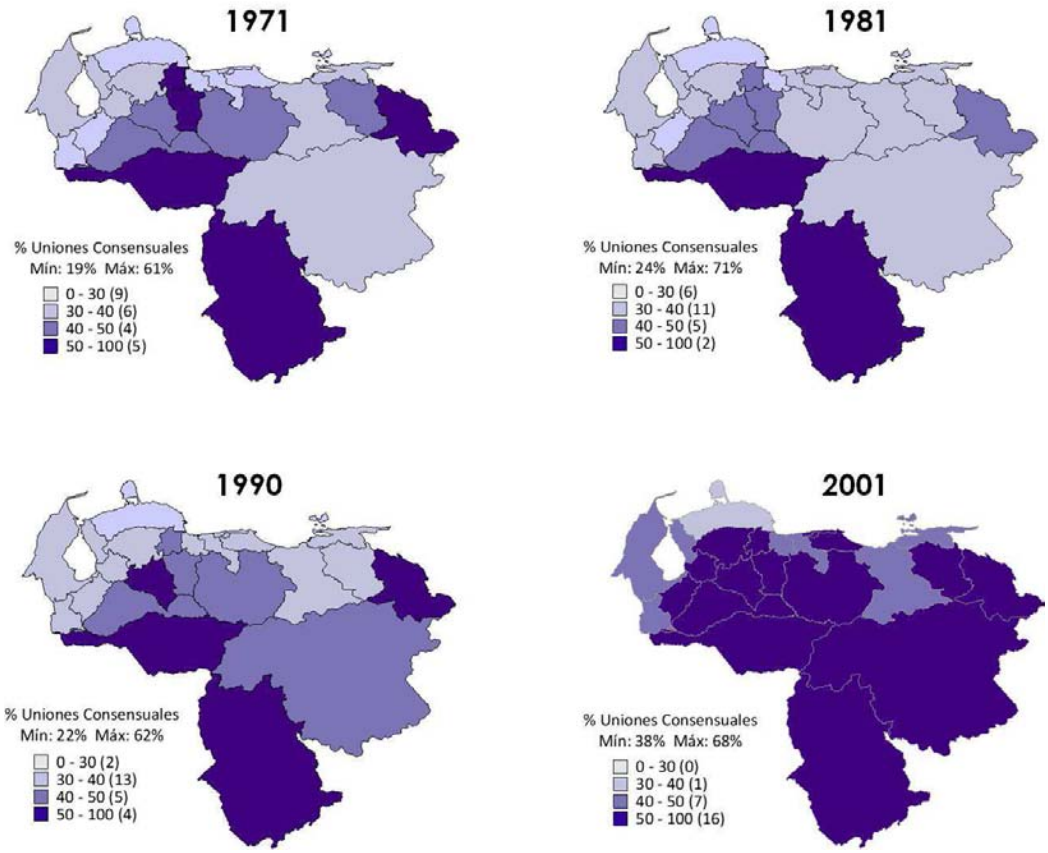
Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

La Figura IV-1 muestra cuatro mapas de Venezuela por entidad federal en los que se representa la proporción de mujeres de 25 a 29 años que cohabitan sobre el total de mujeres unidas para los cuatro censos de los que se dispone de información. En 1971 sólo cinco de las entidades federales de Venezuela contaban con más de 50% de uniones consensuales entre el total de mujeres unidas de 25 a 29 años, mientras que en 2001 ya eran 16 de los 24 estados que superaban estos valores. En 2001 ya no había

ninguna entidad con niveles de cohabitación por debajo del 30%. A excepción de Falcón, todas las entidades superaban el 40% en 2001, incluso aquellas entidades con los niveles más bajos en 1971.

La distribución de la cohabitación en el territorio permite identificar aquellas entidades en las que hay una presencia más fuerte de este tipo de unión ya en 1971. Se trataría de las regiones donde la unión consensual tiene un carácter histórico y de corte tradicional. Al mismo tiempo podemos identificar aquellas regiones donde el fenómeno constituye un patrón nupcial más reciente y hipotéticamente relacionado con un esquema de valores de corte 'moderno'. En función de este razonamiento es posible clasificar a las entidades en 4 grupos diferenciados por su nivel de cohabitación en 1971, para el grupo de mujeres de 25 a 29 años.

Mapas IV-1. Venezuela. Evolución del porcentaje de cohabitación, del total de mujeres unidas de 25 a 29 años por entidad federal. Censos 1971-2001.



Fuente: elaboración propia a partir de IPUMS-International.

A fin de comprender los contextos y orígenes de este tipo de cohabitación se presentan algunas características físicas, económicas y sociales de estos grupos estatales, haciendo especial énfasis en indicadores que den cuenta de la evolución de cada entidad en su proceso de desarrollo económico y social, así como de su perfil demográfico. Los indicadores a considerar son el Índice de Desarrollo Humano (IDH) 2001 y la etapa de transición demográfica en la que se encontraban en 2001[11].

a) *Entidades con más de 50% de cohabitación en 1971: Amazonas, Apure, Delta Amacuro, Cojedes y Yaracuy.*

Amazonas y Apure conforman la región sur de Venezuela. Aunque esta región representa el 28% del territorio nacional, su superficie sólo alberga un 2,3% de la población total, lo que implica una densidad poblacional de 2,4 habitantes por km^2 para el año 2001. Delta Amacuro por su parte, aunque se ubica en la región nor-oriental, comparte con la región sur sus bajos niveles de desarrollo, alta proporción de población rural y una actividad económica industrial poco diversificada. Estas tres entidades presentan los índices más bajos de desarrollo humano del país en 2001, además de ubicarse en la fase moderada de la transición demográfica con altas tasas de natalidad (entre 26 y 36 por mil) y niveles moderados de mortalidad (de 6 a 10 por mil). Es de destacar que Amazonas y Delta Amacuro cuentan con la mayor proporción de población indígena en su territorio (52% y 25% según censo 2011). Por su parte, en 2001 tales entidades presentan los mayores grados de cohabitación en el país, situándose por encima del 65%, mientras que en 1971 su nivel era del 50%; Apure para ese año tenía un nivel de 61%, en tanto al 2001 es del 66%.

Yaracuy y Cojedes se ubican en la región centro occidental del país. Alrededor del 20% de su población es rural. Para el 2001 tenían un IDH alrededor de 0,69 lo que se considera bajo. Sus tasas de fecundidad moderadas entre 22 y 26 por mil, así como tasas de mortalidad menores a las 6 por mil, las posicionan para esa fecha en plena transición demográfica. Sus niveles de cohabitación en 1971 eran del 50% y 58%, y al 2001 continúan siendo de los más elevados del país con 62% y 64% sobre el total de uniones, respectivamente.

[11] En función de la tipología propuesta por CELADE donde se clasifican a los países de la región latinoamericana según la etapa de la transición demográfica en la que se encontraban para el periodo 1990-95, Freitez (2003) agrupa las entidades federales de Venezuela en sus etapas de transición demográfica, considerando el nivel de la tasa global de fecundidad y la tasa de mortalidad de cada uno en el 2001. Tal agrupación es la referida en este trabajo.

b) *Entidades con niveles medio-altos (40-50%) de cohabitación en 1971: Barinas, Portuguesa, Guárico y Monagas.*

En este renglón se encuentran los estados Barinas, Portuguesa y Guárico, ubicados en los llanos venezolanos, caracterizados por su alta dependencia de la producción agropecuaria; así como Monagas situado en el oriente del país, región destacada por una intensa actividad petrolera.

Barinas constituye la cuarta y última entidad de Venezuela cuyos niveles altos de fecundidad y medios de mortalidad la ubican en la fase moderada de la transición demográfica al 2001. En conjunto con Portuguesa presenta niveles bajos de desarrollo humano y una proporción de población rural entre 23% y 28% al 2011. Guárico tiene un IDH medio al igual que Monagas, y estas dos entidades junto a Portuguesa se ubican en el 2001 en plena etapa de la transición demográfica.

Esta región llanera concentra el 9% de la población del país aunque su territorio abarca el 12% del total nacional. La densidad poblacional de estos estados varía desde 10hab/km² en Guárico a 48hab/km² en Portuguesa. Al 2001, Monagas tiene niveles de cohabitación del 53%, en tanto Barinas, Portuguesa y Guárico presentan valores más altos entre el 60% y 64%.

c) *Entidades con presencia media baja (30-40%) de cohabitación; Zulia, Trujillo, Lara, Sucre, Anzoátegui y Bolívar*

En este grupo se encuentran Zulia, entidad limítrofe de Colombia, de alta producción agrícola, líder de la explotación petrolera del país, y cuya capital es una de las más pobladas de la nación, sólo el territorio de esta entidad reúne el 13% de la población nacional; Trujillo, ubicada en la cordillera oriental de Los Andes y de gran potencial agrícola; Lara de la región occidental, constituida como un gran centro comercial, agrícola y de servicios del país; y los estados Sucre, Anzoátegui y Bolívar de la región oriental, donde en particular los dos últimos basan su actividad económica en la producción petrolera, la siderurgia y el comercio.

Ya en este grupo los niveles más elevados de desarrollo social, los avances en los procesos de urbanización, así como la diversificación de la economía comienzan a hacerse evidentes. Sólo dos de estas entidades presentaban al 2001 índices de desarrollo humano considerados bajos: Sucre y Trujillo. Las entidades restantes presentan índices medio-altos, y todas a excepción de Lara, se encuentran en plena fase de transición demográfica. Lara sin embargo, ya presenta una tasa bruta de natalidad por debajo de las 22 por mil, lo que la coloca en la fase avanzada de la transición.

d) *Entidades con menos de 30% de cohabitación en 1971: Mérida, Táchira, Distrito Capital, Miranda, Carabobo, Aragua, Vargas, Nueva Esparta y Falcón.*

En este grupo se concentra la mayoría de las entidades (9 de 24). Está conformado por dos estados de la cordillera andina (Mérida y Táchira), cinco de la zona centro-norte (Distrito Capital, Miranda, Carabobo, Aragua y Vargas[12]), un estado insular (Nueva Esparta) y uno norte costero (Falcón).

La región centro-norte a pesar de tener poco territorio concentra la mayor parte de la población del país, contiene las principales ciudades, incluyendo la capital, y por tanto es una de las más urbanizadas y más desarrolladas en el sector industrial y de servicios. Su área representa apenas el 2,4% del territorio nacional, pero reúne el 33% de la población total, contando con una densidad poblacional de 411 habitantes por km^2. Distrito Capital y Miranda, en cuyos municipios se ubica el Área Metropolitana de Caracas, tienen los valores de desarrollo humano más altos del país, en tanto Carabobo, Aragua y Vargas tienen valores medio-altos. En esta región todas las entidades se encuentran en una fase avanzada de la transición demográfica. No es de extrañar que en esta región haya habido tradicionalmente una preferencia mayoritaria a la unión matrimonial.

Respecto a los estados andinos –o montañosos-, estos destacan por protagonizar importantes flujos migratorios desde y hacia Colombia, además de caracterizarse por tener tradicionalmente un calendario nupcial tardío a pesar que sus niveles de desarrollo económico y social no alcanzan a los logrados por la región centro norte del país (Chen y Picouet, 1979 en Di Brienza, 2008). Al 2001 presentan un IDH medio y en particular Mérida una tasa de natalidad entre 22 y 26 por mil lo que la ubica en la etapa moderada de la transición, por su parte Táchira una entidad más industrializada, se ubica en la etapa avanzada. Nueva Esparta constituye el estado insular de Venezuela, en donde los sectores turismo y comercio tienen un importante impacto en su actividad económica. Su IDH es alto, y se encuentra en la fase avanzada de la transición demográfica. Por último, Falcón ubicada en la zona occidental, es sede de las dos refinerías de petróleo más grandes de América Latina (Amuay y Cardón). Al 2001 presentaba un IDH medio y estaba en plena fase de la transición.

Esta clasificación evidencia claramente cómo los modelos de nupcialidad históricamente registrados por cada grupo de estados son reflejo de una serie de factores asociados tanto a las particularidades culturales de cada región, como a la

[12] Vargas se establece como entidad en el año 1998. Para los años anteriores constituía uno de los municipios del Distrito Capital, hasta entonces denominado Distrito Federal.

evolución de sus niveles de desarrollo económico y social, elementos que además influyen en su proceso de transición demográfica.

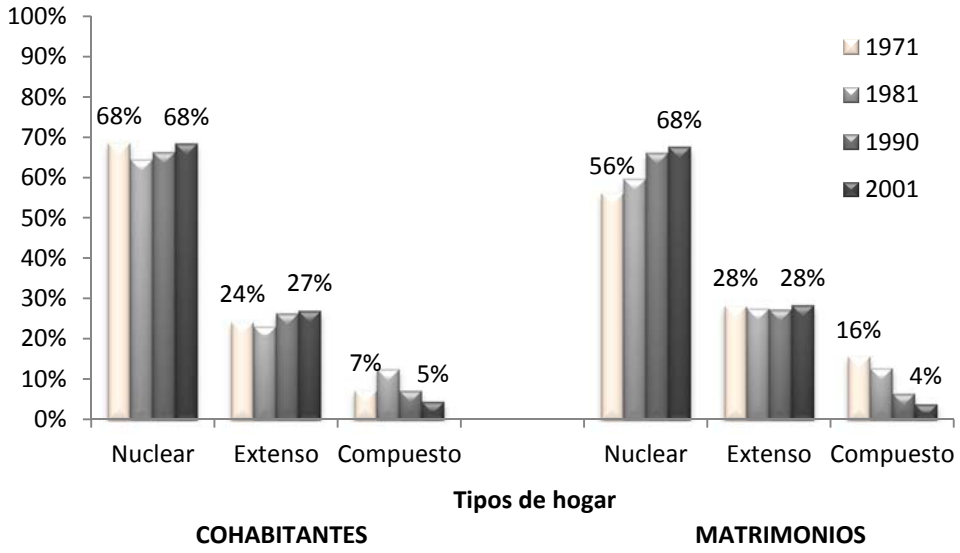
Sin embargo, queda claro que a pesar que las distintas entidades federales del país siguen presentando en la actualidad contrastes importantes en sus niveles y modos de vida, la población en todo el territorio poco a poco tiende a converger en cuanto a su comportamiento nupcial. Qué elementos caracterizaron en el pasado y caracterizan ahora a este tipo de unión frente a los matrimonios son cuestiones que se abordan en el siguiente apartado.

4.4. Diferencias entre cohabitación y matrimonios, 1971-2001

4.4.1. Tipología de los hogares

En este apartado se analizan las diferencias entre mujeres casadas y mujeres cohabitantes respecto a una serie de dimensiones que se consideran apropiadas para entender las diferencias entre ambos tipos de unión. Se inicia por el contexto familiar de estas mujeres. El gráfico IV-6 muestra la distribución de las mujeres cohabitantes y casadas en función del tipo de hogar en el que habitan.

Gráfico IV-6. Mujeres unidas de 25 a 29 años según hogar que conforman, por tipo de unión. Distribución porcentual. Censos 1971-2001.



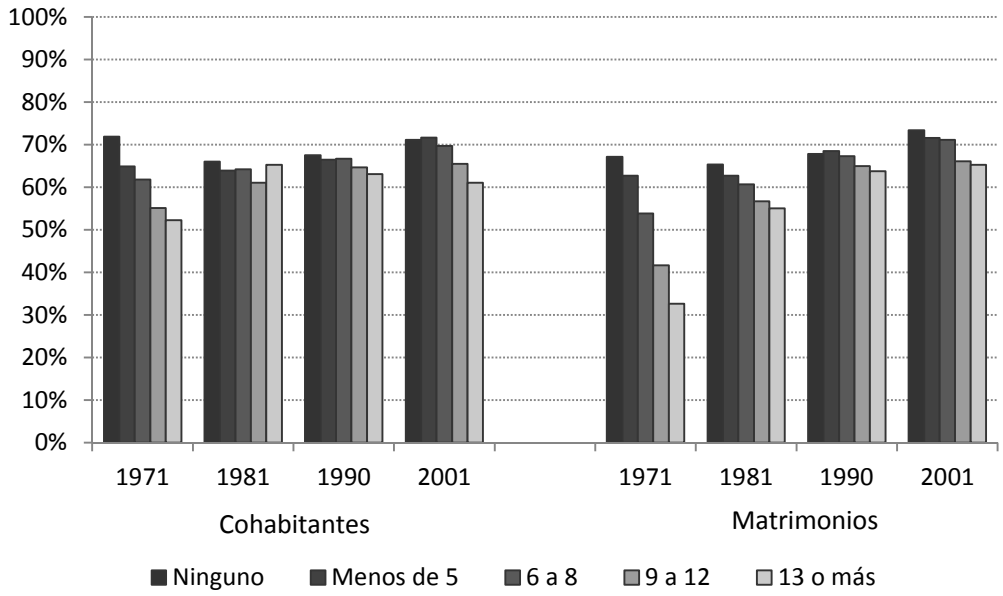
Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

Con independencia del tipo de unión, más de la mitad de las parejas viven en un hogar nuclear, formado por un solo núcleo conyugal con o sin hijos corresidentes. El porcentaje de mujeres cohabitantes que residen en hogares nucleares es cercano al 70% en todos los censos y se mantiene relativamente estable en el tiempo. Entre las mujeres casadas, el porcentaje crece del 56% al 68%. En los años 70, las mujeres cohabitantes solían vivir en hogares nucleares en una proporción mayor que las casadas. En cambio, la proporción de mujeres casadas que residían en hogares extensos o compuestos era ligeramente superior a la de las cohabitantes. En los dos primeros censos la diferencia entre cohabitantes y casadas estribaba en la mayor tendencia de las últimas a residir en hogares compuestos. Los hogares compuestos son aquellos en los que existe la presencia de algún no familiar en el hogar.

En contra de las expectativas iniciales, es la tendencia a la nuclearización de los matrimonios la principal razón por la que se acortan las diferencias entre las mujeres casadas y cohabitantes. Este recorte está causado principalmente por el menor peso de los hogares compuestos. Destaca también que alrededor de una de cada tres mujeres reside en hogares extensos, lo que normalmente conlleva la presencia de los padres o suegros en el hogar.

Al examinar estos mismos datos por nivel educativo de la mujer (ver gráfico IV-7), se observa que las mujeres más educadas tienen una probabilidad menor de residir en un hogar nuclear, con independencia del tipo de unión y del año. A mayor educación, mayor probabilidad de residir en un hogar extenso o compuesto. Un resultado contrario a la idea de que las personas más educadas y con un nivel socioeconómico más elevado tienen más recursos para formar hogares independientes. Esta situación podría ser debida a factores de orden económico y demográfico. Por un lado, las familias más acomodadas dispondrían de mayores recursos económicos para mantener una familia extensa. Por otro están los factores demográficos. Una mayor esperanza de vida entre las poblaciones más acomodadas, aumenta la probabilidad de convivencia de diferentes generaciones en un mismo hogar. Si las mujeres más educadas pertenecen a familias menos numerosas, es decir, con menos hermanos, esto aumenta las posibilidades de corresidir con los padres comparado con aquellas familias más numerosas.

Gráfico IV-7. Porcentaje de mujeres unidas de 25 a 29 años que forman un hogar nuclear, según años de escolaridad, por año censal y tipo de unión.



Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

Las diferencias por nivel educativo eran más marcadas en 1971 que en 2001, especialmente entre la población casada. En 1971, tener estudios universitarios era un indicador de posición social elevada, mientras que en 2001 gracias a la expansión educativa, los estudios universitarios y la posición social no estaban tan directamente relacionados.

Si bien en ambos tipos de unión hay una tendencia creciente de las más educadas a estar en un hogar nuclear, pues pasan de 52% en 1971 a 61% en 2001 entre las cohabitantes, y de 33% a 65% entre las casadas; en comparación con los otros grupos con menos años de escolaridad estos niveles siguen siendo relativamente más bajos, al presentar aún una diferencia entre 8 y 10 puntos porcentuales respecto a las mujeres sin logros educativos en 2001. Las diferencias más marcadas se hallan entre los matrimonios, pues las mujeres casadas más educadas son las que menores niveles de residencia en familias nucleares tenían en el pasado.

Con el objetivo de analizar qué variables están influyendo en la tendencia a la nuclearización de los hogares de las parejas en Venezuela, se recurrió a los modelos de regresión logística como una herramienta de estandarización multivariable. En ningún caso se pretende con estos modelos establecer una relación causa efecto entre las variables. En concreto se crearon tres modelos. El primero incluye las variables tipo de unión y año de observación. El segundo añade el nivel educativo de la mujer y la

entidad de residencia, esta última clasificada según el nivel de cohabitación en 1971. Finalmente, en el tercer modelo se hace una interacción de las variables tipo de unión y año censal con el propósito de observar si la diferencia entre matrimonio y cohabitación varía en el tiempo.

Los resultados del cuadro IV-1 aclaran lo observado en el análisis descriptivo previo. El modelo 1 muestra que la propensión de las mujeres cohabitantes de residir en un hogar nuclear es 13% más elevada que la propensión que tienen las casadas de residir en este tipo de hogar. Asimismo se observa una tendencia a la nuclearización en el tiempo. En 2001 la propensión de formar un hogar nuclear es un 38% más elevada que la de 1971.

En cuanto a la variable escolaridad, el modelo 2 confirma el hecho de que a mayor nivel educativo de la mujer disminuye el riesgo de residir en un hogar nuclear. Una mujer con estudios de primaria (6 a 8 años de escolaridad) tiene un 25% menos probabilidad de formar un hogar nuclear que una sin escolaridad, mientras que si la mujer es universitaria el valor es de 40%.

Por su parte, el tipo de entidad de residencia también está relacionada con el tipo de hogar. Las mujeres que residían en entidades con niveles de cohabitación por debajo del 30% en los años 70s, tienen un riesgo menor de residir en un hogar nuclear comparado con las mujeres que residían en entidades con niveles de cohabitación más elevados. Es de destacar asimismo que al controlar por la estructura educativa y territorial de las uniones, las diferencias según la tipología de la unión dejan de ser significativas.

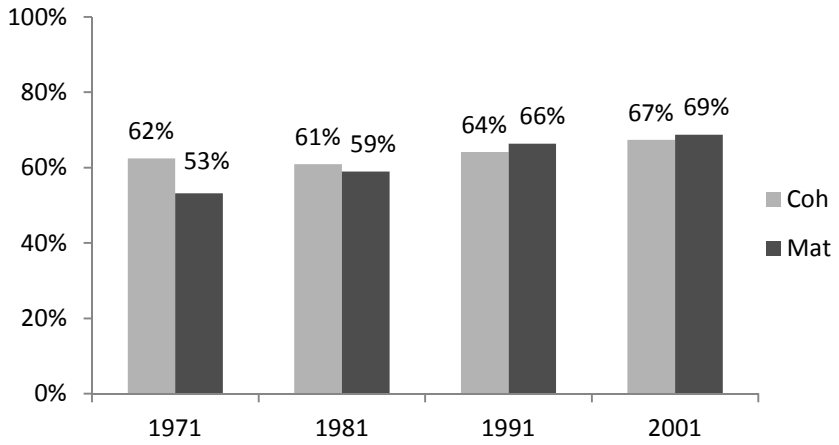
Cuadro IV-1. Propensión (*odd ratios)* de estar en un hogar nuclear.
Mujeres unidas de 25 a 29 años.
(Parámetros estimados de tres modelos de regresión logística)

Variables	1 Exp(B)	2 Exp(B)	3 Exp(B)
Tipo de Unión			
Matrimonio	1	1	1
Cohabitación	1,13***	1,02	1,47***
Año			
1971	1	1	1
1981	1,06***	1,17***	1,27***
1990	1,31***	1,51***	1,74***
2001	1,38***	1,68***	1,95***
Años de Escolaridad			
Ninguno		1	1
Menos de 5		0,82***	0,85***
6 a 8		0,75***	0,78***
9 a 12		0,62***	0,65***
13 o más		0,60***	0,61***
Entidades según nivel de cohabitación 1971			
Más de 50%		1	1
40 a 50%		0,97	0,97
30 a 40%		0,84***	0,84***
Menos de 30%		0,87***	0,88***
Interacciones			
Casadas 1971			1
Cohabit 1981			0,74***
Cohabit 1990			0,62***
Cohabit 2001			0,64***
Constante	**1,42*** **	**2,07*** **	**1,79*** **

Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.
*** Significación <0,05

El modelo 3 añade una interacción entre las variables tipo de unión y año censal, lo que permite que las diferencias por tipo de unión varíen en el tiempo. Debido a la complejidad de interpretar los coeficientes interactuados, se optó por una representación gráfica de las diferencias según los parámetros de este modelo. El gráfico IV-8 presenta las proporciones estimadas según este modelo de uniones consensuales y matrimonios que residen en un hogar nuclear.

Gráfico IV-8. Proporciones estimadas de uniones consensuales y matrimonios que conforman un hogar nuclear. 1971-2001.



Fuente: Cuadro IV-1.

Nota: Probabilidades calculadas tomando como referencia base a una mujer cohabitante en 1971, con 9 a 12 años de escolaridad y residente en una región con 40 a 50% de cohabitación en 1971.

Si en 1971 había una mayor proporción de mujeres cohabitantes que residían en hogares nucleares frente a las casadas, con el paso del tiempo la distancia entre matrimonio y cohabitación se ha reducido significativamente, siendo que en 2001 la diferencia entre un grupo y otro es de sólo 2 puntos porcentuales. Asimismo se evidencia que al controlar por la estructura educativa y territorial inherente a cada grupo, entre los matrimonios el peso de la nuclearización se está acentuando más que entre las cohabitantes.

4.4.2. Diferenciales de edad de la pareja

Una manera de aproximarse a los patrones homogámicos en la conformación de las parejas es mirar la diferencia de edad entre los cónyuges (ver Cuadro IV-2). Tal diferencia ha disminuido de 6.5 años en 1971 a 5 años en 2001. Por tipo de unión, las mujeres cohabitantes presentan diferencias de edad con sus cónyuges mayores que las casadas, aunque las diferencias entre cohabitantes y casadas han disminuido en el tiempo (7.3 años *vs.* 6 en 1971 a 5.2 y 4.7 en 2001).

Por años de escolaridad, a mayor logro educativo menor es la diferencia de edad entre los miembros de la pareja. En 2001 las mujeres cohabitantes y casadas sin estudios eran 8 años más jóvenes que sus parejas. Entre las mujeres con 13 o más años de escolaridad, la diferencia de edad es de 5.1 para las cohabitantes y 4.3 para las casadas.

Cuadro IV-2. Diferenciales de edad entre los miembros de la pareja y porcentaje de homogamia etaria, por tipo de unión. Censos 1971-2001

Variable	Cohabitación				Matrimonio			
	1971	1981	1990	2001	1971	1981	1990	2001
Años de Escolaridad de la mujer								
Total	**7,3**	**5,9**	**5,1**	**5,2**	**6,0**	**4,6**	**4,4**	**4,7**
Ninguno	8,1	7,6	7,0	7,9	7,7	7,4	7,0	8,1
Menos de 5	6,8	6,1	5,4	5,9	6,9	5,7	5,5	6,0
6 a 8	6,0	5,1	4,8	5,1	5,5	4,7	4,6	5,3
9 a12	6,9	4,9	4,6	4,7	4,5	3,9	3,9	4,3
13 o más	5,3	5,2	5,3	5,1	4,1	3,4	3,7	4,3
Homogamia etaria								
Hipergamia	74%	69%	66%	65%	77%	70%	68%	70%
Igual edad	15%	17%	19%	20%	17%	21%	22%	23%
Hipogamia	11%	14%	15%	14%	6%	9%	10%	8%

Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

Otra forma de examinar las diferencias por edad es clasificar a las parejas según sean hipérgamas, homógamas o hipógamas. La hipergamia es el caso de las parejas en las que el hombre es mayor que la mujer, la homogamia cuando tienen la misma edad o sólo un año de diferencia y la hipogamia cuando la mujer es mayor al hombre. Los resultados muestran que alrededor de 7 de cada 10 mujeres viven con un hombre de mayor edad. La proporción de parejas hipérgamas ha disminuido en el tiempo, especialmente a favor de las parejas homógamas y, en menor medida, de las hipógamas. Esta evolución se observa tanto entre las mujeres cohabitantes como en las casadas.

El cuadro IV-3 muestra la diferencia de edad entre cónyuges, esta vez clasificando a las mujeres cohabitantes y casadas en función de la entidad de residencia según el nivel de cohabitación en los años 70s. En 1971 las distancias entre regiones eran mayores que en 2001. Para este año, en el grupo de entidades con mayores niveles de cohabitación tradicional las parejas casadas o cohabitantes tenían 8 años de diferencia, mientras que en aquellos con menor cohabitación las diferencias eran de dos años menos. Para 2001 las distancias entre regiones son inferiores a1 año. Este cuadro muestra que la diferencia de edad entre cónyuges varía en función de la región de residencia. Las diferencias de edad entre las cohabitantes siempre es mayor que entre las casadas pero en las regiones donde la cohabitación tradicional era baja, la diferencia de edad entre cónyuges era menor para todo tipo de unión que en las de alta cohabitación. Visto desde de otro ángulo, la diferencia de edad entre cónyuges de las mujeres que residen

en entidades con altos niveles de cohabitación tradicional es siempre más elevada que la de las mujeres que viven en entidades con bajos niveles de cohabitación con independencia del tipo de unión.

Cuadro IV-3. Diferenciales de edad entre los miembros de las parejas, por tipo de unión y año censal, según región de residencia de acuerdo a los niveles de cohabitación en 1971.

Región	Cohabitación				Matrimonios			
	1971	1981	1990	2001	1971	1981	1990	2001
Más de 50%	8,5	6,6	5,3	5,7	8,3	5,3	5,1	5,2
De 40 a 50%	8,7	6,5	5,8	5,6	6,9	5,6	5,3	4,9
De 30 a 40%	7,2	6,2	5,3	5,3	6,1	4,6	4,3	4,6
Menos 30%	6,5	5,3	4,8	4,8	5,8	4,4	4,3	4,6

Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

En resumen, los diferenciales de edad entre cónyuges han disminuido en el tiempo para ambos tipos de uniones, así como las distancias entre éstos. El nivel educativo determina la magnitud de las diferencias. Hay una tendencia creciente a la homogamia etaria así como a la hipogamia.

4.4.3. Actividad económica de las parejas

A partir de la información censal también es posible identificar las diferencias de la pareja en cuanto a su participación en la fuerza de trabajo. Este indicador es importante para dar cuenta de los roles asumidos por cada uno de los cónyuges y así ver hasta qué punto se mantienen, en el marco de cada tipo de unión, los roles de hombre proveedor y mujer dedicada a las tareas del hogar.

El cuadro IV-4 muestra la distribución de las mujeres casadas y cohabitantes de 25 a 29 años en función de la relación con la actividad económica de su cónyuge. Se pueden identificar cuatro situaciones: él activo ella inactiva; ambos activos, ambos inactivos y él inactivo ella activa.

Cuadro IV-4. Distribución de las parejas con mujeres de 25 a 29 años, según la actividad económica de ambos cónyuges, por tipo de unión. Censos 1971-2001.

Tipo Unión	Condición de actividad económica	Año			
		1971	1981	1990	2001
Cohabitantes	El activo Ella inactiva	89%	78%	71%	67%
	Ambos activos	8%	17%	21%	26%
	Ambos inactivos	3%	4%	7%	5%
	El inactivo Ella activa	0,3%	1%	1%	2%
Matrimonios	El activo Ella inactiva	79%	68%	61%	59%
	Ambos activos	18%	28%	34%	37%
	Ambos inactivos	2%	3%	4%	3%
	El inactivo Ella activa	0,5%	1%	2%	1%

Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.

Con independencia del tipo de unión, la situación preponderante siempre superior al 60%, es aquella en la que el hombre es activo y la mujer se declara inactiva. Sin embargo, la proporción de este tipo de parejas ha disminuido entre 1971 y 2001. Entre las mujeres cohabitantes el porcentaje ha caído del 89% al 67% y del 79% al 59% entre las casadas. Por tipo de unión, el arreglo tradicional de pareja, en la que el hombre es activo y la mujer no, es más alto entre las parejas cohabitantes que en las casadas. Las parejas biactivas son las segundas en importancia y van claramente al alza en el periodo observado. Entre las cohabitantes han crecido del 8% al 26% entre 1971 y 2001 y entre las casadas del 18% al 37%. Las parejas biactivas son más comunes entre las parejas casadas que entre las cohabitantes.

Por su parte, las parejas en las que la mujer es activa y el hombre no, son minoritarias, siempre por debajo del 2% en todos los años y tipo de pareja. Las parejas en las que ambos son inactivos representan el 7% en el mejor de los casos. Las diferencias entre cohabitantes y casadas son más bien residuales en este tipo de parejas.

Es interesante observar en qué medida el comportamiento de esta variable está relacionado tanto con el nivel de instrucción de las mujeres y las diferencias en el territorio. Los niveles de actividad económica suelen variar en función del nivel de instrucción de las mujeres. En consecuencia, si las mujeres cohabitantes tienen un nivel de instrucción inferior al de las casadas, es de esperar que los niveles de actividad entre las cohabitantes también sean menores. Para controlar estos aspectos se recurrió a los modelos de regresión logística (ver cuadro IV-5). En este caso el modelo mide la propensión de que una mujer esté en una pareja biactiva, frente a una donde sólo el hombre es activo. El modelo 1 incluye como variables explicativas el tipo de unión y el

año censal. Los resultados confirman lo descrito: si la pareja no ha formalizado su vínculo conyugal la probabilidad de estar en una pareja biactiva es 45% menor a la probabilidad que tienen las mujeres casadas. Por su parte, la propensión de estar en una pareja biactiva es tres veces mayor en 2001 que en 1971.

Cuadro IV-5. Probabilidad de constituir una pareja biactiva. Mujeres unidas de 25 a 29 años. *(Parámetros estimados de tres modelos de regresión logística).*

Variables	1 Exp(B)	2 Exp(B)	3 Exp(B)
Tipo de Unión			
Matrimonio	1	1	1
Cohabitación	0,55***	0,97***	0,75***
Año			
1971	1	1	1
1981	1,91***	1,31***	1,25***
1990	2,54***	1,42***	1,37***
2001	3,08***	1,20***	1,10***
Años de Escolaridad			
Ninguno		1	1
Menos de 5		1,64***	1,60***
6 a 8		2,66***	2,56***
9 a 12		7,11***	6,83***
13 o mas		16,99***	16,50***
Entidades según nivel de cohabitación 1971			
Más de 50%		1	1
40 a 50%		0,82***	0,82***
30 a 40%		0,81***	0,81***
Menos de 30%		1,12***	1,12***
Interacciones			
Casadas 1971			1
Cohabit 1981			1,25***
Cohabit 1990			1,24***
Cohabit 2001			1,40***
Constante	0,21***	0,08***	0,08***

Fuente: IPUMS-International, cálculos propios.
*** significación <0,05

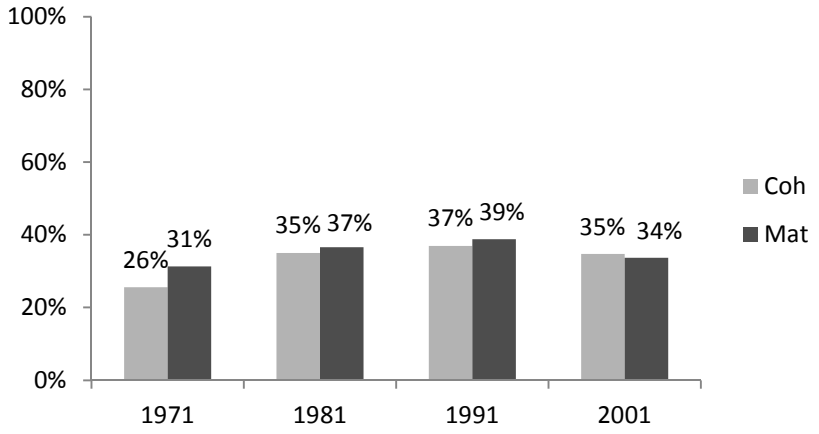
El modelo 2 incorpora el nivel educativo de las mujeres y el tipo de entidad. Los resultados muestran que las diferencias por tipo de unión desaparecen prácticamente y es el logro educativo de las mujeres lo que determina el nivel de actividad de ellas

dentro de la pareja: a mayor escolaridad mayor es la participación de las mujeres en la actividad económica.

Así, respecto a una mujer con ningún logro educativo, una mujer con primaria aprobada (6 a 8 años de escolaridad) tiene 2,7 veces más propensión de constituir una pareja activa. La propensión entre las universitarias es 17 veces mayor que entre las menos educadas. En relación con el tipo de entidad no se observa una pauta clara. En las entidades con un menor peso de la cohabitación tradicional, la propensión de estar en una pareja biactiva es mayor que en las entidades con niveles de cohabitación entre el 30% y el 50% en 1971.

El tercer modelo añade una interacción entre el tipo de unión y el año censal con el objetivo de medir si la diferencia por tipo de unión se ha estrechado en el tiempo. El gráfico IV-9 muestra las proporciones estimadas de mujeres en parejas biactivas por tipo de unión y año censal que se derivan de los parámetros estimados en el modelo 3. Los resultados muestran claramente cómo las diferencias entre ambos tipos de unión han disminuido en el tiempo y son prácticamente imperceptibles en 2001.

Gráfico IV-9. Proporciones estimadas de Uniones consensuales y Matrimonios en que las parejas son biactivas. 1971-2001.



Fuente: Cuadro IV-5.

Nota: probabilidades calculadas tomando como base una mujer cohabitante en 1971, con 9 a 12 años de escolaridad y residente en una región con 40% a 50% de cohabitación.

4.5. Discusión

Ante el aumento continuado de la cohabitación como fórmula alternativa al matrimonio en Venezuela, también observado en otros países de América Latina, en esta investigación la interrogante era si las diferencias entre cohabitación y matrimonio se habían modificado en el tiempo. La hipótesis inicial de este trabajo era la siguiente: el crecimiento de la cohabitación en todos los estratos de la sociedad conlleva una disminución de las diferencias respecto al matrimonio. En otras palabras, a medida que el perfil social del cohabitante y del casado se va asemejando, las diferencias por tipo de unión disminuyen. Para confirmar esta hipótesis era preciso disponer de datos en el tiempo e identificar aquellas dimensiones que nos permitieran ilustrar estas diferencias y que obviamente, pudieran medirse eficazmente con los datos disponibles. En relación con los datos, se utilizaron las muestras de microdatos censales armonizadas por IPUMS-International (Minnesota Population Center, 2011) de los censos de 1971, 1981, 1990 y 2001. En cuanto a las variables, se consideraron en el tipo de hogar o contexto familiar de las parejas y en las diferencias de género entre los cónyuges, en concreto, las diferencias de edad y la relación de la actividad económica.

En 1971, cuando la cohabitación apenas representaba el 31% del total de parejas de mujeres de 25 a 29 años, las parejas cohabitantes eran distintas a las casadas en las tres variables consideradas. Las parejas casadas tenían una propensión menor de residir en un hogar nuclear que las cohabitantes. La diferencia de edad entre cónyuges en las parejas cohabitantes era más grande que en las casadas. Y finalmente, las parejas biactivas, en las que los dos cónyuges participaban en la actividad económica, eran menos habituales entre las parejas cohabitantes que entre las casadas. En el año 2001 esta situación cambió. Las diferencias entre parejas cohabitantes y casadas se acortaron aunque sobre unos niveles de nuclearización más elevados, tanto para cohabitantes como casados. Entre 1971 y 2001 se observa un aumento generalizado de los hogares nucleares, especialmente entre las parejas casadas. Es precisamente la disminución de la importancia de los hogares extensos entre las parejas casadas lo que contribuye a reducir la diferencia con las parejas cohabitantes.

En relación con la diferencia de edad y la participación en la actividad económica ocurre algo parecido, aunque en este caso las parejas cohabitantes siguen siendo más asimétricas que las casadas incluso en el año 2001. Por lo general, y teniendo en cuenta el nivel educativo, la diferencia de edad entre los cónyuges es siempre mayor entre las parejas cohabitantes. Respecto a la actividad económica, las parejas biactivas son las que han crecido más en este periodo, en detrimento de las parejas tradicionales (él

activo, ella inactiva), aunque siguen siendo la mayoría en 2001. La pareja tradicional es más frecuente entre las parejas cohabitantes que entre las casadas. En este caso, el modelo de regresión logística muestra que las diferencias no radican en el tipo de unión sino en las diferencias por nivel educativo entre las mujeres que cohabitan y las casadas. Controlando por nivel educativo, en el año 2001 no existen diferencias significativas entre parejas cohabitantes y matrimonios en relación con la mayor o menor propensión de las mujeres a participar en la actividad económica.

En resumen, en esta investigación se ha mostrado que las diferencias entre parejas cohabitantes y parejas casadas no son estáticas y evolucionan en el tiempo, que han tendido a reducirse y que aunque las parejas cohabitantes suelen ser más asimétricas en cuanto a las relaciones de género, gran parte de estas asimetrías se explican por las diferencias en el origen social de cohabitantes y casados. Estos resultados demuestran que la extensión de la cohabitación hacia grupos sociales y territoriales donde era poco habitual ha contribuido a diluir las diferencias por tipo de unión y que por tanto, es de esperar que los datos del nuevo censo ratifiquen este proceso de convergencia. Las primeras cifras apuntan a que la cohabitación ha seguido creciendo en el periodo 2000 a 2010 hasta el punto que se registraron más uniones consensuales que matrimonios. Los datos del nuevo censo no permitirán sin embargo, adentrarse en otras cuestiones que serían de interés como la fecundidad, las relaciones de poder y la estabilidad de las uniones consensuales. Estudios previos como la Encuesta de Población y Familia (ENPOFAM) de 1998, mostraron que el nivel de inestabilidad de la cohabitación era superior a la del matrimonio. Sería muy interesante actualizar esta investigación con las nuevas generaciones de cohabitantes que tienen unos niveles de escolarización superiores a los cohabitantes del pasado.

CONCLUSIONES

En esta tesis se han presentado tres trabajos sobre las familias de América Latina guiadas por tres preguntas centrales de investigación:

- La primera, ¿cuáles son las dimensiones claves que caracterizan los sistemas familiares de América Latina y cómo de distribuyen territorialmente?, con lo que se pretendía dar cuenta de los aspectos que hacen de estos sistemas particulares y diferentes de otros contextos.
- La segunda aborda una de estas dimensiones, la de los calendarios de unión y reproducción. A partir de lo que se definió como la *paradoja de la estabilidad* se buscaba responder ¿por qué las mujeres de cohortes más jóvenes y más educadas, no retrasan sus edades de unión y reproducción, respecto a aquellas de cohortes más antiguas y con menos educación acumulada?
- La tercera se centra en otra dimensión del sistema familiar de la región, que es la informalidad de la unión conyugal. Ante el auge registrado por la cohabitación en décadas recientes se exploró para el caso venezolano ¿cómo han evolucionado las diferencias entre cohabitación y matrimonio en relación con el contexto familiar y los niveles de homogamia entre los cónyuges, entre 1971 y 2001?

Debido a las características de las fuentes empleadas, estos capítulos se refieren a la población residente en hogares. Asumiendo que si bien el concepto de familia remite a un espectro más amplio y complejo que el hogar censal, éste último resulta de utilidad invaluable para acercarse a los procesos de formación familiar, al evidenciar las pautas de nupcialidad, de reproducción y de convivencia residencial de una sociedad. A continuación se presentan sintéticamente los hallazgos más relevantes obtenidos en estos estudios.

1. Sistema familiar multidimensional

A partir de una importante revisión de la literatura demográfica sobre las familias en América Latina, se estructuró una estrategia metodológica para identificar las dimensiones que caracterizan los sistemas familiares de la región y examinar cómo se relacionan entre sí y cómo se distribuyen en el territorio. Utilizando microdatos de las rondas censales de 2000 y 1970, se aplicó un Análisis de Componentes Principales a un conjunto de indicadores referidos a la formación y configuración de los hogares y a los patrones de unión y reproducción. El análisis se hizo a un gran detalle territorial que abarcó 368 regiones a escala infra-nacional para 15 países.

De acuerdo a los resultados de esta tesis, para la ronda censal de 2000, son cuatro las dimensiones que dan singularidad al sistema familiar latinoamericano: 1) la precocidad de los calendarios de unión y reproducción, 2) la complejidad de las estructuras de los hogares, 3) la informalidad de las uniones y, 4) la jefatura femenina sin cónyuge. La exploración realizada con los censos de 1970 evidencia que todos estos componentes, a excepción del de Jefatura femenina sin pareja, tienen un carácter de permanencia histórica en la región. Existe una gran variación de estos componentes tanto entre países como en el interior de los mismos. El carácter independiente de estas dimensiones se corrobra en la distribución geográfica de los mismos. Así, el Cono Sur emerge como el área con los calendarios más tardíos del subcontinente. El eje caribeño-andino presenta altos grados de informalidad en las uniones conyugales. El componente de la complejidad de los hogares evidencia una alta heterogeneidad interna para todos los países, a excepción de Venezuela y Nicaragua que presentan hogares más complejos en todas sus unidades territoriales. Por último, el componente de la jefatura femenina sin pareja, evidencia que Bolivia, Paraguay, Perú y Ecuador reportan altos niveles de jefas de hogar en unión, pero que puede obedecer a la ausencia temporal por migración de sus maridos; en el resto de países se evidencia la presencia de una jefatura femenina sin pareja conyugal y con hijos a cargo. Ahora bien, aunque los patrones geográficos de algunas dimensiones respetan los límites políticos, otros responden posiblemente a raíces históricas o culturales cuyos sentidos deben ser profundizados en estudios posteriores. En todo caso estas dimensiones evidencian la polaridad de la región en términos de sus estructuras y patrones de formación familiar.

2. La paradoja de la estabilidad en los calendarios de unión y reproducción

La estabilidad de las edades de entrada a la unión y a la maternidad en América Latina en un contexto de expansión educativa constituye una de las particularidades del sistema familiar de la región. A partir de datos de las Encuestas de Demografía y Salud en 12 países de la región, en este trabajo se constató que la proporción de mujeres nacidas en la década de 1940 que tuvieron su primer hijo o se unieron antes de los 18 años oscila alrededor del 30% y 40% respectivamente, y que este valor no ha variado significativamente entre las cohortes más jóvenes nacidas en los 80s, a pesar de las ganancias en logro educativo que han experimentado en las últimas décadas. Esto llevó a inquirir respecto a qué elementos podrían estar actuando como limitantes del retraso esperado en los calendarios de unión y maternidad; lo que derivó en tres preguntas específicas de investigación cuyas respuestas se muestran enseguida.

a. *¿Son los años de escolaridad un buen indicador para captar la posición social de las mujeres?*

Si bien un mayor cúmulo de años de escolaridad a nivel individual puede suponer un retraso en los itinerarios conyugales y reproductivos de las mujeres, a nivel macro la expansión educativa no ha llevado a un retraso global de tales trayectorias. El uso de un indicador relativo del logro educacional evidenció un proceso de 'deflación' del impacto de los años absolutos de escolaridad a medida que se expande la educación. El hecho de estar entre las más o las menos educadas de la cohorte de nacimiento, es lo que marca la diferencia en las trayectorias reproductivas y nupciales, y no tanto el número de años acumulados *per se*. Los umbrales de diferenciación se incrementan en la medida que aumenta el logro acumulado por cada cohorte. Esto conlleva importantes consecuencias analíticas respecto al papel que juega la educación en las poblaciones del conjunto de países estudiados aquí.

La evidencia indica que los grupos menos educados son los que más resisten a retrasar su entrada en los eventos de la unión y la maternidad o incluso los han adelantado. No solo esto. Se sabe que en el ámbito latinoamericano un menor logro educativo se relaciona con una menor calidad de vida, estatus socioeconómico y una mayor vulnerabilidad social. Los sistemas educativos de la región han universalizado la educación básica pero esto no ha supuesto una mejora uniforme en la calidad de vida del conjunto de la población. Completar la educación básica supone posicionarse en el cuartil con menor logro educacional de las cohortes más jóvenes de la mayoría de países. En el contexto de persistente desigualdad social, sólo las elites educativas

componen el grupo propulsor de los cambios en los patrones reproductivos y nupciales que se observan en la región. Para las cohortes más jóvenes, en general estas elites están constituidas por los universitarios, en las cohortes nacidas en la década de 1940 eran niveles más bajos. El reto está en que la superación de cada nivel educativo constituya una herramienta para el acceso a un conjunto de derechos y oportunidades globales. O por lo menos que no represente una barrera insuperable en este acceso. De lo contrario, se estaría ante una espiral ascendente donde los grupos más desaventajados llegan de último a niveles educativos más avanzados, cuando los umbrales de diferenciación en los procesos de cambio social ya han aumentado nuevamente.

b. ¿Han cambiado las preferencias por el número de hijos en las cohortes más educadas? ¿Existen diferencias por el nivel educativo de una misma cohorte?

El contexto normativo que define las aspiraciones ideales del tamaño de familia deseado es homogéneo a toda la estructura educativa y no ha variado significativamente en el tiempo. Considerando los planteamientos expuestos en el Capítulo I de esta tesis, que revelan cómo institucionalmente desde hace más de dos siglos se definió desde el Estado el modelo ideal de familia que es protegido por las leyes, avalado por la religión católica y aspirado por las elites, no es de sorprender esta homogeneidad en el número declarado de hijos deseados al interior de todos los grupos educativos; aunque para aquellos menos educados esto signifique una fuerte contradicción entre lo que manifiestan como sus aspiraciones y lo que son sus comportamientos reproductivos efectivos.

En la literatura estas discrepancias son vistas como un fracaso en las aspiraciones de cumplir los ideales de una descendencia más pequeña. O se las problematiza como un no acceso a los derechos reproductivos de las mujeres al no lograr sus aspiraciones en esta materia. Sin embargo, esta discrepancia entre las normas (ideales, morales, legales) y las prácticas concretas ha sido el *continuum* histórico de las clases subalternas en América Latina. Cabe precisar y preguntarse entonces por el verdadero significado que subyace tras estas cifras declaradas en cada renglón social.

c. *¿Cómo ha evolucionado el uso de la anticoncepción en edades jóvenes durante los últimos años?*

El uso de la anticoncepción ha crecido sin lugar a dudas entre la población adolescente, aunque su prevalencia dista de ser mayoritaria. Se registra un aumento en la proporción de mujeres que usan anticoncepción antes de su primera relación sexual, sin embargo no es suficiente para disminuir la proporción de mujeres que son madres en la adolescencia. Dos tercios de las mujeres que fueron madres antes de los 18 años llegaron a su primer embarazo sin haber utilizado algún método de prevención. Diversos estudios revelan fuertes limitaciones en la eficiencia y eficacia en el uso de los métodos anticonceptivos antes del primer hijo; resaltando que la eficiencia aumenta después de éste, lo que si bien logra disminuir el nivel de la fecundidad final, no lo hace respecto a la intensidad de la maternidad adolescente.

3. Los contornos de diferenciación entre cohabitación y matrimonio se diluyen

Ante la reciente expansión de la cohabitación en todas las capas sociales de las poblaciones latinoamericanas, se quiso explorar la evolución de las diferencias entre cohabitación y matrimonios para características menos exploradas de las uniones, como la estructura del hogar que se forma en cada tipo de unión, las diferencias de edad entre los miembros de las parejas y la actividad económica de los mismos. El caso venezolano se tomó como referente para este ejercicio, y los datos censales de 1971 a 2001 para ese país constituyeron la fuente de información utilizada. Se tenía como hipótesis que a medida que el perfil social del cohabitante y del casado se va asemejando –producto de esta expansión-, las diferencias por tipo de unión disminuyen. Ante esto se plantearon dos grupos de preguntas que orientaron la verificación de dicha presunción:

d. *¿Cómo han evolucionado las diferencias entre cohabitación y matrimonios en Venezuela, respecto a las dimensiones del contexto familiar y las disparidades de género en la pareja? ¿Hay una tendencia a que se parezcan más?*
e. *¿Era el tipo de unión en sí mismo lo que generaba tales diferencias? ¿En qué medida éstas eran el producto de diferencias educativas de sus miembros?*

Los resultados mostraron que en 1971 las parejas cohabitantes eran distintas a las casadas en las tres variables consideradas. En 2001 sin embargo, esta situación cambió. Respecto a la estructura de los hogares, las diferencias entre parejas cohabitantes y

casadas se acortaron sobre unos niveles de nuclearización más elevados para ambos grupos, pero especialmente entre los casados. La reducción de los hogares extensos entre ellos es lo que permitió tal acercamiento.

Los diferenciales de edad entre cónyuges han disminuido en el tiempo para ambos tipos de unión, así como las distancias entre éstos. Tanto entre los cohabitantes como en los casados se registra un alza en la homogamia etaria, en detrimento de la hipergamia. Al respecto, resultó revelador que las parejas cohabitantes tienen una mayor tendencia a la hipogamia, esto es cuando la mujer tiene más edad que el hombre, en todos los momentos censales observados. En relación con la participación en la actividad económica de los miembros de las parejas, se evidenció un incremento de las parejas biactivas entre casados y cohabitantes, aunque la situación mayoritaria es aquella en la que el hombre está activo en la fuerza de trabajo y la mujer inactiva, especialmente entre los cohabitantes.

Los modelos de regresión logística usados en este capítulo evidencian que las diferencias observadas a lo largo del tiempo no radican en el tipo de unión en sí mismo, sino en las diferencias por nivel educativo de las mujeres. Controlando por esta variable, en 2001 no existen diferencias significativas entre cohabitantes y casados para las dimensiones del tipo de hogar y actividad económica de sus miembros.

4. Mirar al pasado para entender el presente

Históricamente las familias latinoamericanas han respondido como mínimo a un doble perfil, con formas de convivencia, patrones nupciales y pautas demográficas diferenciadas. Los procesos de transformación en los ámbitos político, económico y social de las últimas décadas no produjeron una completa estandarización de las formas familiares de la región. No existe un único modelo familiar en este vasto territorio, ni al interior de sus unidades nacionales. No sólo el entorno territorial sino también las tradiciones familiares y los procesos históricos de formación social de cada región geográfica juegan un papel fundamental en la definición de esta diversidad familiar y demográfica. Hacer explícita esta dualidad del sistema familiar latinoamericano es un imperativo para evitar obviar la existencia de formas familiares diferenciadas. Principalmente si una parte de ellas abarca a grupos vulnerables, ya sea en el reconocimiento de derechos o en su situación social y económica.

Conocer y comprender el pasado familiar es una condición necesaria para interpretar la familia latinoamericana actual, ya que las pautas de convivencia hoy observadas reflejan en gran medida una inercia a mantener patrones familiares y formas de corresidencia ancestrales adaptadas al contexto actual. La evidencia empírica obtenida en los diferentes capítulos de esta tesis muestra que las particularidades del sistema familiar de la región se definen por la polaridad de sus dimensiones. La composición educativa de la población marca diferencias respecto a los calendarios nupciales y reproductivos de las personas, así como en las características de sus alianzas conyugales.

La literatura ya señalaba que las diferencias en los modos de hacer familia vienen dadas por el origen social y étnico de las poblaciones, por lo que las discrepancias en el logro educativo de los sectores sociales forman parte del conjunto de variables en las que se expresan las desigualdades históricas de acceso a derechos, bienes y servicios que, en detrimento de las culturas subalternas, ha caracterizado a la región. Superar estas desigualdades constituye un reto para las sociedades latinoamericanas. Una manera de empezar a hacerlo es deslegitimar discursos estigmatizantes de prácticas de formación y configuración familiar concretas, bajo el amparo de que no se corresponden con los ideales normativos tanto ideológicos como legales establecidos institucionalmente. De la misma manera que un paradigma de pensamiento marca la investigación académica, también marca el quehacer de la política, y se expresa en la definición de las situaciones que deben ser o no amparadas en la Ley, y por ende, protegidas por el Estado. El reconocimiento, regulación y protección de la diversidad de modos de hacer familia en América Latina debe ser contemplada en su totalidad por las instituciones estatales y no gubernamentales encargadas de apoyar a la institución familiar. Continuar excluyendo ya por omisión o penalización prácticas concretas de formación familiar (que además de las uniones informales, la jefatura femenina, la inestabilidad de la unión, la precocidad de la fecundidad, abarca también temas como el aborto, la homosexualidad o las familias reconstituidas) sólo servirá para la reproducción de la desigualdad social imperante en la región.

5. Futuras líneas de investigación

En esta tesis se exploraron las dimensiones que conforman los sistemas familiares latinoamericanos, con énfasis en las edades de formación familiar (unión y reproducción) y la tipología de las uniones conyugales. Respecto a los primeros, este trabajo constituyó un paso inicial en el análisis geográfico de los sistemas familiares de Latinoamérica; los próximos pasos consisten en buscar explicaciones del por qué de las

configuraciones territoriales encontradas para cada dimensión y asociarlas con indicadores socioeconómicos tales como calidad de vida, acceso a la educación, estructura productiva de las regiones, espacio urbano – rural, o etnicidad. La literatura asocia situaciones de pobreza y vulnerabilidad con patrones nupciales tempranos, estructuras complejas de hogares, uniones consensuales y alta incidencia de la jefatura femenina. Sin embargo el carácter independiente de estas dimensiones aquí encontrado pone en entredicho el automatismo de tales relaciones. Los análisis socioterritoriales que se hagan considerando esta independencia podrían permitir la identificación de pautas que obedezcan a estructuras netamente socioeconómicas con otras que tengan más que ver con el contexto normativo o cultural respecto a la manera de hacer familia en subregiones particulares.

En cuanto a los calendarios de unión y reproducción ya la literatura así como los resultados de este trabajo indican que tras la estabilidad de estos indicadores, existen tendencias contrapuestas en el seno de los sectores sociales de la población. Por un lado, aquellas mujeres más educadas están comenzando a registrar un retraso de estos eventos, pero al mismo tiempo aquellas con menor logro educativo mantienen niveles importantes de precocidad, que en algunos países va en aumento. Los costos de la maternidad temprana o tardía para cada sector socioeducativo evidentemente son diferentes. Estudios de corte cualitativo o experiencias focalizadas de atención por parte de ONGs u organismos gubernamentales, dan cuenta de que en muchos casos, especialmente entre los jóvenes de los sectores más desaventajados económicamente, la maternidad o la unión temprana no es vista siempre como un mal mayor y por el contrario forma parte central de sus expectativas y proyectos de vida. Los hacedores de políticas públicas en esta materia deben considerar estos aspectos para proveer de otros marcos referenciales a los adolescentes así como para diseñar políticas en las que estos eventos no necesariamente deriven en mayores riesgos de vulnerabilidad y permitan a los jóvenes continuar sus trayectorias educativas y laborales.

Respecto al tema de la tipología de las uniones conyugales, la discusión sobre el significado del auge reciente de la cohabitación sigue abierto. Estudios de corte cualitativo que pregunten directamente a las parejas las razones de su escogencia por un tipo u otro de unión serían de gran utilidad para responder de mejor manera esta cuestión. Igualmente es imperativo seguir profundizando sobre qué implicaciones tiene hoy día optar por casarse o unirse consensualmente, así como conocer qué limitaciones (jurídicas, económicas o incluso de aceptación social) encuentran las parejas cohabitantes y su descendencia en el acceso a derechos derivados de la asociación conyugal. En este mismo sentido, también resulta de interés identificar qué ventajas y

garantías ha dejado de ofrecer la vía matrimonial entre las poblaciones educadas o de estratos altos de América Latina que ahora optan por la consensualidad. Y por supuesto, explorar en qué medida la cohabitación como forma de entrada a la unión se mantiene a lo largo del ciclo de vida de las parejas o si más bien transitan hacia la legalidad matrimonial. Por su parte, en países como Venezuela existe la figura del concubinato, que sin ser un matrimonio ofrece un marco legal a la unión estable de hecho. La identificación en las fuentes de información de esta variación de la unión libre sería de gran interés para captar de mejor manera a aquellos grupos que efectivamente no acceden a la protección legal de sus derechos conyugales, y con ello se enfrentan a una exposición mayor al riesgo de vulnerabilidad social.

En otro orden de ideas, en los estudios sobre familia en la región resulta necesario incorporar a los países del Caribe que por razones de disponibilidad de datos no pudieron ser tratados en esta tesis. La particularidad de las dinámicas familiares de esta subregión hace que sea imperante incluirlos en trabajos de este tipo para obtener un panorama más completo de la región latinoamericana y caribeña. Asimismo, la inclusión de los hombres en los análisis de familia es una tarea aún pendiente de la demografía y que debe ser superada en futuros estudios.

En la literatura histórica es frecuente el examen de otras dimensiones de las familias que son poco abordadas desde la demografía. Estas se refieren a los patrones de residencia postmarital, de transmisión intergeneracional de bienes y derechos o de los principios matri o patrilineales que rigen la organización familiar. Elementos que pudiesen ser interesantes de observar en las sociedades contemporáneas de América Latina y con ello identificar sus impactos sobre los indicadores demográficos.

Finalmente, es de decir que los hallazgos de los diferentes trabajos incluidos en esta tesis doctoral permiten incorporar a América Latina en el debate más amplio de los sistemas familiares a escala global. La bibliografía que aborda de modo sistémico las dinámicas familiares de países como los europeos son de sobra conocidos (Hajnal, 1965; Goode, 1963; Laslett & Wall, 1972; Reher, 1991; Goody, 1996; Ruggles, 2009; Rowland, 2002; Spoorenberg, 2005) y han marcado la pauta en la compresión de la relación entre familia y los procesos de reproducción social (Rowland, 2015). Sin embargo, estas tentativas teóricas no han considerado las particularidades de los países no desarrollados como los latinoamericanos (De Vos, 1987); estudios como el aquí presentado sirven de base para desarrollar un marco alternativo para los análisis comparativos sobre los modos de hacer familia en las diferentes regiones del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, F. (1994). Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina. En GIMTRAP, *Las mujeres en la pobreza* (págs. 91-120). El Colegio de México - Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza.

Acosta, F. (2001). Jefatura de hogar femenina y bienestar familiar: resultados de la investigación empírica. *Papeles de Población , 7* (28), 41-97.

Acosta, F. (2003). La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación. *Papeles de Población , 9* (37).

Aguilar, P. (2011). La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas. *Revista Katálysis , 14* (1), 126-133.

Alfonso, M. (2009). *La singularidad de una segunda transición demográfica en Cuba.* Universidad de La Habana: Tesis presentada en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Económicas.

Ariza, M., & Oliveira, O. (2001). Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición. *Papeles de Población , 7* (28), 9-39.

Ariza, M., & Oliveira, O. (2007). Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa. *Estudios Demográficos y Urbanos , 22* (1), 9-42.

Arriagada, I. (2002). Cambios y desigualdad en las familias latinoamericanas. *Revista de la CEPAL* (77), 143-161.

Arriagada, I. (2004). Transformaciones sociales y demográficas de las familias latinoamericanas. *Papeles de Población* (40), 71-95.

Arriagada, I. (2007). Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina. En I. A. (Coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros* (págs. 125-156). Santiago de Chile: CEPAL - UNFPA.

Arriagada, I. (2009). La diversidad y la desigualdad de las familias latinoamericanas. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia* (1), 9-21.

Arriagada, I., & Aranda, V. (2004). *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces.* Santiago de Chile: CEPAL: Serie Seminarios y Conferencias 42.

Banco Mundial. (2015). *Datos Banco Mundial.* Obtenido de http://datos.bancomundial.org/

Bello, A., & Rangel, M. (2000). *Etnicidad, 'raza' y equidad en América Latina y el Caribe.* CEPAL.

BID. (1999). *América Latina frente a la desigualdad. Informe del Progreso Económico y Social en América Latina 1998/1999*. Washington, DC.

Binstock, G. (2008). Cambios en la formación de la familia en Argentina: ¿cuestión de tiempo o cuestión de forma? *Trabajo presentado en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP*. Córdoba –Argentina.

Binstock, G., & Cabella, W. (2011). La nupcialidad en el Cono Sur: evolución reciente en la formación de uniones en Argentina, Chile y Uruguay. En G. Binstock, & J. Melo Vieira, *Nupcialidad y familia en la América Latina actual* (págs. 35-60). Río de Janeiro: Serie Investigaciones Nº 11 ALAP.

Burch, T., Lira, L., & Lopes, V. (1976). *La familia como unidad de estudio demográfico.* San José de Costa Rica: CELADE - Centro Latinoamericano de Demografía.

Buvinic, M. (1991). *La vulnerabilidad de los hogares con jefatura femenina: preguntas y opciones de política para América Latina.* Santiago de Chile: CEPAL - Serie Mujer y Desarrollo 8.

Buvinic, M., & Gupta, G. (1997). Female-Headed Households and Female-Maintained Families: Are They Worth Targeting toReduce Poverty in Developing Countries? *Economic Development and Cultural Change , 45* (2), 259-280.

Cabella, W. (2007). *El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias recientes.* Montevideo: UNFPA.

Castro, T. (1995). Women's Education and Fertility: Results from 26 Demographic and Health Surveys. *Studies in Family Planning , 26* (4), 187-202.

Castro, T. (2001). Matrimonios sin papeles en Centroamérica: Persistencia de un sistema dual de nupcialidad. En L. Rosero-Bixby, *Población del Istmo 2000: Familia, Migración, Violencia y Medio ambiente* (págs. 41-65). Universidad de Costa Rica: Centro Centroamericano de Población.

Castro, T. (2002). Consensual unions in Latin America: Persistence of a dual nuptiality system. *Journal of Comparative Family Studies , 33* (1), 35-55.

Castro, T., & Juárez, F. (1995). La influencia de la educación de la mujer sobre la fecundidad en América Latina: en busca de explicaciones. *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar* (Número especial), 4-10.

Castro, T., Martín, T., & Puga, D. (2008). Tipo de unión y violencia de género: una comparación de matrimonios y uniones consensuales en América Latina. En L. Rodríguez-Wong, *Población y Salud Sexual y Reproductiva en América Latina* (págs. 331-348). Río de Janeiro: Asociación Latinoamericana de Población.

Castro, T., Cortina, C., Martín, T., & Pardo, I. (2011). Maternidad sin matrimonio en América Latina: Análisis comparativo a partir de datos censales. *Notas de Población* (93), 37-76.

Catasús, S., & Franco, M. (2008). *La Jefatura de Hogar en Cuba y América Latina. Un acercamiento a las desigualdades regionales y de género.* Trabajo presentado en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población celebrado en Córdova,.

CELADE. (2013). *Observatorio Demográfico 2012. Proyecciones de población.* Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

CEPAL, & UNICEF. (2016). *Guía para estimar la pobreza infantil.* Recuperado en enero de 2016, de http://dds.cepal.org/infancia

Cerrutti, M., & Binstock, G. (2009). *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública.* Santiago de Chile: Serie Políticas Sociales Nº 147, CEPAL.

Chackiel, J. (2004). *La dinámica demográfica en América Latina.* Santiago de Chile: CEPAL - Serie Población y Desarrollo 52.

Chant, S. (1990). Mitos y realidades de la formación de familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro. En L. Gabayet, P. García, M. González, S. Lailson, & A. Escobar, *Mujeres y Sociedad: Salario, Hogar y Acción Social en el Occidente de México* (págs. 181-203). Guadalajara: El Colegio de Jalisco.

Chant, S. (2003). *Nuevas controbuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género.* Santiago de Chile: CEPAL - Serie Mujer y Desarrollo 47.

Chayanov, A. (1966). *The theory of peasant economy.* The University of Wisconsin Press.

Chesnais, J.-C. (1986). La transition démographique: étapes, formes, implications économiques. Etude de séries temporelles (1720-1984) relatives à 67 pays. *Population* (6), 1059-1070.

ChildTrends. (2013). *Mapa mundial de la familia 2013: Los cambios en la familia y su impacto en el bienestar de la niñez.* (G. Huarcaya, Ed.) Perú: Universidad de Piura, Instituto de Ciencias para la Familia .

Cicchelli-Pugeault, C., & Cicchelli, V. (1999). *Las teorías sociológicas de la familia.* Buenos Aires: Nueva Visión.

Cicerchia, R. (1998). Sensatez y sentimiento: La historia cultural de la familia y la construcción social del género. En *Formas familiares, procesos históricos y cambio social en América Latina* (Vol. 61). Colección Biblioteca Abya-Yala.

Cienfuegos, J. (2014). Tendencias familiares en América Latina: diferencias y entrelazamientos. *Notas de Población* (99), 11-37.

Cosio-Zavala, M. (1992). La transición demográfica en América Latina y en Europa. *Notas de Población , 20* (56), 11-32.

Cosio-Zavala, M. (1999). Les deux modèles de transitions démographiques en Amérique Latine et les inégalites sociales: le malthusianisme de pauvreté. *Papers de Demogràfia* (149).

Cosio-Zavala, M. (2004). Changements démographiques en Amérique Latine. *Cahier des Amériques Latines* (47), 13-88.

Cosio-Zavala, M. (2011). Démographie, pauvreté et inégalités. En Institute des Amériques, *Les enjeux du développement en Amérique latine. Dynamiques socioéconomiques et politiques publiques* (págs. 83-110). Agence Francaise de dévoloppement.

Cosio-Zavala, M. (2012). Les transitions démographiques du XXe siécle dans les pays en développement, des contre-exemples théoriques? *Les Cahiers d'EMAM* , 13-31.

Covre-Sussai, M., Meuleman, B., Botterman, S., & Matthijs, K. (2015). Traditional and modern cohabitation in Latin America: A comparative typology. *Demographic Researcj , 32* (32), 873−914.

Cuevas, A. (2010). Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción. *Estudios Sociológicos , 28* (84), 753-789.

D'Andrade, R. (1995). *The development of cognitive anthropology.* Cambridge: Cambridge University Press.

De Smith, M., Goodchild, M., & Longley, P. (2015). *Geospatial Analysis. A comprehensive guide to principles, techniques and software tools* (5th ed.). Troubador Publishing Ltd.

De Vos, S. (1987). Latin American Households in Comparative Perspective. *Population Studies , 41* (3), 501-517.

De Vos, S. (1998). Nuptiality in Latin America: The View of a Sociologist and Family Demographer. *Working Paper , 98* (21).

De Vos, S. (2014). Introduction to the special issue: Demography and family sociology un Latin America. *International Journal of Sociology , 40* (2), 113-122.

Di Brienza, M. (2008). Modalidad de las uniones conyugales en Venezuela: continuidad y cambios. En A. Freitez, *Cambio demográfico en Venezuela: oportunidades y retos para las políticas públicas, III Encuentro Nacional de Demógrafos y Estudiosos de la Población.* Asociación Venezolana de Población (AVEPO) - IIES Universidad Católica Andrés Bello.

Di Cesare, M. (2007). *Patrones emergentes en la fecundidad y la salud reproductiva y sus vínculos con la pobreza en América Latina y el Caribe.* Santiago de Chile: CEPAL - Serie Población y Desarrollo 72.

Dubravka, M. (2007). Disolución de parejas conyugales en un pueblo mexicano: ¿divergencia del modelo tradicional? En D. Robichaux, *Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos* (págs. 189-211). Buenos Aires: CLACSO - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Elizalde, B. (2012). *Análisis socio-demográfico de los hogares en Navarra. De un pasado que permanece a un presente que cambia.* Getafe: Tesis Doctoral Departamento Ciencia Política y Sociología. Universidad Carlos III de Madrid.

Esquivel, M. (2000). Hogares encabezados por mujeres: un debate inconcluso. *Sociológica , 15* (42), 231-256.

Esteve, A., & Cortina, C. (2005). Homogamia educativa en España contemporánea: pautas y tendencias. (C. d. Demografics, Ed.) *Papers de Demografia* (257).

Esteve, A., García, J., & McCaa, R. (2010). La enumeración de la soltería femenina en los censos de población: sesgo y propuesta de corrección. *Papeles de Población , 16* (66), 9-40.

Esteve, A., García, J., & Lesthaeghe, R. (2012). The Family Context of Cohabitation and Single Motherhood in Latin America. *Population and Development Review* , 707-727.

Esteve, A., Lesthaeghe, R., & López-Gay, T. (2012). The Latin American Cohabitation Boom, 1970 – 2007. *Population Development Review , 38* (1), 55-81.

Esteve, A., López, L., & McCaa, R. (2013). The educational homogamy gap between married and cohabiting couples in Latin America. *Population Research and Policy Review , 32* (1), 81-102.

Esteve, A., López-Ruiz, L., & Spijker, J. (2013). Disentangling how educational expansion did not increased women's age at union formation in Latin America from 1970 to 2000. *Demographic Research , 28* (3), 63-76.

Fortes, M. (1970). *Time and social structure and other essays.* Londres: Athlone Press.

Freitez, A. (2003). La situación demográfica de Venezuela a inicios del tercer milenio. *Temas de Coyuntura* (47).

Fussell, E., & Palloni, A. (2004). Persistent Marriage Regimes in Changing Times. *Journal of Marriage and Family , 66*, 1201-1213.

García, B., & Rojas, O. (2002). Cambios en la formación y disolución de las uniones en América Latina. *Revista Gaceta Laboral , 8* (3), 391-410.

García, B., & de Oliveira, O. (2005). Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar. *Papeles de Población , 11* (43), 29-51.

Gil Montero, R. (2007). ¿Métodos, modelos y sistemas familiares o historia de la familia? En D. Robichaux, *Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos* (págs. 77-101). Buenos Aires: CLACSO - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Godoy, L. (2004). *Entender la pobreza desde una perspectiva de género.* Santiago de Chile: CEPAL - UNIFEM. Serie Mujer y Desarrollo 52.

Goldani, A. M., & Verdugo, A. (2004). Brasil: desafíos de las políticas para las familias. En I. Arriagada, & V. Aranda, *Cambio de las familias en el marco las trasnformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces* (págs. 263-302). Santiago de Chile: CEPAL.

Goode, W. (1963). *World revolution and Family Patterns.* New York: The Free Press.

Goody, J. (1996). Comparing Family Systems in Europe and Asia: Are There Different Sets of Rules? *Population and Development Review , 22* (1), 1-20.

Gutiérrez de Pineda, V. (1975). *Familia y Cultura en Colombia.* Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana.

Hajnal, J. (1965). European Marriage Patterns in Perspective. *Population in History* , 101-143.

Hajnal, J. (1982). Two kinds of preindustrial household formation system. *Population and Development Review , 8* (3), 449-494.

Harrel, S. (1997). *Human families.* Boulder: Westview Press.

Heaton, T., & Forste, R. (1998). Education as Policy: The Impact of Education on Marriage, Contraception, and Fertility in Colombia, Peru, and Bolivia. *Social biology , 45* (3-4), 194-213.

Heaton, T., Forste, R., & Otterstrom, S. (2002). Family transitions in Latin America: first intercourse, first union and first birth. *International Journal of Population Geography* (8), 1-15.

Iebra, R., Jablonski, B., & Féres, T. (2007). Familias Brasileras y Argentinas: entra la tradición y la modernidad. *Revista Interamericana de Psicología , 41* (2), 189-196.

INE. (2012). *Primeros resultados del Censo 2011 Venezuela. Tabulados básicos nacionales.*

Jelin, E. (1994). Las familias en América Latina. *ISIS Internacional - Ediciones de las Mujeres* , 20.

Jelin, E. (2005). Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas. En I. Arriagada, *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales* (Vol. 46). Serie Seminarios y Conferencias - CEPAL.

Jelin, E. (2010). *Pan y Afectos. La transformación de las familias* (Segunda edición ed.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jovell, A. (1995). *Análisis de regresión logística.* Madrid: CIS.

Jusid, A. (1988). América Latina: literatura sobre familia en los años setenta y ochenta. En UNESCO, *Familia y desarrollo en América Latina y el Caribe.* Serie Estudios y Docimentos URSHSLAC.

Laplante, B., & Street, M. (2009). Los tipos de unión consensual en Argentina entre 1995 y 2003: una aproximación biográfica. *Estudios Demográficos y Urbanos , 24* (2), 351-387.

Laslett, P., & Wall, R. (1972). *Household and Family in Past Time.* Cambridge: Cambridge University Press.

Lesthaegue, R. (1998). On Theory Development and Applications to the Study of Family Formation. *Population and Development Review , 24* (1).

Lesthaegue, R. (1995). The Second Demographic Transition in Western Countries: An Interpretation. En K. Oppenheim, & A. Jensen, *Gender and Family Change in Industrialized Countries.* Oxford: Clarendon Press.

López Ruiz, L., Spijker, J., & Esteve, A. (2011). Edad de entrada en unión y expansión educativa en América Latina, 1970-2000. En G. Binstock, & J. Melo Vieira, *Nupcialidad y familia en la América Latina actual* (págs. 62-91). Río de Janeiro: Serie Investigaciones Nº 11 ALAP.

Maubrigades, S. (2013). *¿Existe un patrón matrimonial latinoamericano? La edad de la primera unión en América Latina durante el siglo XX.* Documento presentado en el Seminario de Investigación del Programa de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Sociales. Montevideo.

McCaa, R. (1991). La posición de los padres, la inclinación de los novios, y las reglas de la feria nupcial de Parral, 1770-1814. *Historia Mexicana , 40* (4), 579-614.

Minnesota Population Center (2009). *The Development of Family Interrelationship Variables for International Census Data.* University of Minnesota.

Minnesota Population Center. (2015). Integrated Public Use Microdata Series, International: Version 6.4 [Machine-readable database]. Minneapolis: University of Minnesota.

Nathan, M. (2015). La creciente heterogeneidad en la edad al primer hijo en el Uruguay: un análisis de las cohortes de 1951 a 1990. *Notas de Población* (100), 35-60.

Ojeda, N., & González, E. (2008). Divorcio y separación conyugal en México en los albores del siglo XXI. *Revista Mexicana de Sociología , 70* (1), 111-145.

Paredes, M. (2003). Los cambios en la familia en Uruguay ¿Hacia una segunda transición demográfica? En U. UDELAR, *Nuevas formas de familia. Perspectivas nacionales e internacionales* (págs. 73-102). Montevideo.

Pérez-Brignoli, H. (2010). América Latina en la transición demográfica 1800-1980. *Población y salud en Mesoamérica , 7* (2).

PNUD. (1997). *Human Development Report.* New York: Oxford University Press.

Ponce, M. G., & Di Brienza, M. (2012). Configuración de los hogares y condición de pobreza en Venezuela. 1995-2009. *Temas de Coyuntura* (66), 135-174.

Quilodrán, J. (2001). Atisbos de cambio en la formación de las parejas conyugales a fines del milenio. *Papeles de Población , 6* (25).

Quilodrán, J. (2011). ¿Un modelo de nupcialidad postransicional en América Latina? En G. Binstock, & J. Melo Vieira, *Nupcialidad y familia en la América Latina actual* (págs. 11-34). Río de Janeiro: Serie Investigaciones Nº 11 ALAP.

Quilodrán, J. (2011). *Parejas conyugales en transformación.* México: El Colegio de México.

Quilodrán, J., & Castro, T. (2009). Nuevas dinámicas familiares. *Estudios Demográficos y Urbanos , 24* (2), 283-291.

Reher, D. (1991). Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado. *Reis* (55), 65-91.

Reher, D. (2001). Lazos familiares en la Europa Occidental: una lección de contrastes perdurables. En C. d. Sociológicas, *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo* (págs. 313-346). Madrid.

Robichaux, D. (2002). El sistema familiar mesoamericano y sus consecuencias demográficas. *Papeles de Población , 8* (32), 58-95.

Robichaux, D. (2005). La naturaleza y el tratamiento de la familia y el parentesco en México y Mesoamérica. En D. R. (comp.), *Familia y parentesco en México y Mesoamérica* (págs. 29-97). México, DF: Universidad Iberoamericana.

Robichaux, D. (Ed.). (2007). *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de casos.* Buenos Aires: CLACSO (Consenjo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

Robichaux, D. (2007). Sistemas familiares en culturas subalternas de América Latina: una propuesta conceptual y un bosquejo preliminar. En D. Robichaux, *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de casos* (págs. 27-75). Buenos Aires: CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

Robichaux, D. (2008). Mitos y realidades de la familia en América Latina: reflexiones a partir del México 'pos indígena'. En M. Ghirardi, *Familias iberoamericanas ayer y hoy. Una mirada interdisciplinaria* (págs. 63-110). Río de Janeiro: ALAP (Asociación Latinoamericana de Población).

Robichaux, D. (2008). Sistemas familiares subalternos de América Latina y el Caribe: notas preliminares. En A. Estrada, & D. Robichaux, *Familias y culturas en el espacion latinoamericano* (págs. 25-62). México: Universidad Iberoamericana.

Rodríguez, P. (2004). La familia en Iberoamérica 1550-1980. Introducción. En P. Rodríguez, *La familia en Ibeoroamérica 1550-1980* (págs. 15-19). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Rodríguez-Vignoli, J. (2005). Unión y cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión, diversidad? *Serie Población y Desarrollo* (57).

Rodríguez-Vignoli, J. (2008). *Reproducción adolescente y desigualdades en América Latina y el Caribe: un llamado a la reflexión y a la acción.* Santiago de Chile: Organización Internacional de la Juventud (OIJ) / CEPAL.

Rodríguez-Vignoli, J. (2011). La situación conyugal en los censos latinoamericanos de 2000: relevancia y perspectivas. En R.-S. Magda, & R.-V. Jorge, *Familia y nupcialidad en los censos latinoamericanos recientes: una realidad que supera los datos* (págs. 47-82). Santiago de Chile: Serie Población y Desarrollo - CEPAL.

Rodríguez-Vignoli, J., & Cavenaghi, S. (2013). Adolescent and youth fertility and social inequality in Latin America and the Caribbean: what role has education played? *Paper presented in IUSSP Conference, august 2013*. Busan, Korea.

Romero, A. (1999). Mesoamérica: historia y reconsideración del concepto. *Ciencia Ergo Sum , 6* (3).

Rosero-Bixby, L., Castro, T., & Martín, T. (2009). Is Latin America starting to retreat from early and universal childbearing? *Demographic Research , 20*, 169-194.

Rossetti, J. (1992). *Hacia un perfil de la familia actual en Latinoamérica y el Caribe.* CEPAL.

Rowland, R. (2015). Los regímenes demográficos y sus contextos. *Revista de Demografía Histórica, XXXIII* (II), 185-224.

Rowland, R. (2002). Régimes démographiques et systèmes familiaux au Portugal:. *Arquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian , XLIII*, 209-229.

Ruggles, S. (2009). Reconsidering the Northwest European Family System: Living Arrangements of the Aged in Comparative Historical Perspective. *Population and Development Review , 35* (2), 249-273.

Saavedra, A. (2016). *Cohabitación y familia en Colombia, 1973-2005.* Universidad Autónoma de Barcelona: Tesis doctoral en Demografía.

Schkolnik, S., & Chackiel, J. (1998). *América Latina: La transición demográfica en los países rezagados.* CEPAL - CELADE.

Spoorenberg, T. (2005). Systèmes familiaux et reproduction en Asie: regard sur la Chine et le Japon préindustriels. *Cahiers québécois de démographie , 34* (1), 77-115.

Street, M. (2004). Disolución conyugal, organización familiar y condiciones de vida. Aportes para su comprensión. *Revista Argentina de Sociología , 2* (2), 43-66.

Surkyn, J., & Lestheaghe, R. (2004). Value Orientations and the Second Demographic Transition (SDT) in Northern, Western and Southern Europe: An Update. *Demographic Research , Special Collection 3* (3), 45-86.

Therborn, G. (2004). Familias en el mundo. Historia y futuro en el umbral del siglo XXI. En I. Arriagada, V. Aranda, & S. S. Conferencias (Ed.), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces* (Vol. 42). CEPAL.

Torrado, S. (1980). Sobre los conceptos de 'Estrategias familiares de vida' y 'Proceso de reproducción de la fuerza de trabajo': Notas teórico-metodológicas. *Trabajo presentado al Taller sobre Estrategias de Supervivencia por el Programa PISPAL.* Buenos Aires: CEUR - Centro de Estudios Urbanos y Regionales.

Torrado, S. (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna: 1870-2000.* Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Flor.

Ullmann, H., Maldonado, C., & Nieves, M. (2014a). *La evolución de las estructuras familiares en América Latina, 1990-2010: Los retos de la pobreza, la vulnerabilidad y el cuidado.* Santiago de Chile: CEPAL: Serie Políticas Sociales 193.

Ullmann, H., Maldonado Valera, C., & Nieves Rico, M. (2014b). Families in Latina America: changes, poverty and access to social protection. *International Journal of Sociology of the Familiy , 40* (2), 123-152.

United Nations. (1990). *Patterns of First Marriage. Timing and Prevalence.* New York.

Valdéz Jiménez, J. (2007). El divorcio en Cuba. Características generales y efectos para la familia. En D. Robichaux, *Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos* (págs. 213-236). Buenos Aires: CLACSO - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Van de Kaa, D. (1987). Europe's Second Demographic Transition. *Population Bulletin , 41* (1).

Verona, A., Santiago, C., Fazito, D., & Miranda, P. (2015). First conjugal union and religion: Signs contrary to the Second Demographic Transition in Brazil? *Demographic Research , 33* (34), 985−1014.

Wulf, D., & Singh, S. (1991). Sexual activity, union and childbearing among adolescent women in the Americas. *International Family Planning Perspectives , 17* (4), 137-144.

Zavala de Cosío, M. (1995). Historia de la familia en México. *Papers de Demografia* (109).

Zavala de Cosío, M. (1992). La transición demográfica en América Latina y Europa. *Notas de Población* (56), 11-3

SUMMARY

1. INTRODUCTION

1. Presentation and justification of the research topic

This dissertation explores aspects of family transformations that have occurred in Latin America over the last four decades. Since the beginning of the twenty-first century these transformations have given rise to numerous debates as to whether recent demographic trends registered in the region comply with the postulates of the second demographic transition theory (Quilodrán, 2001; García & Rojas, 2003; Paredes, 2003; Arriagada, 2004; Chackiel, 2004; Alfonso, 2006; Di Cesare, 2007; Covre-Sussai et al., 2015; Verona et al., 2015). In general, this perspective suggests that the changes undergone by modern societies respond to transformations taking place in terms of ideals and values. Individualization, rejection of traditional institutions, the separation of sexuality from reproduction and other factors are among the value transformations triggering these demographic changes (Surkyn & Lestheaghe, 2004; Lesthaegue, 1998; Van de Kaa, 1987). These processes began in European and North American societies and are expected to spread to other western societies.

Examined on the basis of these postulates, the changes that have occurred with the Latin American family indicate convergence with the demographic processes taking place in the more developed societies (Quilodrán, 2001). As a consequence of rising life expectancy rates since the beginning of the twentieth century, and the subsequent decline of fertility rates, a major decrease in household size was registered in the region, this being accompanied by diversification of co-residency arrangements, an increase in consensual unions, births out of wedlock as well as greater union instability (Ariza and Oliveira, 2001). Nevertheless, the anticipated delays with regard to the ages for the first union and the first birth were not observed (Esteve, López-Ruiz, and Spijker, 2013) and it is well known that, in the region, cohabitation is not a novel phenomenon as it has historically coexisted with legal marriage (Castro, 2001; Rodríguez-Vignoli, 2005). Those elements raise the question of whether the second transition theory wholly fits the reality of the Latin American family. Hence, this study inquires more deeply into the characteristics that make the Latin American pattern an exclusive and particular case of family configuration.

2. Objectives and research questions

The general aim of this research is to examine the characteristics of Latin American family systems and their evolution in time, with special emphasis on the age at first union and first birth, as well as changes in the typology of conjugal union.

In order to achieve this goal three central research questions were posed. The first brings together several queries about how the features which recur in studies of families in the region are interrelated; how these characteristics are distributed in the territory and whether they do or do not represent elements that are exclusive to Latin American family patterns. This then raises the questions of *What dimensions define Latin American family systems and what is their territorial distribution?* The specific objectives are: i) to identify the main dimensions of the Latin American family system in the decades of the 2000s and the 1970s; ii) to examine the relations among these dimensions; and iii) to explore their distribution in the territory.

The second question seeks to provide insights into one of these dimensions when examining the timing of the union and reproduction, and its stability in a context of educational expansion. The relationship between years of schooling and age at first sex, first union and first child is examined in order to shed light on the following paradox: *if additional years of schooling delay union formation and childbearing, why is it that the more educated cohorts do not form unions and have children at later ages by comparison with their less educated peers?* In answering this question and attempting to identify which elements could be influencing this stability, the following specific goals have been set: i) to examine trends in age at first sex, first conjugal union and first child for cohorts of women born in twelve Latin American countries between 1940 and 1980; ii) to analyze the relationship between educational attainment and timing of marriage and childbearing; iii) to examine changes in the ideal family size by cohorts and educational groups; and iv) to examine the use of contraception among young women.

Finally, the third question deals with a central aspect of the Latin American pattern of nuptiality which is increasingly prominent in recent research: the typology of conjugal unions. Unmarried cohabitation has been on the rise in Latin America, and especially in Venezuela, since the 1990s and it has extended to social groups and regions which previously had low levels of cohabitation. Within this context, the differences over time between cohabiting and married couples in the case of Venezuela are examined. The questions asked are: *How have the differences between cohabitation and marriage changed between 1971 and 2001? Are the differences between cohabitation and marriage the result of educational differences in the population being studied, or is it the type of union itself which has given rise to the differences?* The specific aims were: i) to document the process of expanding cohabitation in Venezuela during the period 1971-2001; ii) to examine the evolution of the differences between marriages and cohabitation in relation with residential

arrangements according to union type, the age gap between spouses, and participation in the labor force of the spouses.

3. Outline of the dissertation

This study is designed in such a way that its chapters can be read independently because each one constitutes a whole research article in itself. In other words, each research question is addressed in a different chapter. Accordingly, each chapter contains an introduction outlining the individual goals pursued, the data source and methodology used, as well as sections describing results and conclusions. This dissertation is then structured into four core chapters, in addition to the present Introduction and the section of general conclusions.

Chapter 1 documents the historical, legal and cultural background of family systems in Latin America in order to provide an analytical framework for the linkages between the historical processes of Latin American social formation and the more contemporary family dynamics registered in demographic studies since the mid-twentieth century. This chapter presents the concept of "family system" from a cultural perspective as developed by Robichaux (2002; 2007; 2008), after which it provides a historical overview of Latin American family forms from the pre-Columbian period through to the twenty-first century.

This historical review analyzes the impact of the Iberian conquest and colonization on family structures of the region; the role of the shaping of the different countries in socially accepted definitions of the family; and the establishment of a mono-cultural national ideology for practically every country of the continent. The chapter then discusses twentieth-century trends of demographic indicators which led to the demographic transition in these countries. Finally, the chapter calls into question the general applicability of the theory of the second demographic transition to a dual cultural context in which, not only has the historical coexistence of two patterns of nuptiality been registered (Castro, 2001), but also this duality covers the region's entire demographic regime (Schkolnik and Chackiel, 1998).

The next three chapters deal with the strictly demographic section of this dissertation. Each one, applying its particular methodological strategies, answers the research questions outlined in the previous paragraphs.

Chapter 2 offers an overall view of the composition of Latin American family systems. The first section presents a major survey of the demographic literature on the families of the region which has made it possible to determine the most commonly used indicators in these studies. The second section provides empirical identification of the

principal components of these systems. Census microdata for fifteen countries from the 1970s and after 2000 were used in this section, and an array of indicators for family transitions and household structures was constructed on this basis. These indicators were calculated for the primary political and territorial units of these countries, which generated detailed information concerning the greater geographical area of the region. These indicators were then subjected to principal component analysis, as a way of simplifying the data. This analysis revealed the existence of four independent factors which constitute the key dimensions of the Latin American family systems.

Chapter 3 examines the paradox of the stability of age at first union and first birth in the context of Latin American educational expansion. Demographic and Health Survey (DHS) material has made it possible to explore dimensions related with the ideational and behavioral spheres deemed appropriate for achieving the goals set for this chapter. Trends in age at first sex, first conjugal union and first child are examined for cohorts of women born between 1940 and 1980 in twelve Latin American countries. The content of this chapter has already been published (see, in the Bibliography, Esteve A. y Florez-Paredes E. (2014). "Edad a la primera unión y al primer hijo en América Latina: estabilidad en cohortes más educadas". *Notas de Población*, 99: 33-65).

Chapter 4 examines differences between cohabiting and married couples in Venezuela over time, specifically exploring the dimensions of family context and homogamy levels between the members of couples. In this case we use harmonized census microdata from Venezuela for the years 1970, 1981, 1990 and 2001. While this work is modest in territorial extent, it is particularly telling with regard to the potentialities of the census for exploring the characteristics of spouses. This work has been published (see Florez E. y Esteve A. "Cohabitación y matrimonios en Venezuela, 1971-2001 ¿Contornos diluidos?". *Papeles de Población*, 80: 217-247).

The final section, Chapter 5, sets out the main conclusions and some general comments on the subject. Moreover, suggestions for future lines of research in the field are raised. Annexes include English versions of the Introduction and Conclusion as stipulated by the European Doctoral Research component of this dissertation.

2. CONCLUSIONS

Guided by three research questions, this thesis presented three studies of Latin American families.

- The first question —*What dimensions define Latin America family systems and what is their territorial distribution?* — seeks to identify aspects which would make these family systems particular to Latin America and therefore different from family systems in other contexts.
- The second question deals with one of these features, namely the timing of marriage and childbearing. From the perspective of what we have called the "stability paradox", it was formulated thus: *if women with higher levels of education tend to delay forming a union and motherhood, why is it that women in more educated cohorts do not form unions or have children at a later age than women in less educated cohorts?*
- The third question addresses another dimension of the Latin American family system: the informality of conjugal unions. Given the raise in cohabitation over recent decades and focusing on the Venezuelan case, it was formulated as: *How have the differences between cohabitation and marriage changed over three decades, from 1971 to 2001, with regard to family context and conjugal homogamy?*

Owing to the characteristics of the data source used, these chapters refer to the population residing in households. Although the concept of family refers to a larger and more complex notion than household, the latter framework is useful when approaching the process of family formation and aspects like the marriage, childbearing and co-residence patterns of a society. The most relevant findings of this dissertation are presented below.

1. Multidimensional family system

A methodological strategy was structured on the basis of a major review of the demographic literature on Latin American families with a view to identifying the dimensions that characterize the family systems of the region and examining both the ways in which they are related and the nature of their geographical distribution. Census microdata from 2000 and 1970 were used to apply principal component analysis to a battery of indicators pertaining to household formation as well as to marriage and reproductive patterns. The analysis was carried out on an extensive territorial scale including 368 sub-national regions for fifteen countries.

Study of censuses since 2000 made it possible to identify four dimensions which suggest a certain singularity in the Latin American family system: 1) the timing of marriage and reproduction; 2) the complexity of household structures; 3) the informality of conjugal unions; and 4) female headship of women not living in conjugal union. The examination carried out using census material from the 1970s reveals that all of these components (except for female headship) have a historical character in the region and that they also show considerable variation both within and among the countries studied. The independent nature of these dimensions is corroborated by the geographical distribution. The Southern Cone emerges as the region of the subcontinent with the latest ages at first union and first birth. The Caribbean-Andean axis presents high levels of informal unions. The component of household complexity shows a sizeable degree of internal heterogeneity, except for Venezuela and Nicaragua, which present complex households in all of their provinces. Finally, study of the component of female headship of women not living in conjugal union reveals that Bolivia, Paraguay, Peru and Ecuador report high levels of female headship among women with spouses, but this situation could be a result of the temporary absence of husbands. In the other countries the presence of female headship of women without a conjugal partner and with children in their charge is notable. Although the geographical patterns of some of these dimensions are in keeping with political borders, other patterns would seem to be more related with historical or cultural roots, the senses of which should be explored in future research. Indeed, these dimensions of the present study draw attention to the polarity of the region in terms of its structures and patterns of family formation.

2. The stability paradox at ages of first union and motherhood

The stability of ages at first union and motherhood in Latin America in a context of educational expansion is a particularity of the region's family system. Using Demographic and Health Survey data from twelve countries, this study has determined that the proportion of women born in the 1940s who had their first child or first union before the age of eighteen is about 30% and 40% respectively. Furthermore, despite the gains in educational attainment over the last decades these numbers have not changed among the younger cohorts born in the 1980s. This then raises the question of which elements could be acting as limiting factors in the delays that might be expected with regard to ages at first union and first birth. Three research questions were posed and their answers are presented below.

a. *Are the years of schooling in absolute terms a good indicator for capturing the social position of women?*

While, at the individual level, a greater accumulation of years of schooling can suppose a delay in women's marital and reproductive itineraries, at the macro level educational expansion has not led to an overall deferral of these trajectories. Use of a relative indicator of educational achievement showed that the impact of years of schooling in absolute terms declines as education expands. Rather than the number of years of schooling *per se*, what makes the difference in reproductive and marriage trajectories is the fact of being situated in the most or the least educated birth cohort. Differentiation thresholds increase as cumulative educational achievement rises for each cohort. This has important analytical consequences with regard to the role of education in the population of all the countries studied here.

The evidence suggests that the less educated groups are more reluctant to delay their entry into the events of marriage and motherhood, or they have even moved them forward. Besides, it is well known that, in the Latin American context, lower educational achievement is associated with poorer quality of life, inferior socioeconomic status and greater social vulnerability. Education systems in the region have universalized basic education but this has not brought about uniform improvement in the standard of living of the whole population. Completing basic education means obtaining a position in the quartile with the lowest educational attainment of the younger cohorts of most countries. In the context of persistent social inequality, only educational elites are the promoters of changes in the reproductive and marriage patterns observed in the region. In general, for the younger cohorts, these elites are composed by undergraduates, while for the cohorts born in the 1940s the educational levels were even lower. The challenge consists in making the attainment of each educational level a useful tool for gaining access to a set of all-encompassing rights and opportunities. Or at least, ensuring that educational level does not represent

an unbeatable barrier to this access. Otherwise, it would mean facing an upward spiral where the most disadvantaged groups come last by comparison with those who have more advanced educational levels, and where the thresholds of differentiation in the processes of social change have increased yet again.

b. Have preferences in the more educated cohorts regarding the number of children desired changed in comparison with those of the less educated cohorts, and are there differences by educational level in the same cohort?

The normative context that defines ideal preferences regarding family size is homogeneous for the entire educational structure and it has not changed significantly over the time. Taking into account the statements presented in Chapter I of this thesis, which reveal how, institutionally and for more than two centuries, states have defined the ideal socially-accepted model of the family, which is protected by the laws, validated by religions and aspired to by the elites, this homogeneity in the desired number of children declared by all the educational groups is not surprising even though, for the less educated groups, it implies a clear contradiction between what they express as their aspiration and their effective reproductive behavior.

The literature tags these discrepancies as a failure in accomplishing the ideal of fewer progeny or, when women fail to achieve their stated aspirations on this issue it is explained by their not being able to exercise their reproductive rights. However, these discrepancies between the norms (ideals, and moral and legal aspects) and the real practices have shaped the historical continuum of Latin America's subordinated social classes. It is necessary, then, to inquire into, and attempt to identify the real meanings behind the numbers of desired children declared in each social group.

c. How has the use of contraception changed among younger women in recent years?

The use of contraception has certainly increased among the adolescent population, although the incidence of this use is far from majority. An increase in the proportion of women using contraception before their first sex is registered, but it is not enough to diminish the proportion of adolescent motherhood. Two thirds of women who were mothers before the age of eighteen became pregnant for the first time without having used any contraceptive method. Different studies reveal substantial limitations on the use of contraceptive methods before the first birth, but highlight the fact that effectiveness increases after that. Although this has brought about a reduction in the total fertility rate, it has failed to reduce adolescent fertility rates.

3. Marriage and cohabitation: fuzzy boundaries

Given the recent cohabitation boom among all social groups in Latin American populations, one of the aims of this dissertation was to look into the evolution of the difference between cohabitation and marriage in terms of some of the less explored characteristics of conjugal unions, for example household structure by union type, age differences between the members of the couple and their activity in the labor force. The Venezuelan case was taken as a reference for this exercise which was based on census data from 1971 to 2001. It was hypothesized that there would be fewer differences by union type when the social profile of cohabitants and married people was studied. Two groups of research questions were formulated in order to test this assumption:

> *d. How have the differences between cohabitation and formal unions in Venezuela evolved in terms of the family context and disparities of genre dimensions? Is there a trend of convergence?*
>
> *e. Was it the union type in itself which generated these differences? Were they the product of the educational differences of the members of these unions?*

It was shown that in 1971 cohabiting couples differed from married couples in the three variables considered. By 2001, however, this situation had changed. With regard to household structure, the differences between cohabitants and married couples lessened with the appearance of higher levels of nuclearization, especially among married couples. The reduced number of extended-family households among these couples explains the convergence.

Age difference between the members of the couples has diminished over time in both types of unions and so have the distances between them. Cohabitants and married couples registered an increase in the homogamy of their ages with a corresponding decrease in hypergamy. Inquiry into activity in the labor force of the members of couples showed a rise in economic activity for both partners in the two types of couples. Nevertheless, the predominant situation is that in which the male partner is active in the labor force and the female partner is inactive, especially in the case of cohabitants.

The logistic regression models used in this study reveal that the differences observed over time do not reside in the union type itself but in the differences by educational level of the women. Controlling by this variable, in 2001 there were no significant differences between cohabitants and married couples for the household type and economic activity of their members.

4. Look at the past to understand the present

Historically, Latin American families have shown at least a double profile in differentiated demographic patterns. The processes of transformation in the political, economic and social spheres over recent decades have not produced complete standardization of the region's family forms. There is no unique family pattern in this vast territory as a whole or within national units. Not only geographical context but also family traditions and historical processes of social formation in each geographical region play a fundamental role in defining this demographic variety and family forms. If this duality in the Latin American family system is to be explained, the differentiated family forms cannot be ignored, especially if some of them include vulnerable groups in terms of recognition of their rights or their social and economic situation.

Knowing about and understanding this family background is a necessary condition for interpreting the present-day Latin American family. The patterns of cohabitation that we observe today reflect inertia in the persistence of ancestral family patterns and forms of co-residence adapted to the present context. Empirical evidence gathered in this regard, shows that the particularities of the family systems of the region are defined by the polarity of their features. The educational composition of the population has an impact on the differences in nuptial and fertility timing, as well as the characteristics of conjugal alliances.

The literature had already indicated that differences in the ways of forming a family are linked to the social and ethnic origins of the populations. Overcoming these inequalities is a challenge for Latin American societies. One way of setting about this task would be to counter discourse which stigmatizes specific practices of family formation under the pretext that they do not correspond to institutionally established ideal norms or dominant ideologies. In the same way that a paradigm of thought marks academic research, it also has an effect on the work of public policy-making, and it is expressed in the definition of situations that should or should not be regulated by law and therefore protected by the state. Recognition, regulation and protection of the diversity of forms of family life in Latin America must be considered as an integral task by state agencies as well as by non-governmental organizations working to support the institution of the family. Perpetuating exclusion, either by omission or penalization, of specific kinds of family formation (including informal unions, female-headed families, unstable unions, homosexual couples, reconstituted families and those in which abortion has been practiced) will only serve to reproduce the social inequality already prevailing in the region.

5. Future research lines

This thesis has explored the features of the Latin American family system, emphasizing the timing of family formation (union and reproduction) and the typology of conjugal unions. In the case of the former aspect, it constitutes a first step into a geographical analysis of the family systems of Latin America. The next steps would consist in research with a view to explaining the territorial configurations found for each dimension, and establishing relations between them and socioeconomic indicators such as quality of life, access to education, productive structure of the region, the urban–rural relationship and ethnicity.

The literature relates situations of poverty and vulnerability with early nuptial patterns, complex household structures and high incidence of female headship. However, the independent nature of these dimensions detailed in the present study would seem to call into question assumptions regarding the autonomy of those relationships. Socio-territorial analysis inquiring into this independence could make it possible to identify patterns that exclusively obey socioeconomic structures, as well as others which are more related with the normative or cultural context of forming families, particularly in sub-regions.

Regarding the ages at first union and first birth, both the literature and the findings of the present study indicate that, behind the stability of these indicators, there are opposing trends within the social groups of the population. The more educated women are starting to delay these events but, at the same time, women with less education continue to show significant levels of precocity and, in some countries, these levels are even rising. The costs of the early or later motherhood for each social group or aggregate defined by educational level are clearly different. Qualitative research and focused experiences reveal that, in most cases, especially among young people subject to social exclusion, early marriage or early motherhood is not always seen as a major problem but, rather, these events at an early age tend to constitute a central part of their expectations and life projects. Social policy-makers working in this area should consider these aspects of the situation with the aim of providing adolescents with other frames of reference, and designing policies in which these events would not necessarily evolve into greater risk of vulnerability but would allow adolescents to continue their educational and labor trajectories.

As for the typology of conjugal unions, discussion about the meaning of the recent cohabitation boom is still open. Qualitative studies directly addressing the couples with questions as to why they have decided on one or another type of union might be useful as a better approach to this issue. Similarly, it is essential to inquire further into the implications of marrying or cohabiting nowadays, and the limitations (legal, economic, or even social acceptance) cohabiting couples and their progeny may have in their

access to rights associated with the marital bond. In this sense, it would also be helpful to identify the advantages and guarantees that are no longer provided by legal marriage among educated groups or upper classes of Latin America which are now opting for cohabitation. It would also be important to explore how cohabitation as the gateway to a union is maintained throughout the life cycle of a couple, or how it might lead to legal marriage. Moreover, in countries like Venezuela there is the institution of "concubinage" which, without being a legal marriage, offers a juridical framework for a stable *de facto* union. Identifying this consensual variety of union in data sources might be a useful tool for better detecting groups that do not have any access to legal protection of their conjugal rights and that are exposed to greater risk of social vulnerability.

In another vein, it would seem necessary to incorporate the Caribbean countries into family studies for the region. In this thesis it was not possible to do so because of data availability. The particularity of family dynamics in this sub-region makes it imperative to include them in research of this type in order to obtain a more complete picture of the Latin American and Caribbean region. Furthermore, the inclusion of men in family analysis is also a pending task which should be attended to in future demographic studies.

The historical literature frequently examines family dimensions which are scantily addressed from the standpoint of demography. These dimensions concern such issues as post-marital residence patterns, intergenerational transmission of assets and rights, and matrilineal or patrilineal principles governing family organization. It could be interesting to observe these elements in the contemporary societies of Latin America and, consequently, important to identify their impact on demographic indicators.

Finally, the findings of the different studies included in this thesis could incorporate Latin America into a broader discussion of family systems on a global scale. The literature dealing with family dynamics in European countries is well known (Hajnal, 1965; Goode, 1963; Laslett and Wall, 1972; Reher, 1991; Goody, 1996; Ruggles, 2009; Rowland, 2002; Spoorenberg, 2005) and has led the way in elucidating the relationship between the family and social reproduction processes (Rowland, 2015). However, these theoretical attempts have not yet considered the particularities of developing countries like those of Latin American (De Vos, 1987). Studies like the one presented in this dissertation provide a basis for developing an alternative framework for comparative analyses of the ways of forming families in different regions of the world.